



EMPOTRADA
POR AMOR

Fran Cazorla

LEIBROS/
editorial



EMPOTRADA
POR AMKR

Fran Cazorla

LEIBROS/
editorial

E B R

EMPOTRADA POR AMKR

Fran Cazorla

El contenido de este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular

del copyright. Todos los derechos reservados.

Primera edición: Mayo de 2016

Título Original: Empotrada por amor

Fran Cazorla© 2016

© 2016 Editorial Leibros

www.leibroseditorial.com

Diseño de Portada: Fran Cazorla - M^a Belén Serrano Juárez

Maquetación: M^a Belén Serrano Juárez

Corrección: Maria Elena Tijeras

ISBN: 978-84-944976-8-1

Depósito Legal: M-16895-2016

Impreso por: Podiprint

Impreso en España-Printed in Spain

Sí, Esther, a ti, porque espero

ser siempre tu “Manolo”...

ÍNDICE

Prólogo	15
Capítulo 1	19
Capítulo 2	25
Capítulo 3	31
Capítulo 4	35
Capítulo 5	39
Capítulo 6	45
Capítulo 7	49
Capítulo 8	53
Capítulo 9	59
Capítulo 10	63
Capítulo 11	67
Capítulo 12	71
Capítulo 13	77
Capítulo 14	81
Capítulo 15	87
Capítulo 16	91
Capítulo 17	97
Capítulo 18	103
Capítulo 19	107
Capítulo 20	113
Capítulo 21	117
Capítulo 22	123
Capítulo 23	129

Capítulo 24	135
Capítulo 25	141
Capítulo 26	147
Capítulo 27	151
Capítulo 28	157
Capítulo 29	163
Capítulo 30	167
Capítulo 31	173
Capítulo 32	179
Capítulo 33	185
Capítulo 34	191
Capítulo 35	199
Capítulo 36	205
Capítulo 37	211
Capítulo 38	215
Capítulo 39	219
Epílogo	223

EMPOTRADA POR AMKR

PRÓLOGO

El amor es un juego en el que las apuestas son muy altas y, en algunas ocasiones, el precio que se paga por él, es excesivo, puesto que el corazón es un músculo vital que no debería tomarse a la ligera en ninguna circunstancia.

Se dice que quien no arriesga, no gana, pero a menudo, el miedo, es nuestro peor enemigo en la partida de la vida. Y tenemos que ser lo bastante valientes como para desear vencer ese miedo y luchar por lo que vale la pena realmente: el amor verdadero. Porque cuando es sincero, cuando es de verdad, hay que dar lo mejor de uno mismo, hay que darlo todo. Sin reservas.

Esta preciosa historia que estáis a punto de leer, prueba que, a veces, cuando menos lo esperas, esa persona llega a tu vida para darle sentido. No importa por lo que hayas pasado hasta ese momento, porque cada instante que has vivido, te ha llevado hasta ahí. No importan las trabas que surjan en el camino; no importan las personas que te rodean, y que a veces apuestan en tu contra; debes luchar con cada fibra de tu ser, porque ese esfuerzo, al final, habrá merecido la pena.

Manolo, podrán comprobar por sí mismos, que las cosas importantes a veces no son fáciles de lograr, pues siempre hay personas que intentan crear problemas, complicarlo todo. Sin embargo, hay que ser capaz de ver más allá de las apariencias, de la superficie; porque bajo ella, encontrarás la auténtica verdad.

Aunque nos cueste, es mejor dejar el pasado atrás, y con él, a aquellos que salieron de nuestras vidas, normalmente, por un buen motivo.

Si se presenta una nueva oportunidad en tu vida, no dudes en aprovecharla, en sujetarla con firmeza, para que no se te escape, porque más vale arrepentirse de haber hecho algo, que de no haberlo intentado jamás.

Carolina Ortigosa, escritora.

16

Capítulo 1

Aquel ritual de las tres últimas mañanas se había convertido en la mejor parte del día, y todo pese a las decenas de comentarios y advertencias negativas que vecinos, amigos y familiares le habían hecho llegar en *petit comité*.

—¿Te vas a meter en obras ahora? —le comentó la maruja del cuarto bajando la voz cuando se cruzaron en el rellano de la entrada.

—¿Y qué hago, Rosario? Cuanto más lo deje pasar, peor será —le contestó, resignada, Maripili.

—Ay, hija, ya sabes... las obras sabes cuándo empiezan, pero no cuándo terminan.

—Lo sé, Rosario, lo sé —contestó mientras intentaba, en vano, alcanzar la puerta de salida—. Pero ya que están arreglando la fachada del edificio, pues aprovecho, ¿no?

—¡Son unos sinvergüenzas! —La vecina del cuarto cambió rápido de tema sin soltar el brazo de Maripili—. Siempre están con las miraditas y diciendo de todo a las vecinas, incluso a mí, Maripili, ¿te lo puedes creer?

19

—¿A ti también? —respondió en un intento de disimular la risa que trataba de escapar desde su interior—.

¿También te piropean, Rosario? ¡Qué escándalo, por dios!

—Sí, hija, sí —dijo llevándose una mano a la frente y

moviendo la cabeza de un lado a otro—. Me han dicho cada marranada que si se entera mi Pepe, se lía, Maripili, te digo yo que se lía.

—¡No, Rosario, no! Tú calla, mujer. —Había decidido seguir el juego y darle la razón. Aquella situación comenzaba a ser divertida—. Que tu Pepe es muy celoso y a saber de lo que es capaz de hacer.

—Por eso lo digo, hija.

En ese instante, el ascensor se abrió y apareció uno de los trabajadores. Las dos mujeres se quedaron en silencio mientras el muchacho pasaba al lado de ellas. Sus ojos se fueron hacia el joven que caminaba por el pasillo con los pantalones azules de trabajo llenos de gotas de cemento y polvo, unas chirucas desgastadas y sin camiseta. Sobre el hombro llevaba un pesado saco de cemento cola. Lo cargaba en el lado que ocultaba su cara, sin embargo, pudieron ver cómo en el espejo de la entrada el muchacho sonreía mientras las miradas se cruzaban en el reflejo.

El silencio se adueñó de todo hasta que el joven salió por la puerta principal del edificio. Las dos mujeres se miraron un momento sin decir nada. Rosario tomó la palabra:

20

—Este es el más calladito de todos —dijo en voz baja—.

Pero va siempre medio desnudo.

—Déjalo, mujer —respondió Maripili, con una sonrisita, y giró la cabeza de nuevo para observar los andares de aquel muchacho mientras se alejaba, en los que cada músculo de sus hombros, espalda y trasero se movía en un vaivén hipnótico—. Al menos es *guapete*, el chaval.

—No te lo niego, Maripili, pero no son formas de ir por el edificio.

Maripili sonrió a su vecina y se dirigió a tomar el ascensor aprovechando que estaba abajo.

—Hasta luego, Rosario, que tengo que dejar la compra y volver a la tienda.

—Hasta luego, Maripili.

Maripili desapareció tras las puertas del ascensor. Por un instante, se mordió el labio inferior y cerró los ojos. Subió pensando nada más que en llegar cuanto antes a su planta,

a su piso. Desde hacía tres días su rutina había cambiado casi en todo. Bueno, mejor dicho, en todo. La puerta del ascensor se abrió y observó el reguero de polvo y suciedad que había en el suelo del pasillo en dirección al ventanal.

Era el camino que los obreros seguían cada día de trabajo en el edificio. Las obras habían comenzado dos meses atrás, cuando la comunidad decidió adecentar y mejorar la fachada del edificio, y ahora comenzaba la última fase de los trabajos; la pintura, pero antes tendrían que reformar

21

su pisito. Decidió aprovechar que estaban allí para pedirles presupuesto y renovar su hogar, aunque no era eso lo que le preocupaba en realidad.

En los próximos días los tendría en casa, dentro, paseándose con sus herramientas, el descaro de los dos peones jóvenes y con la presencia de Manolo, el albañil. «Manolo», repitió para sí. Entró en casa, recorrió el pasillo hasta el salón-cocina y dejó las bolsas de la compra encima de la barra americana. Se quedó mirando hacia la gran ventana del salón. Permaneció en silencio un instante con la mirada perdida en el cristal. No se oía nada; debía de ser la hora del desayuno, aquel silencio no era normal.

Rápidamente pensó que como habían comenzado a pintar por la última planta, lo más probable era que estuvieran desayunando en el terrado. Se los imaginó sentados en la tela asfáltica, con las piernas estiradas y las espaldas apoyadas en las máquinas del aire acondicionado, con la cerveza a un lado y dando mordiscos a un bocata.

Los torsos modelados de los jóvenes seguro que estarían al aire, siempre iban así, mostrando al mundo cada parte de esa musculatura cincelada a fuerza de trabajo duro y bronceada por los rayos del sol.

El más calladito —como decía Rosario— podría haberse dedicado a pasear por la pasarela de la *Madrid Fashion Week* en vez de por unos andamios de hierro. A Gabri, creía recordar que lo habían llamado en alguna ocasión, normalmente

22

le decían «niño, trae esto, niño ve hasta la furgoneta a por lo otro».

«Niño... sí», pensó Maripili. Cristian, le decían al otro chaval; y luego estaba *the boss*, el jefe, el albañil, Manolo.

El móvil comenzó a sonar y a vibrar encima de la cámara, haciendo que Maripili volviera a la realidad. Miró de reojo para ver quién era. Suspiró profundo. Era su exmarido. Comenzó a sacar las cosas de las bolsas de la compra mientras el móvil parecía sonar cada vez más impaciente. «Que espere un poco», se dijo poniendo su cara de malicia. Cuando intuyó que faltaba poco para que terminaran los tonos, lo cogió y deslizó su dedo corazón por el icono verde. Solo lo hacía con él.

—¡Aló! ¿Quién me reclama? —Siempre contestaba al teléfono de esa manera cuando de Jorge se trataba.

—...

—¿Y para qué voy a cambiar ahora? Ya soy algo mayor para cambios de personalidad, ¿no crees?

—...

No prestaba demasiada atención a lo que su ex le estaba diciendo por teléfono y comenzó a caminar hacia la ventana del salón. El sol estaba a punto de dar de lleno sobre su piso, y observó cómo colgaban los cables y cuerdas que sujetaban el andamio.

—Te he dicho mil veces que paso, que no me interesa, Jorge, te lo digo en serio. —Su tono de voz estaba subiendo de intensidad—. Te lo digo una vez más. No.

23

—...

El corazón le dio un vuelco cuando, de golpe, apareció ante ella Manolo. El móvil le bailó en las manos y a punto estuvo de que se le escurriera entre los dedos y cayera al suelo. Se quedó observándolo. Había bajado usando el descensor, y lo hizo tan rápido que la cogió desprevenida. Quedaron frente a frente, separados por dos centímetros de cristal, con los ojos clavados en la persona que había al otro lado.

—Ya hablaremos en otro momento, tengo que volver a la tienda. Hasta luego, Jorge.

Colgó la llamada sin mirar al móvil, no era capaz de retirar la vista de aquellos ojos verde claro que la observaban, hambrientos, desde el exterior. Entonces, Manolo le dedicó una sonrisa de medio lado, un guiño lento y apretó de nuevo el descensor para continuar su bajada. Maripili

lo vio bajar dos plantas a toda velocidad hasta llegar al andamio. «Este hombre...», pareció dibujar con un suspiro de sus labios.

24

Capítulo 2

Hacía bastante tiempo que aquello no le ocurría. Había tenido sus coqueteos, sus ligues y tal, pero aquella mujer le transmitía algo que le era desconocido. Tenía algo que le atraía sobremanera, y no era solo una cuestión de atracción física, había algo más que no sabía explicar. No tenía pensamientos de volver a tener una relación seria por el momento, pero desde que aquella mujer le habló para pedirle presupuesto para reformar su piso, no podía evitar mirarla de otra manera ni tampoco buscar encuentros con sus ojos.

Estaba en la azotea colocándose los arneses y el descensor cuando oyó sonar un teléfono en el piso que había justo bajo él. La chica se encontraba en casa todavía y pensó que sería un buen momento para verla aunque fuese un instante. Comprobó todo el sistema una vez más, se colocó de espaldas en el filo de la cornisa y se dejó caer al vacío.

Se detuvo en seco justo en frente de la ventana, muy cerca del cristal, y se quedó mirándola con atención. Estaba claro que no se lo esperaba y casi tiró el móvil. Le hizo gracia, aquella hermosa mujer era tan natural que a Manolo le

25

parecía extraño encontrarse con alguien así en los tiempos que corrían. Ella tenía clavada sus preciosos ojos en él, leyó en sus labios cómo se despedía de su interlocutor y colgaba el teléfono. Manolo sonrió, le hizo un guiño y apretó de nuevo el descensor para seguir bajando hasta llegar el andamio. Ya había visto a la chica del quinto.

Estaban trabajando a la altura de la segunda planta cuando el móvil de Manolo comenzó a sonar.

—¡Jefe!, si son los de la pintura, recuérdales que pronto necesitaremos el pedido, ¿vale? —gritó Cristian, dirigiéndose a Manolo.

—¡Vale! —Cogió el teléfono y la preocupación lo invadió al ver quién le llamaba antes de descolgar—. Buenos días, dígame.

—...

—Iré enseguida. Muchas gracias por avisarme. —Colgó la llamada y miró a los chicos, que al instante entendieron lo que pasaba—. Tengo que dejaros un momento, ¿vale?

—Claro, jefe —respondió Cristian—. No te preocupes.

No tardó demasiado en llegar al pequeño parque que había unas calles antes de llegar al instituto de su hija. Bajó del coche y se acercó caminando al banco donde se encontraba su pequeña. Se sentó junto a ella sin decir nada.

—Hola, papá. —Un hilillo de voz salió de ella—.

¿Quién te ha llamado?

26

—Hola, hija. Me ha llamado tu director. ¿Qué te ha pasado?

—No quiero ir al *insti*, papá.

—Pero ¿por qué? Eres una chica muy lista y te gusta estudiar o al menos te gustaba. ¿Qué ha cambiado ahora?

¿Es por tu madre?

—Estoy muy cansada, de verdad. —Su hija se pondría a llorar de un momento a otro—. Cada vez es más difícil aguantarla.

—Cuando se ponga así, lo único que tienes que hacer es no escucharla. —Manolo la rodeó con su brazo y le dedicó una gran sonrisa—. Usa la técnica de «*por un oído me entra y por el otro me sales*».

—No soporto que hable mal de ti, papá.

—Tú me conoces de verdad, cariño, así que pasa de ella, dentro de poco no tendrás que preocuparte más de eso.

—No es tan fácil.

—Claro que no, pero los dos juntos podemos lograrlo, ¿a qué sí?

—Sí. —Por primera vez desde que llegó al banco, su hija sonrió—. Ya falta menos.

—¡Esa es mi chica! Y ahora vete para el instituto. Tú, a las clases y yo, de vuelta al andamio. —Manolo guiñó un ojo y le dio un abrazo a su hija.

—Vale, papá. Gracias por venir.

27

—Siempre me tendrás contigo, cariño. Venga, vete ya,

no llegues más tarde aún.

Manolo vio alejarse a su hija por el parque hasta que dobló la esquina de la calle. Dejó escapar un suspiro intenso y cerró los ojos. Era consciente de lo mal que lo estaba pasando su niña desde el divorcio, pero la situación había empeorado en el último año, y todo porque se acercaba la mayoría de edad de su Laura.

Al subir al coche vio en el salpicadero un papel con anotaciones. Era el borrador del presupuesto que había preparado para la mujer del quinto. Aún no la había llamado para decirle el total de la obra y decidió hacerlo en aquel mismo instante. Cogió su móvil, marcó el número que venía en la hoja y esperó.

—Buenos días.

—...

—Soy Manolo, el albañil, será un momento nada más.

—Esperó unos segundos antes de continuar—. Ya tengo preparado el presupuesto de la obra de su casa.

—...

—Sí.

—...

—El total serían siete mil doscientos. Si quiere, se lo puedo llevar en persona o enviárselo por mail, como usted prefiera.

—...

28

—De acuerdo. Muchas gracias y que tenga un buen día.

—...

«Una cosa menos por hacer», pensó Manolo, mientras arrancaba su coche para regresar al edificio con sus trabajadores. Aquella mujer parecía especial hasta por teléfono.

29

Capítulo 3

Un escalofrío la recorrió de abajo a arriba con aquel simple recuerdo que regresó a su mente. Por momentos, comenzó a sentirse más y más acalorada, y al dejar escapar un suspiro que parecía casi un gemido fue cuando se autoordenó regresar a la realidad. Cerró los ojos, movió la cabeza de un lado a otro varias veces y gritó en voz alta:

—¡Ya! Vamos, Maripili, ¡que hay que trabajar!

Se recompuso a toda prisa, cogió su bolso y, apresurada, salió de casa. El ascensor aún seguía en aquella planta, con solo pulsar el botón las puertas se abrieron y ella entró. Deseaba con cierta ansiedad llegar hasta abajo y salir del edificio cuanto antes. No quería cruzarse con nadie ni con los chicos ni con Manolo, y muchos menos con Rosario. Como si los dioses la hubieran escuchado por esa vez, no se cruzó con un alma en todo el trayecto. Nadie llamó al ascensor en las cuatro plantas restantes y nadie apareció en su camino en todo el pasillo de entrada hasta llegar a la puerta de salida. Abandonó el edificio a toda prisa, sin mirar atrás, sin mirar hacia arriba, hacia los andamios. No

31

le apetecía lo más mínimo cruzar alguna mirada. Sí le parecía oír algún comentario o silbido cuando estaba girando la esquina del vecindario. Siempre iba andando a su negocio. Apenas diez minutos separaban el local de su hogar, por lo que no merecía la pena coger el coche para tan poco, y menos aún con lo complicado que resultaba aparcar en aquella zona tan céntrica.

Poco antes de llegar se detuvo en el pequeño café de la esquina. Al entrar se lo encontró como siempre, a rebosar de clientela, y es que no era para menos; allí servían los mejores cafés de toda la ciudad. Se acercó a la barra en busca de Enrique, haciéndose un hueco a codazos.

—Hola, guapo.

—Hola, Maripili —contestó el camarero mientras colocaba, azaroso, azucarillos y cucharas en los platos que se alineaban en la barra.

—¿Me puedes colar, cielo? —dijo con voz sensual y llamativa—. Voy muy tarde hoy.

—¿Qué te pongo, guapa?

—¿Tú? Mala, ya lo sabes —contestó, con una gran risotada que se oyó en cada esquina del local.

—Lo de siempre, ¿no? —El chico se limitó a sonreírle y a seguir con su quehacer.

Maripili comprendió que andaba algo estresado esa mañana y se limitó a guiñarle un ojo mientras el camarero se giraba hacia la máquina del café. Ella cogió su bolso y sacó

32

un billete doblado que puso en la barra. A los pocos minutos, Enrique se había llevado el billete y a cambio había dejado un par de monedas y tres capuchinos, en vasos para llevar. Paró frente a la puerta y se quedó mirando al interior. Esther y Sofi andaban ordenando los estantes y no se percataron de su presencia. Esperó unos segundos, que le parecieron eternos, hasta que una de ellas giró la cabeza y la vio mirándolas fijamente con el bolso al hombro, dos vasos en una mano y otro más en la otra. Sonrió de forma inmediata y alzó una de las manos mostrando lo que portaba. Esther se acercó a abrirle la puerta.

—Hola, jefa, ya pensábamos que te habías tomado libre el resto de la mañana—bromeó mientras liberaba la mano donde Maripili llevaba los dos vasos.

—Ojalá pudiera, Esther, pero entre unas cosas y otras al final me he entretenido.

—Los de la reforma que te entretienen demasiado últimamente —dijo Sofi, mirándola con los brazos cruzados y una sonrisa de medio lado.

—No seas tonta, anda —respondió intentando disimular que la chica llevaba bastante razón en sus palabras—. Jorge volvió a llamarme de nuevo.

—¿Para qué? —dijeron Esther y Sofi al unísono mientras fijaban la vista de forma inquisidora en su jefa.

—Sus tonterías de siempre. —No pudo evitar reír al ver cómo sus chicas decían las mismas palabras a la vez.

33

Agradecía mucho el apoyo que le daban siempre—. No os preocupéis, estoy bien.

—¿Seguro que estás bien? —Esther se acercó a ella—.

Jefa, llevas tres días un poco rara.

—Eso es cierto —añadió Sofi—. A ti te ha pasado algo y no quieres contárnoslo.

—Bueno —balbuceó un tanto dubitativa al principio—. Vamos a tomarnos los capuchinos y os cuento un secreto, ¿vale?

—Eso ya nos gusta más. —Esther puso su gesto de amante de los cotilleos—Sabíamos que te pasaba algo, así que cuenta, cuenta.

34

Capítulo 4

Era lunes, pero para Manolo no era el peor día de la semana como para la mayor parte del mundo. Para él, significaba quedar con sus amigos de toda la vida a tomar algo en el pub y a hablar de sus vidas. Ellos fueron siempre su mayor apoyo, sobre todo con el tema del divorcio. Se arregló un poco y salió un rato antes. Había quedado con su amigo Paco en que pasaría por su casa; algo sobre alguna chapuza que quería hacer en su patio. No tardó en llegar, vivían cerca, y le tocaba a él llevar el coche.

La mujer de Paco fue quién le abrió la puerta. Después de los dos besos de rigor le señaló que pasara dentro y le indicó que su marido estaba en el patio.

—Buenas noches, don Paco —saludó primero Manolo al asomar a la puerta.

—Buenas, Manolín. —Paco reclamó su presencia junto a él.

—¿Qué es eso que te ronda por la cabezota ahora?

—Quiero que me hagas una barbacoa como la tuya

—hizo una pausa—. No, como la tuya no, que sea más

35

grande, que yo sí tengo un patio como dios manda.

—Me sobra con el patio que tengo —respondió Manolo, entre risas.

—Vale, como tú quieras. ¿Qué me dices? ¿Cuánto me costaría una barbacoa en condiciones?

—Para un amigo como tú, no mucho, así que tranquilo. Un sábado de estos nos ponemos y la hacemos en una mañana.

—¡Ea! ¡Trato hecho! —le estrechó la mano a Manolo—.

Siéntate, que voy a por unas cervezas, es aún temprano para irnos.

—No te voy a decir que no.

—Es otra ventaja de tener un buen patio. —Paco lo miraba con sorna—. Puedo tener una buena mesa y sillas para todos los invitados.

—Hoy estás de gracioso, por lo que veo. —Manolo movió la cabeza de un lado a otro mientras miraba al cielo—.

Trae las cervezas y cállate de una vez.

Manolo se sentó en una de las sillas de terraza. A fin

de cuentas, su amigo llevaba razón, él no podría tener una mesa así en su patio a menos que echara la mitad de la cocina abajo. A ser verdad, lo tuvo, pero en la casa donde vivía ahora no era posible. Paco salió con dos cervezas y se sentó frente a él.

—¿Qué tal tu hija? —preguntó tendiéndole una de las cervezas—. Hace tiempo que no la vemos.

36

—Ya sabes, a veces le dan esos ataques de rebeldía y tengo que ir a buscarla.

—Vamos, que Rocío sigue igual que siempre, ¿no?

—Yo diría que hasta peor.

—¿Peor? ¿Por qué?

—Sabe que se acerca el día en que Laura se irá de casa y ve que no puede hacer nada para retenerla.

—¿Sigue esa zorra diciendo pestes de ti?

—¡Paco! ¡Habla bien, por dios!

—Puedo hablar como quieras, pero eso no hará que deje de ser una zorra, ¿no crees?

—Seguramente. —Los dos se miraron y se echaron a reír—. Yo estaba ciego de amor, pero vosotros podíais haberme avisado, ¿no?

—No toques los cojones, Manolo. —Paco lo miraba con la vista fija en él—. Te lo dijimos todos los días, pero tú ni caso.

—En fin, a lo hecho, pecho, ¿no?

—Exacto. Tienes a tu hija que te adora, no te falta trabajo para hacer barbacoas, ligas cuando te da la gana y tienes a los amigos más guapos y atractivos de la ciudad, ¿qué más puedes pedir?

—Brindo por eso, amigo. —Chocaron sus cervezas en alto.

—Y venga, vamos a recoger a Zipi y Zape, y al pub, que tenemos que contarte algo muy importante.

37

—¿Cómo? —Manolo lo miró perplejo—. ¿Llevamos un buen rato aquí y no me lo cuentas?

—Mejor cuando estemos todos. Venga, vamos, Manolo.

38

Capítulo 5

—Pues veréis, chicas —comenzó a hablar Maripili, casi en un susurro—. Esto pasó hace tres días.

Justo en ese momento, el tintineo del sonajero de la puerta llamó la atención de las tres mujeres. Alguien acababa de abrir la puerta y entrar a la tienda. Se quedaron atónitas al ver a la mujer que acaba de atravesar el umbral. Una señora rubia, mal teñida, eso sí, de unos cincuenta y tantos años se quedó quieta a pocos metros de la entrada, mirando de un lado a otro los estantes y escaparates de la tienda.

—Buenas tardes —se adelantó Esther al ver que nadie era capaz de pronunciar palabra alguna—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Ay, muchas gracias, hermosa —respondió, amable, la señora quitándose unas gafas de sol horrorosamente rosas—. Quiero zapatos. Necesito zapatos. ¡Siempre he querido tener zapatos!

—Entonces ha venido al lugar indicado. —Esther sacó una sonrisa algo forzada y, con el brazo extendido, dio una vuelta sobre sí señalando toda la tienda.

39

Maripili miró a Sofi un momento con los ojos abiertos como platos, y luego centró su mirada en aquella señora tan peculiar. Llevaba un moño espantoso y parecía maquillada por un niño hiperactivo. Y eso no era lo peor; llevaba unos *leggings* de color rosa con la palabra «*sexy*» en el trasero. El conjunto lo completaban unas zapatillas de casa doradas y una sudadera de color negro donde podía leerse en bien grande la palabra «*Nique*».

—¡Dios! ¿De dónde ha salido esta mujer? —dijo Sofi en voz baja acercándose a su jefa—. Mejor la despachamos rápido y nos sigues contando, ¿eh?

—Sí, me gusta esta tienda —comentó la extraña señora—. Es tal y como me habían dicho.

Las tres acompañaron con una gran sonrisa el comentario de la mujer. Maripili la observó con detenimiento. Iba cargada; de sus brazos colgaban bolsas de papel de tiendas conocidas, e, incluso, advirtió que llevaba un par de vestidos en sus fundas. «No puede ser», pensó sorprendida aunque las fundas de los vestidos hablaban por sí solas: Va-

lentino, Marc Jacobs.

Maripili entrecerró los ojos para prestar mayor atención a las marcas impresas en las bolsas: Gucci, Vuitton, Prada, Dior. «Pero ¿cómo es posible? No me lo puedo creer», se dijo mientras se acercaba a ella y le hacía una señal a Esther para que la dejara hablar a ella.

—Nos gusta cuando nos recomiendan —le comentó a

40

la señora mientras esta iba dejando todo lo que traía sobre la banqueta que había al entrar—. Veo que lleva una mañana provechosa de compras.

—Y que lo digas, bonita. —Respiró hondo, como si se hubiera quitado un gran peso de encima—. ¿Podrían llamar a un taxi para que venga a por mí en un par de horas? Aún no he tenido tiempo de comprarme un *ipone* de esos.

—Sin problema, señora —respondió Maripili entrelazando las manos con fuerza sobre su vientre y sonriendo lo más verosímil que pudo—. ¿Qué viene buscando? ¿Algo en particular?

—Lo cierto es que en casa solo tengo un par de zapatillas y unas manoletinias muy monas, eso sí.

—Aquí no tenemos de eso, pero seguro que encontrará algo de su agrado.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó con la vista fija en Maripili.

—Ellas son Esther y Sofi —dijo señalando a las chicas—. Y yo me llamo María del Pilar, pero todos me conocen como Maripili.

—Yo me llamo Remedios.

—Encantadas, Remedios. —Maripili comenzaba a sentirse un tanto incómoda con aquella señora tan peculiar, y más cuando se hizo un más que evidente silencio incómodo.

—¿Sabéis quién es Vivian Ward? —preguntó de repente.

41

—¿Quién? —Esther y Sofi se miraron con cara de extrañeza.

—Son muy jóvenes para saberlo, Remedios —respondió Maripili con gesto de sorpresa—. Yo sí sé quién es.

—Bien, pues hoy quiero ser como Vivian.

—¿Cómo? —Maripili ya no podía evitar mostrar una cara de desconcierto.

—Quiero completar mi gran zapatero nuevo, y te juró que meteré de todo. ¡De todo lo mejor, además!

—¿De todo lo mejor? —Maripili la miraba atenta—.

Tenemos cosas muy exclusivas aquí, Remedios.

—¡Eso! —gritó señalándola con el dedo—. ¡Eso es lo que quiero! ¡Todo lo exclusivo!

—Muy bien, Remedios. Tome asiento, por favor. —La invitó a sentarse en el sillón y se giró hacia las chicas—. Ya habéis oído, sacad lo mejor de la tienda.

—¿Lo mejor, mejor? —preguntó, dubitativa, Esther.

—Ya has escuchado a Remedios.

Al momento la chica estaba al lado de ellas con unos preciosos Slipper en color fucsia.

—¿Algo así? —preguntó Maripili—. Son sofisticados, elegantes y muy cómodos. Son unos Charlotte Olympia y su precio es de tan solo cuatrocientos noventa euros.

—¡Ay! ¡Qué bonitos, por Dios! —A la señora le brillaban los ojos mientras los sostenía en las manos—. ¡Y tan baratos, encima!

42

—¿Le... le parecen bien?

—¡Claro que sí! ¡Apártamelos! —dijo poniéndolos a un lado—. Quiero ver más.

—Por supuesto —contestó Maripili y tomó la caja que había acercado Sofí—. Aquí tiene unos Stilletos en negro con la suela en rojo. Son de la marca Louboutin y están a tan solo quinientos treinta euros.

—¡Me encantan! También me los quedo. —Y los puso junto a los Slipper.

En una hora, a la cesta de la compra de Remedios se habían añadido unos botines negros de Gucci, unas botas altas de Gianvito Rossi, unos mocasines de Tod's y unas preciosas flat con cordones de la firma Aquazzurra. En total, unos cuatro mil doscientos euritos de nada. Las chicas estaban alucinando a la vez que pensaban en si podría pagar aquello.

—Maripili —dijo Remedios dirigiéndose a la dueña con gesto serio—. Quiero algo escandalosamente exclusi-

vo, lo más caro que tengas en la tienda. Me han dicho que tenéis aquí algo de un tal Ferragamo.

Maripili miró a Esther fijamente, y esta comprendió al instante a lo que se refería. A los pocos minutos salía del cuarto del almacén con una caja de madera.

—Si esto es lo que busca, aquí lo tiene. —Abrió la caja y sacó unos zapatos espectaculares que colocó entre sus manos—. ¿Sabe algo de la casa Ferragamo?

43

—Si le digo la verdad, hasta hace un rato no lo había oído en mi vida.

—Salvatore Ferragamo fue el más famoso de los diseñadores de zapatos de toda la historia. Estos, concretamente, están inspirados en una creación suya de mil novecientos treinta y ocho. Tacón cónico de diez centímetros y medio insertado en una plataforma de un centímetro. Está elaborado con pitón, cocodrilo y ante. Son unas Patchwork.

—¿Y cómo de exclusivos son? —preguntó mientras hacía con sus dedos el gesto de preguntar por el precio.

—Mil novecientos cincuenta euros.

—Me los llevo también.

—Perdone la indiscreción, Remedios, pero ¿cómo va a pagar todo esto?

—No te preocupes, Maripili —contestó sacando una tarjeta American Express—. El señor Edward Lewis se encarga. Es mi autoregalo por ponerme los cuernos.

44

Capítulo 6

—¡Vamos, Paco, no me jodas!

—Ya no hay marcha atrás, Manolo —añadió Luis—.

La reserva ya está hecha y tenemos el modelito ideal para ti.

—Eso, eso —dijo Paco levantando su cerveza—. Irás muy guapo.

—De verdad, os lo agradezco. —Manolo hizo una pausa para beber un trago y después dejó escapar un suspiro hondo—. Pero creo que eso se hace al poco tiempo, no diez años después, ¿no?

—Nosotros lo hacemos cuando nos viene en gana.

—Juanjo cogió su botellín—. Vamos, ¡un brindis por Ma-

nolo!

Los cuatro brindaron chocando sus tercios en el centro de la mesa y rieron como si de unos adolescentes se tratara.

La taberna estaba prácticamente vacía, salvo por los cuatro amigos y la camarera tras la barra, no había nadie más en el local. Esa era la principal razón por la que les gustaba reunirse allí los lunes.

45

—Voy a por otra ronda, muchachos. —Luis se levantó y se fue hacia la barra.

—Y ahí va de nuevo el ligón —gritó Juanjo, y señaló extendiendo los brazos hacia Luis, quien le devolvía el gesto con su dedo corazón levantado detrás de la espalda, mientras se dirigía a la barra.

—Déjalo, hombre —rio Manolo—. Ahora que puede tontear con una jovencita, que Maruja le da pocas opciones.

—¡Brindo por Maruja! —gritó Juanjo. Y los tres apuraron sus cervezas entre risas.

—Manolo. —Paco colocó su mano en el hombro izquierdo de su amigo y miró hacia el techo como si se dirigiese directamente a Dios—. Nos lo vamos a pasar en grande.

—Paco, en serio te lo digo, miedo me das. No hace falta que me hagáis nada, y menos al tanto tiempo.

—¡Eh! Piénsalo un momento. ¿Dónde estabas hace diez años por estas fechas?

—Lo sabes perfectamente. —Manolo frunció el ceño—. Estaba firmando los papeles del divorcio.

—¡Exacto! —Paco lo miraba con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Y hace veinte años?

—¿Qué? ¿De qué carajo hablas?

—Que dónde estabas por estas fechas hace veinte años.

—Ehmm... Pues si la cabeza no me falla, creo que diciendo un «sí, quiero».

46

—¡Correcto de nuevo! ¿No lo ves, Manolo? Es una señal, el karma tiene preparado algo grande para ti. —Paco rio y puso también su otra mano sobre el hombro derecho—. Es tu momento, chaval.

—Habéis perdido la cabeza... y tú no deberías beber

más —Manolo intentó, sin conseguirlo, ponerse serio.

—Colega. —Juanjo llegó y dejó las cervezas sobre la mesa—. Si la noche de tu despedida de soltero fue inolvidable, la del décimo aniversario de tu divorcio, tío, será mítica.

—No me fio un pelo de vosotros. —Manolo alzó la cerveza—. Pero os quiero más que a mi perro, incluso.

—Con eso nos damos por satisfechos, campeón. —Paco cogió su botella y los demás le siguieron en un nuevo brindis.

—No quiero nada raro. No quiero nada como la despedida, os lo advierto, cabrones.

—Tranquilo, tío, tan solo vamos a ir a una fiesta.

—¿Una fiesta? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Lo sabrás todo a su debido tiempo —habló Juanjo—.

Eso sí, será este viernes, así que ni se te ocurra terminar a las tantas; te tomas la tarde libre, que los chicos te lo agradecerán.

—Está bien, con tal de no escucharos más.

En esta ocasión le tocó a Juanjo levantarse a por otra ronda, pero Luis se empeñó en ir con él también. Ya habían perdido la cuenta de las cervezas que habían bebido aque-

47

lla noche. Siempre les pasaba lo mismo, acababan bastante ebrios y hacían de los martes el peor día de la semana, y gracias a que la camarera sabía el momento justo de enviarles a casa.

—Bueno, ¿y qué tal va el trabajo? —preguntó Luis a Manolo.

—Bastante bien, estamos reformando una fachada.

—¿En la calle Larios?

—Así es.

—Ahí ya no os puede quedar mucho, ¿no?

—Íbamos a comenzar a pintar en unos días, pero por suerte nos ha salido un trabajito más allí, unas chapuzas en uno de los pisos.

—¡Qué bien!, ¿no?

—Y tanto, y encima la dueña es una mujer guapísima.

—Anda, pillín... —Paco lo miró con curiosidad—.

¿Precio especial?

—Vaya ganas de cachondeo tienes hoy. Es un trabajo,

Paco.

La noche se alargó entre risas y brindis. Para Manolo no había nada en el mundo como aquellos ratos de lunes que pasaba con sus amigos.

48

Capítulo 7

Despidieron a Remedios como si fuese la auténtica

Pretty woman; las tres mujeres permanecieron en la entrada mientras el taxista cargaba todas las bolsas en el maletero y en los asientos de atrás del vehículo. La clienta del día se sentó en el asiento del copiloto y abrió la ventanilla para sacar una mano y despedirse como si de una reina se tratase.

El día había sido redondo.

—Con un par de clientas como Remedios salimos de pobres en dos días —comentó Maripili a la vez que indicaba a sus empleadas que entrasen de nuevo—. Acaba de salvarnos el mes.

—Hay que reconocer que es todo un personaje, ¿verdad? —Sofí reía al recordar las escenas que acababan de vivir.

—Cuando su marido vea el extracto de la tarjeta, se le van a quitar las ganas de pasar la noche fuera, ¿eh? —añadió Esther, con un guiño.

Las chicas comenzaron a guardar las pocas cajas que no se había llevado Remedios. Maripili se sentó en la mis-

49
ma banqueta que hacía unos minutos ocupaba su ya clienta favorita y cogió su móvil. Suspiró hondo cuando vio las llamadas perdidas de su ex.

—¿Tu exmarido de nuevo? —preguntó Sofí al ver a su jefa con cara de preocupación.

—Sí. De nuevo el simpático de Jorge.

—¿Sabes qué? —gritó Esther desde el almacén—. Tendrías que ponerle una denuncia por acoso a ver si así te lo quitas de encima de una vez.

—No hay que exagerar tanto, mujer. —Maripili contestó a sabiendas que alguna que otra vez había contemplado esa posibilidad.

—No es exagerar. —Esther asomó la cabeza por la puerta—. Si no pones solución ya, la cosa puede ir a peor.

No sería el primer caso, así que ten mucho cuidado, jefa.

—No os preocupéis, chicas, de verdad. Os agradezco que me cuidéis así.

—De verdad que jamás entenderé cómo diablos te pudiste casar con un tipo como Jorge. —Sofi se sentó al lado de Maripili—. Por no ser, no es ni guapo.

—Ni muy listo —añadió Esther acercándose a ellas antes de que las tres rompieran a carcajadas.

—Eso mismo me pregunto yo ahora. —Maripili no dejaba de reír—. Pero os aseguro que cuando lo conocí no era de esa manera. Bueno, muy guapo nunca fue, pero como persona me cautivó.

50

—Más bien te engañó. —Esther seguía metiendo pulla y sin dejar de reír.

—¡Nooo! Eso vendría después. —Maripili volvió a suspirar—. Bueno, creo que es hora de que vaya preparando las compras para la nueva temporada. Hora de trabajar.

—Ey, no creas que te vas a librar. —Esther se sentó al lado de su jefa—. Estabas a punto de contarnos qué pasó hace tres días.

—¡Es verdad! —respondió con una gran sonrisa—.

Ahora os lo cuento, pero antes os voy a proponer una cosa.

—¿Nos vas a subir el sueldo? —preguntó Sofi con su habitual ironía.

—No, Sofi, aún no toca, pero no te preocupes, que ya falta menos, ¿verdad? —Esther continuó con la broma intentando no echarse a reír.

—Algún día os sorprenderé, chicas. —Maripili las miraba con ternura sabiendo que era complicado; no todos los días aparecía una Remedios por la tienda—. Pero no es eso.

—¿Ahora son dos secretos? —Sofi frunció el ceño mientras la miraba fijamente.

—No es para tanto. Quiero invitaros a las dos a una fiesta que habrá este viernes en el D'Angelo.

—¿Una fiesta? —Esther le cambió el rostro de repente—. ¿En serio? ¿Y de qué?

—Será una fiesta de disfraces. —Maripili las miraba tan ilusionada como ellas dos.

51

—¡Yo voy! —Esther se levantó gritando y se puso a

bailotear en medio de la tienda—. ¡Yuhu!

—Vale. No tengo nada que ponerme, pero yo también

voy. —Sofi levantó el pulgar de su mano en señal de aprobación.

—Perfecto. Esta noche consigo las entradas, así que no hagáis planes para el viernes.

—Vale, vale, eso está muy bien, pero ahora cuenta eso que tienes que contar.

52

Capítulo 8

El contacto de las sábanas de seda con su piel le hacía sentirse arropada, como si alguien invisible la acariciara por todo el cuerpo. Los rayos del sol comenzaban a entrar por la ventana, pero era aún temprano y no le apetecía levantarse. Se estiró despacio intentando abarcar las cuatro esquinas de la cama. Un cosquilleo la recorrió por dentro. Esa mañana se sentía juguetona, y su cuerpo comenzó a seguirla cuando en su mente fue visualizando las imágenes de los cuerpos tan bien formados de los albañiles que trabajaban en el edificio. Llevaban ya varias semanas y cada vez les prestaba más atención. La juventud y vigorosidad de los jóvenes la hacían suspirar, pero la madurez y la fuerza del jefe hacían que se estremeciera cada vez que se cruzaba con él en cualquier parte.

A diferencia de los muchachos, nunca lo había visto sin la parte de arriba, pero aquella camiseta blanca era lo suficientemente ajustada para dejar intuir que poseía unos pectorales bien definidos y unos hombros y bíceps muy, pero que muy bien perfilados. Tenía un cuerpo tremenda-

53

mente atractivo y las facciones puntiagudas de su rostro, con una barba cortita y salpicada con algo de vello canoso, hacían que sus ojos verdes resaltasen sobre el tono moreno de su piel. Sabía que su nombre era Manolo.

La mente ya no razonaba, era su cuerpo el que había tomado el control. El calor fue naciendo en el interior de su pecho primero, y fue creciendo hasta conquistar cada centímetro de su piel. Las sábanas comenzaron a abrasarla y, poco a poco, las fue deslizando con sus pies hasta que

cayeron a los pies de la cama.

El camisón que tanto le gustaba, ese que le regaló Jorge cuando la pasión los embriagaba a ambos, comenzó a ser una pesada carga para sus sentidos y lo fue subiendo despacio desde sus muslos hasta sacarlo por los hombros. Su cuerpo le pedía contacto, su piel le pedía piel, y recorrió con sus dedos y suma lentitud su mejilla, los labios, bajó por su cuello y tomó el camino que se abría entre sus pechos, en dirección al ombligo. Allí dio la vuelta y el azar lo llevó a uno de sus pechos.

El calor que emanaba de ella cada vez era mayor, sus dedos recorrían los alrededores del pezón, su mente dictaba que aquella mano era la de un hombre, la de aquel hombre. Su otro pezón sintió celos y tuvo que enviar al resto de la tropa en su auxilio. La imagen en su cabeza de aquellas manos fuertes y curtidas recorriendo sus pechos la hizo encorvar la espalda, y con los ojos cerrados se mordió el labio inferior en un frenesí que no quería detener. Deslizó una de sus manos por su vientre hasta encontrarse con su pubis rasurado, nunca abandonó esa costumbre a pesar de no tener a Jorge en su vida, le gustaba verse bella, sentía orgullo y devoción por su cuerpo, y se sabía atractiva, como siempre.

Percibió, antes de llegar el calor, que estaba muy mojada y todo su ser pedía a gritos que sus dedos jugaran en aquel volcán. Abrió los ojos para mirar como su sexo recibía a los invitados y entonces lo vio; el albañil estaba suspendido tras la ventana, mirando fijamente la escena, con aquellos ojos verdes que entonces rebosaban de deseo y lujuria. Se sobresaltó, cerró las piernas y se incorporó quedando sentada en la cama y cubriendo sus pechos con las manos. Quiso gritarle, decirle de todo menos guapo, pero no pudo, no fue capaz, solo se quedó quieta, mirando cómo aquel hombre la observaba con una expresión llena de deseo, y cuando él movió ligeramente la cabeza en señal de asentimiento, Maripili se olvidó de todo, cruzó sus ojos con los de él, mostró toda la belleza de sus pechos, abrió sus piernas lentamente y continuó por donde lo había dejado. El placer la inundó. Dejó caer su espalda en la cama y jadeó como hacía mucho no le ocurría. Cuando miró de

nuevo hacia la ventana, su *voyeur* ya no estaba. Entonces la vergüenza la invadió y el calor que sintió ya no era de placer. «¿Cómo he podido? ¡Se me ha ido la cabeza! ¡Dios, qué vergüenza!», se repetía una y otra vez en voz baja. Intentó

55

no pensar más en lo ocurrido, se limitó a darse una ducha, a vestirse y a prepararse para salir en dirección al trabajo.

Su único pensamiento era el de no cruzarse nunca con el albañil. Salió apresurada de su piso y se subió en el ascensor lo más rápido que pudo. Suspiró mientras las puertas se cerraban.

Una mano con un guante amarillo se interpuso de repente entre las puertas y estas se abrieron. Ante Maripili estaba Manolo, que con total naturalidad entró en el ascensor y pulsó el botón de la planta baja.

—Buenos días —dijo él con la misma mirada lasciva que tenía mientras colgaba al otro lado de la ventana.

—Bue... buenos días —balbuceó Maripili mientras el rostro se le encendía de rubor.

—No hay nada como empezar bien el día, ¿no cree?

«Tierra, trágame», pensó Maripili. No sabía qué responder a la vez que pensaba en lo lento que bajaba el ascensor. Iba a decir algo cuando Manolo se pegó a ella y la besó mientras le sostenía la cara con sus manos amarillas. Aquello sí fue un beso, y entonces pensó que por qué demonios el ascensor iba tan rápido. Cuando llegaron a la planta baja, aquel hombre se separó de ella antes de que se abrieran las puertas y salió con total tranquilidad silbando una canción por todo el pasillo.

Maripili se quedó atónita dentro del ascensor hasta que las puertas se cerraron de nuevo y la devolvieron a la

56

realidad. Pulsó el botón de apertura y marchó rumbo a la tienda.

* * *

—Pues sí, chicas, más o menos eso es lo que pasó —concluyó Maripili mientras Esther y Sofí la miraban con la boca abierta y los ojos como platos.

57

Capítulo 9

Jorge Casals era uno de los corredores de bolsa más cotizados del mundo financiero. Había comenzado siendo el chico que hacía el café y repartía las nóminas y, desde la nada, consiguió subir paso a paso hasta lo más alto. Y a cada peldaño que ascendía su vida y su carácter fue cambiando hasta hacerlo casi irreconocible. Ahora era un tiburón bursátil que solo buscaba el éxito y el dinero al precio que fuera.

Se había acostumbrado a tenerlo todo, y por eso le volvía las entrañas no poder tener a Maripili. De hecho, no conseguía comprender por qué alguna mujer no querría todo lo que él podía ofrecerle. Tampoco toleraba que no le cogiera el teléfono o que le cortase a los pocos minutos.

La reunión para el balance del mes acabó temprano, y, como de costumbre, todas las medallas se las llevó él. Su jefe le tenía en gran estima, ya que era el que más dinero conseguía para la empresa, y cada vez que lo miraba solo veía a un cabrón sin escrúpulos que solo perseguía el éxito aún a costa de quien hiciera falta.

59

—Jorge. —El jefe llamó su atención en la mesa ovalada donde se sentaban todos y en la que, tras la reunión, comentaban sus ligues y fiestas—. Dime una cosa.

—¿Qué desea saber? —respondió cuando se hizo el silencio.

—¿No te gustaría saber lo que es tener una vida familiar y tranquila?

—Ya lo intenté. Pero creo que no estaba preparado —le contestó con total naturalidad.

—¿Y ahora lo estás? —El jefe iba encaminando la conversación al terreno que quería—. Se comenta por ahí que tratas de reconquistar a tu exmujer.

—¿Se comenta? —Jorge soltó un par de carcajadas ruidosas—. Espero que no se entere mi amante.

—Eres único. —El jefe lo miraba casi con admiración—. Sería curioso que tu amante se enterase de que la engañas con tu exmujer, ¿no?

—Mi amante no es muy lista que digamos, no creo que se enterase ni aunque se lo pusiera a dos palmos. —Toda la mesa reía y a esas alturas de la conversación—. En cambio,

mi exmujer sí que nos pilló.

—Solo espero que mi mejor bróker no se enamore cuando esté en el mejor momento de su carrera —dijo, sonriendo, el jefe—. Sería un gran inconveniente para todos, ¿no crees?

—Puede estar tranquilo, jefe, sé cómo manejar mujeres tanto como acciones.

60

—¡Ese es mi chico!

Jorge salió de la reunión henchido de orgullo y autoestima. Una vez más había sido el mejor con creces. Su jefe le adoraba, sus compañeros le envidiaban y su cuenta corriente iba en aumento. Solo le faltaba una cosa.

Decidió cambiar de táctica, dejarse de llamadas y mensajes y atacar de forma directa. Lo primero sería deshacerse de su actual pareja, ya se había cansado de ella. Lo que él deseaba era recuperar a Maripili, y no dudaría en hacer lo que fuera para lograrlo, aunque tuviera que mentir una vez más y fingir ser la persona que no era. Al fin y al cabo, el premio merecía la pena.

Había terminado una semana de mucho trabajo y solo le apetecía descansar en casa. Como todos los viernes, seguro que su pareja querría salir a cenar fuera y tomar unas copas, pero en esta ocasión a él no le apetecía, lo que pensaba hacer sería cenar en casa, echarle el último polvo y decirle que su relación se acabó. Sí, ese fue su plan.

La otra parte de su plan de fin de semana sería ir a ver a Maripili el sábado por la tarde, y con un poco de suerte y buena mano, salir a tomar un café o una copa por la ciudad.

Lo tenía todo previsto. Pasaría por la floristería a comprarle un bonito ramo de rosas y se presentaría por sorpresa poniendo su mejor sonrisa y sus mejores modales. Eso nunca fallaba.

61

Capítulo 10

—Oye, ¿y qué sabes de ese tal Manolo? —preguntó Esther a Maripili mientras le mostraba un disfraz—. ¿Qué te parece este?

—¿Cómo? —Maripili la miró de reojo—. No pienso ir de porno-chacha, cariño.

Las tres se estaban divirtiendo de lo lindo en la tienda

de disfraces. Habían cerrado media hora antes para acercarse a la tienda que había varias calles más arriba. Tenían cientos de disfraces donde elegir, y eso lo hacía aún más difícil.

—Yo me quedo con este —Sofi abrazaba un provocador traje de vampira—. ¡Me encanta!

—¿Piensas ir así a la fiesta? —Maripili la miraba con incredulidad—. ¿Y a tu novio no le va a importar?

—¿A mi novio? ¿Por qué? Si no va a venir.

—Muy fresca vas a ir tú, guapa.

—¡Sí —Sofi rio a carcajadas. Cogió otra percha para mostrársela a sus amigas—. Y este para Esther, le va a quedar divino de la muerte.

63

—¿De rata?—Esther intentaba poner cara de seria—.

¿En serio, tía?

—No es una rata, es una ratoncita, y se llama Minnie Mouse.

—Bueno, si me buscas un Mickey Mouse que vaya a juego conmigo, de acuerdo.

—Me parece muy bien —comentó Maripili—. Pero, ¿y yo qué? No encuentro nada que vaya conmigo.

—¡Vamos, jefa! Hay cientos de modelitos en toda la tienda, alguno tiene que atraerte, ¿no?

—¡Sí!

Maripili comenzó a caminar hacia el fondo del local, sin apartar la vista de un perchero con varios vestidos de época colonial. Se fue directa hacia uno que estaba en medio, de color grana que resaltaba entre todos los demás de color claro.

Cogió la percha con una mano y lo deslizó hacia fuera, levantándolo por encima del hombro para poder observarlo con detenimiento.

—Mucha tela, ¿no? —Esther se acercó a ella y se quedó mirando el vestido—. Hay que enseñar un poquito, al menos.

—Espera y verás. Tú no has visto los escotes que tenían estos vestidos. —Maripili sonrió con picardía.

—Entonces ya estamos vestidas para la ocasión. —Sofi se acercó a ellas—. ¿Quedamos para cenar antes?

—Por mí, sí —asintió Maripili.

—Y por mí, también, pero ¿antes o después de arreglarnos? —Esther se acercó con su disfraz en los brazos.

—Cenamos y después vamos a cambiarnos, ¿no? —Maripili miró a Esther con atención.

—¡Vamos! No seáis unas aburridas, seguro que nos reímos un buen rato con la cara que pondrá la gente. —Esther puso su tan característico tono de picar a sus amigas—.

¿Acaso no os atrevéis?

—La verdad es que yo no —contestó Maripili—. No tengo ya edad para ir haciendo locuras.

—Claro, y lo de tu albañil es de lo más normalito del mundo, ¿no? —Sofí se animó a meter algo de presión extra.

—Eso... Eso es otro asunto, chicas, y vosotras lo sabéis. Soy bastante cortada, no sé qué me pasó el otro día.

—Te pasó que te hace falta una buena sesión de sexo

—Esther la miraba con una sonrisa de oreja a oreja—. Y por lo que parece, el albañil ese estaría dispuesto a dártela.

—Anda, dejadlo ya... Vale, a casa a vestiros y a las nueve os recojo para ir al D'Angelo, ¿os parece? —Maripili se dirigió a ellas con la voz tan firme como su mirada.

* * *

En cuanto bajaron del coche se convirtieron en el centro de atención y el blanco de todas las miradas. Estaciona-

65

ron no muy lejos de la pizzería, pero el tramo de acera que había hasta llegar se transformó en una pasarela improvisada donde se centraron los ojos de transeúntes y clientes de los alrededores.

Una vampira, una Minnie Mouse y una dama colonial recorrieron las baldosas posando con firmeza sus tacones, con una gran sonrisa en los labios y como si fuese lo más natural del mundo.

El dueño del D'Angelo abandonó la barra para atenderlas en persona. Las tres mujeres comieron, bebieron y rieron como si fueran unas alocadas adolescentes. La noche acababa de comenzar y prometía ser buena, prometía ser muy buena.

Capítulo 11

—Podías haber aparcado un poco más lejos, ¿no? —El tono de sarcasmo era evidente en Manolo—. No pienso salir del coche con estas pintas, y mucho menos atravesar la calle principal hasta llegar al pub.

—A estas horas no hay quien aparque por el centro, y lo sabes. —Paco miraba a su amigo por encima de las gafas con una sonrisa enorme en sus labios—. Seguro que apenas hay nadie por la calle, es muy temprano todavía.

—¡Paco, no me jodas! ¿Un viernes por la noche?

—Que no seas tan quejica, Manolo, que tienes ya una edad, ¡coño! Luís y Juanjo deben llevar rato esperándonos.

—Si me parece estupendo, pero que digo yo que por qué vosotros podéis ir de superhéroes y yo tengo que ir medio en pelota.

—¡Vamos, Manolo! A ti te queda genial. —Paco sonreía de oreja a oreja—. ¿Te imaginas a nosotros de esa guisa?

—Claro, como si tuvierais cuerpos de superhombre, ¿no te digo!

67

—Baja de una vez, cascarrabias. Vamos a divertirnos y a tomar unas cuantas copas, que lo mismo esta noche ligas y todo. —Paco mantenía su cara de guasa.

Casi trescientos metros de avenida peatonal separaban a Paco y a Manolo del sitio en el que se celebraba la fiesta. Una calle con locales a ambos lados y que aquella noche estaba a rebosar de gente que se concentraba en los bares y pubs de la zona, ocupando las terrazas y mesas de la avenida; y todos, prácticamente todos, dirigían su vista a los dos disfrazados.

—Lo sabía, es que no sé por qué te hago caso, Paco. ¿No decías que aún no había gente en la calle?

—Calla, calla, nos miran a los dos, que no eres el ombligo del mundo, Manolo.

—No seré el ombligo, pero esta noche bien que lo voy enseñando.

—¡Estás muy guapo, coño!

Las miradas de todos, y más que nadie la de todas, se iban hacia los dos personajes que caminaban por el centro de la calle.

—¡Ea! Yo quiero uno como tú... —les dijo una chica que se cruzó con ellos y de forma automática levantó la vista de su *iPhone* y dejó de *wasear* para ver con atención al hombre que acababa de pasar a su lado, y no pudo evitar darse la vuelta para piropearlo.

—Gra... gracias —acertó a balbucear Manolo volviendo la cabeza ligeramente.

68

—¡Eh! ¿Y por qué no me lo puede haber dicho a mí? —dijo Paco contrariado.—Sí, seguro que su fantasía siempre ha sido tener una aventura con un Batman de barriga cervecera.

—Muy gracioso, Manolo, muy gracioso.

Juanjo y Luis estaban esperando a la puerta del pub.

No todos los días se ve a Superman y al Zorro apoyados en la pared mientras dan caladas a un cigarrillo. Cuando los vieron acercarse se echaron a reír.

—Vaya pinta de mamarrachos que traéis —dijo Juanjo a carcajadas—. Manolo, tú estás especialmente provocador, ¿eh?

—No... si vosotros vais muy guapos también —le contestó Paco cuando llegaron a su lado—. Terminad ya y entremos, que vengo seco y necesito una copa.

Todavía no había mucha gente en el local y pudieron refugiarse en su rincón favorito de la barra, en aquel donde se encontraba la máquina de dardos que nadie usaba jamás.

Ya no iban mucho por aquel pub, pero siempre lo pasaban bien; a sus parejas les agradaba bastante, sobre todo por la música y por la pista de baile donde daban rienda suelta a sus ganas de mover los cuerpos. A ellos, sin embargo, les gustaba por el ambiente, el buen whisky que servían y porque podían hablar con tranquilidad de fútbol, política, coches, motos y mujeres, cuando podían.

Poco a poco el local se fue llenando de todo tipo de personajes de ficción: Caperucita, Spiderman, Drácula,

69

unos cuantos zombis, conejos, osos etc. Pero el centro de atención seguía siendo Manolo, que ya comenzaba a ruborizarse al sentirse observado por casi la totalidad de mujeres.

—Manolo, esta noche triunfas. —Paco seguía con la guasa—. Te comen con los ojos...

—Más de una te comería de otra forma —añadió Juanjo—. Las de la mesa del fondo no te quitan ojo de encima.

—Sois una panda de cabrones —contestó Manolo, levantando su copa para brindar.

—Oye, ¿aquella no es la amiga de tu hija? —dijo Luis, dirigiéndose a Paco.

—Creo que sí, se parece bastante a Sofí.

Manolo se dio la vuelta y la vio allí, a aquella elegante dama que llevaba un vestido precioso que la hacía parecer una auténtica princesa como las de Disney. Y fue entonces cuando la reconoció.

70

Capítulo 12

—¿Sabéis qué? Que voy a saludarla y ya que me presente a sus amigas. —Miró a los chicos con expresión de devorador de mujeres—. Y quién sabe, si sois buenos igual os las presento después.

—No es necesario, Paco. —Manolo intentó retener a su amigo, pero Batman ya iba al encuentro con aquellas tres mujeres.

Manolo observaba por el rabillo del ojo cómo el superhéroe llegaba hasta la mesa de las féminas. Intentaba, a duras penas, prestar atención a la conversación que Juanjo y Luis pretendían mantener con él, hasta que hubo algo en los comentarios de los chicos que le hizo volver a donde estaba y olvidarse por un instante de Paco, las chavalas y la princesa.

—Le queda bien a Manolo esa faldita de cuadros, ¿verdad? —le decía Juanjo a Luis entre risas—. Está muy masculino esta noche...

—Para tu información, no es una falda —respondió Manolo cogiendo su vaso y dando un buen trago.

71

—Bueno, pues enaguas o refajo. —Luis chocaba su copa con la de Juanjo en un brindis entre carcajadas.

—Par de ignorantes que sois... —Manolo los miraba ya con algo de indignación—. Tiene su nombre, se les llama *Kilt*, y sí, en Escocia son muy masculinas.

—¿Qué? —Luis miraba con asombro a su amigo—. ¿Y cómo sabes tú eso?

—¡Ey! Que porque sea albañil no quiere decir que sea un inculto. Yo leo, ¿sabes?

—¡Coño! ¡Y yo también, el Marca todos los días! ¡El albañil lumbreras que tenemos aquí! —Juanjo reía de tal manera que parecía que se quedaría sin respiración en cualquier momento.

—Seréis capullos... —masculló Manolo al apurar su vaso.

* * *

—¡Wow! ¿Habéis visto al *highlander* de la barra? —Esther reclamaba la atención de sus compañeras agitando las manos de forma compulsiva—. ¡Joder! No me importaría echarle el lazo aunque sea un madurito. ¡Por dios, qué guapo es!

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Dónde? —Maripili echó a reír mientras hacía una búsqueda visual por la barra. La risa se le detuvo de repente al reconocer al albañil.

72

—Pues mira, Esther, esta vez te tengo que dar la razón y todo. —Sofí también se quedó mirando al *highlander*—. Pero, chicas, creo que el que viene hacia aquí es ese Batman algo fondón...

—¿Aquí? ¿Y por qué habría de venir a...? —Esther no terminó de decir la frase al percatarse de que su amiga tenía razón, aquel tipo iba hacia donde ellas estaban.

—¿Alguna de ustedes necesita un superhéroe por casualidad? —preguntó Paco imitando una voz grave y potente a la vez que las tres se quedaban boquiabiertas.

—Pues la verdad es que no, pero gracias. —Esther tomó la palabra y mostró una sonrisa tan falsa que hasta ella misma se dio cuenta de que no iba a colar.

Al ver que su entrada no había sido tan triunfal como la diseñada en su mente, Paco optó por el plan B, se quitó la máscara que le cubría de nariz hacia arriba y dejó al descubierto su rostro y sus enormes entradas. Dirigió su mirada a la vampira.

—Hola, Sofí, soy el padre de María, ¿me recuerdas?

—¡Anda! Claro que sí. Paco, ¿verdad? —respondió

Sofí, con una sonrisa mezcla de aceptación y de «menos mal que no es un chalado más» y se incorporó para darle dos besos—. ¿Cómo está María? Hace mucho tiempo que

no nos vemos y no sé nada de ella.

—Ah, pues muy bien, sacó unas oposiciones a profesora y está dando clases en un instituto. ¿Y tú qué? ¿Acabaste los estudios? ¿Trabajas?

73

—Estoy trabajando en una tienda de calzado, que por cierto, te presento a mi compañera Esther y a mi jefa, María del Pilar —señaló a sus dos acompañantes.

—Puedes llamarme Maripili, ¿vale? Me gusta más que lo de María del Pilar. Encantada.

—Encantado. —Paco se inclinó para dar un par de besos a las dos—. Me alegro de verte, Sofí, ya verás cuando se lo cuente a María, se pondrá muy contenta. Por cierto, estoy con unos amigos allí en la barra; si queréis tomar algo, solo tenéis que decirlo, será un placer invitaros.

—Muchas gracias. —Esther seguía con su sonrisa, esperando que se fuese pronto para continuar hablando entre ellas.

—¿Con Superman, el Zorro y el escocés? —Maripili no pudo evitar preguntarle mientras no dejaba de mirar la espalda semidescubierta de Manolo.

—Con esos mismos. Si venís os los presento, son muy divertidos. —Paco veía que la cosa iba mejorando y hacía mucho tiempo que no hablaba con otra mujer que no fuera su esposa o la camarera del bar—. Y tranquilas, que no mordemos o nuestras parientas nos capan.

Sofí soltó una carcajada, Esther abrió los ojos como platos por aquel improvisado comentario y estuvo a punto de echarse a reír de verdad. Maripili sonrió mirando a Paco; no le parecía el tipo de hombre que engañara a su mujer, pero estaba desconcertada en cuanto a Manolo.

74

—¿Los cuatro estáis casados? —preguntó, sin vacilar, bajo la mirada atónita de Sofí y Esther.

—Sí, los cuatro casados, aunque uno separado. —El tono de Paco sonó un tanto picarón.

—Si acierto quién es... ¿invitas a una ronda de mojitos? —Maripili ya iba a saco.

—Venga, va, si lo aciertas, invito, y si no, invitáis vosotras. —Paco estaba seguro de que ganaría porque Juan-

jo siempre daba la impresión de ser el más mujeriego de todos.

—Es el *highlander*, ¿verdad? —Maripili clavó sus ojos en los de Paco, que se quedó sorprendido y vio cómo perdía la apuesta en unos segundos.

—Voy a pedir los mojitos...

75

Capítulo 13

Sofi y Esther se miraron durante unos segundos con cara de sorpresa antes de girar sus cabezas hacia Maripili.

—¿Cómo? —preguntó Esther en cierto tono exclamati-

vo—. ¿Se puede saber qué acaba de pasar?

—¿Pasar? ¿A qué te refieres?

—¡Vamos! —Sofi se unió a Esther—. Sabes perfectamente a qué nos referimos.

—Ah... a lo de que acabo de sacar unos mojitos gratis, ¿no?

—No te hagas la tonta con nosotras. —Esther bajó la voz y se acercó a Maripili—. Tú conoces al *highlander*, ¿verdad?

—Pues... —Maripili comenzó a ruborizarse.

—¡Lo sabía! —gritó Sofi—. ¡Qué guarra! Lo conoces de algo, por eso has apostado con tanta seguridad. ¿Quién es?

¿Un antiguo amante tal vez?

—Oh, no. —Dio un trago a su copa—. Chicas, ese es el albañil.

—¿Cómo? —Las dos jóvenes gritaron al unísono—.

¿Ese pedazo de hombretón es el albañil que te besó?

77

—El mismo. —Maripili miró hacia donde estaban los chicos—. No me diréis que no está bien, ¿eh?

—¡Joder! Está como un tren, chica. —Esther se giró también para mirar hacia los chicos.

—¡Esther, por dios! No seas tan descarada. —Maripili se estaba poniendo cada vez más colorada y ya no sabía si era por vergüenza o por lo que aquel hombre provocaba en su cuerpo—. Van a pensar que somos unas salidas.

—Yo lo soy —dijo Esther poniendo cara seria y mirándola a los ojos.

—Y yo —añadió Sofi echándose a reír y levantando

su copa a modo de reclamo hacia sus amigas—. ¡Un brindis por las zapateras salidas!

—Un momento —dijo Esther entonces—. Ahora les dirá que os conocéis y sabrán que has hecho trampa.

—Bueno —sonrió Maripili—. No pasa nada, si hay que invitarlos, los invitamos, ¿no? Y lo hacemos a la salud de Remedios.

—¡Brindo por eso también! —Sofi asintió mientras echaba a reír.

Las tres mujeres rompieron en unas carcajadas que llamaron la atención de casi toda la clientela del local.

* * *

78

—¿Y qué tal, Casanova? —preguntó Luis cuando Paco llegó a ellos.

—Bueno, ahora os cuento. —Paco se sentó mientras reclamaba la atención de la camarera—. Lleva tres mojitos a la mesa de la Minnie Mouse, por favor.

—¡Guau! ¡Invitando y todo! —Juanjo miraba a su amigo con una gran sonrisa en la cara—. No habrá ido tan mal, al menos están mirando hacia aquí.

—¿En serio? —suspiró Paco—. No ha ido tan mal, entonces. Invito porque he perdido una apuesta.

—¿Y tú para qué apuestas? Si pierdes siempre, macho.

—Luis lo observaba con la expresión de que todos parecían saberlo excepto Paco—. ¿Qué diablos has apostado para perder?

—A que averiguaban quién de nosotros estaba libre.

—¿Cómo? —Manolo abrió la boca para entrar en la conversación—. ¿Y por qué me metes a mí en apuestas?

—Venga, Manolo. —Lo rodeó con su brazo para darle un medio abrazo—. Te están comiendo con los ojos desde que entraron por la puerta, y además, cómo iba a saber yo que lo iba a averiguar tan fácilmente.

—Dime una cosa, amigo mío. —Manolo miró con el rabillo del ojo a las tres chicas—. ¿Quién de las tres lo ha adivinado?

—La madurita, la que va de princesa o algo parecido

—volvió a suspirar Paco—. Si es que ya lo dice el refrán...
gallina vieja...

79

—¡Claro, Paco! —Manolo dejó escapar una risita maliciosa—. No puedes fiarte de una mujer madura.

—Pero vamos, que no pasa nada, yo invito encantado, y ahora después nos acercamos y os las presento.

* * *

Las chicas miraban expectantes hacia la barra, esperando la reacción de los hombres cuando se enterasen de la jugarreta que les había gastado Maripili, pero no sucedió nada.

La camarera se acercó hasta ellas con la bandeja y dejó en su mesa los tres cócteles.

—Los caballeros de la barra las invitan, señoritas.

Las tres se movieron un poco para poder mirar por el lado de la camarera que aún seguía allí en medio y observaron cómo los cuatro sujetaban sus copas mirándolas en señal de brindis.

Maripili clavó sus ojos en Manolo y este hizo lo propio para decirle, sin palabras, que le debía una, que ahora eran cómplices en aquel asuntillo de la apuesta. Las chicas elevaron sus mojitos y brindaron en la lejanía.

80

Capítulo 14

Pasó casi una hora en la que ni un grupo ni el otro movió ficha, hasta que Esther tomó las riendas; se levantó, cogió de las manos a las chicas y las arrastró, casi literalmente, hasta la pista de baile. Lo estaban deseando, a decir verdad.

La música que sonaba tiraba de sus cuerpos hacia el centro del local. La mezcla de alcohol, de ganas de fiesta, y que se sentían divinas de la muerte aquella noche hizo que en pocos segundos fueran el centro de todas las miradas; ojos envidiosos en las mujeres, ojos lujuriosos en los hombres.

Contoneaban sus cuerpos al compás de la música, sus curvas parecían notas sobre un pentagrama en el que encajaban a la perfección. Esther y Sofí bailaban como si no hubiera nadie más sobre el planeta, solo dejaban que la música las recorriera sin ningún límite. Maripili bailaba algo más tranquila, pero sin quitar ojo al final de la barra.

Los chicos seguían ingiriendo alcohol y hablando de temas intrascendentes, tanto, que estaban enfrascados ya en discusiones políticas sin sentido. Todos menos uno. Ma-

nolo escuchaba, pero sin enterarse de casi nada y sin aportar

81

apenas unos monosílabos a la conversación. Él se limitaba a coger su copa de vez en cuando y de forma disimulada mirar cómo las chicas se movían por la pista al compás de la música.

Sofí fue la que se dio cuenta de todo, y fue ella quien terminó de un plumazo con el baile y se llevó a las chicas hasta el final de la barra.

—Bueno, señoritos —dijo Sofí tocando la espalda de Paco hasta que este se dio la vuelta—. Creo que ya va siendo hora de que nos presentes a tus amigos, ¿no?

—¡Ay, sí! —reaccionó Paco mirando a sus compañeros—. Perdonen ustedes, señoritas, pero es que cuando nos podemos a debatir nos olvidamos del mundo entero. Pero eso tiene arreglo, de ahora en adelante tendrán ustedes atención personalizada completa.

—Tampoco es eso —rio Sofí—. Pero, aquí, mis amigas quieren conocer al resto de la pandilla.

—¿Pandilla? —Luis tomó parte—. Bueno, somos mayorcitos ya, pero en verdad que lo de pandilla nos viene como anillo al dedo.

—Eso está muy bien —añadió Maripili al comentario de Luis—. Nunca deberíamos perder las ganas de ser niños.

—Eso, ahí le has dado. —Paco reía mientras señalaba con el dedo hacia ella.

—¿Niños? ¿Para jugar a qué? —Esther miró a Maripili con su mirada penetrante—. ¿A los médicos?

82

—Se puede jugar a muchas cosas. —Maripili se ruborizó un poco cuando se percató de que Manolo la miraba fijamente.

—Bueno, menos cháchara —se animó Paco—. Chicas, estos son Luis, Juanjo y Manolo. Chicos, estas son Sofí, Esther y... Maripili, ¿verdad?

—Así me llamas, sí —guiñó un ojo a los presentes.

La ronda de besos de todos a todos no duró mucho, y después ya vinieron las consabidas preguntas tipo para ir rompiendo el hielo, que si trabajo, que si cómo está el tiempo de loco, que si me gusta esta música o esta serie,

anécdotas de instituto e incluso algo de fútbol.

Poco a poco se fueron haciendo dos grupos, por un lado

Sofí y Esther con Luis, Paco y Juanjo, y por otro, Maripili y

Manolo; la pareja se fue separando cada vez más del grupo.

—Así que albañil, ¿eh? —preguntó Maripili en un momento de la conversación sin sentido que mantenían.

—Pues sí, llevo toda la vida trabajando en la obra, es lo que tiene no querer estudiar.

—Un hombre sin carrera.... Mira que es difícil encontrar a alguien hoy en día que no haya estudiado, aunque sirva de poco, la verdad.

—No es tan difícil, mírame a mí. —Manolo la miraba de forma muy directa a los ojos—. ¿Qué carrera tienes tú?

—Soy psicóloga. —Aquella forma que tenía aquel hombre de mirarla la estaba poniendo cada vez más ner-

83

viosa o quizás no fueran precisamente nervios—. Estudié Psicología hace muchos años.

—¿Y por qué zapatos? —Manolo parecía muy interesado en saber por qué una licenciada había acabado poniendo una zapatería—. ¿Por qué no un gabinete de esos o una consulta?

—Y lo hice, pero al poco me di cuenta que al final acabaría yo más loca que mis clientes.

Manolo no pudo reprimir una carcajada. Aquella mujer le gustaba, le atraía su forma de ser tanto como su cuerpo. Había química entre ellos, eso había quedado claro desde el día del ascensor.

—¿Dejaste la Psicología?

—Sí, preferí dedicarme a algo que me gustase, y entre mis ahorrillos y lo que me llevé de mi exmarido, monté la tienda.

—¿Tienes un exmarido? —Aquella revelación no se la esperaba Manolo.

—Sí. —Maripili suspiró resignada—. Uno de tantos errores que he cometido en mi vida.

—Todos nos equivocamos, lo importante es aprender de ellos.

—Brindo por eso. —Chocaron sus copas en un brindis—. ¿Puedo preguntarte una cosa, Manolo?

—Claro que puedes. —Puso su mejor sonrisa para

ella—. Puedes hacer todo lo que quieras.

84

—Eso me va gustando. —Maripili lo miró con ojos lujuriosos—. ¿Te gustó lo que viste por la ventana?

—Mucho. —Manolo la cogió del cinturón del vestido y tiró de ella hasta tenerla cuerpo contra cuerpo.

—¿Sabes? Me alegró.

85

Capítulo 15

—Desde que vi a *Leia*, siempre me han gustado las princesas, ¿sabes?

—Ah, ¿sí? —le contestó Maripili—. Lo malo es que ya debería ser reina y no princesa.

—Tarde o temprano algún príncipe te hará su reina, no deberías preocuparte por eso.

—¿Serás tú ese príncipe o ese rey? —Maripili se envaneció por momentos.

—No voy ni de señor de las *Highlands*. —Manolo sonrió mirando su disfraz—. Un poco más y voy de guiri de playa nudista.

—Pues a mí me gusta, y mucho.

Maripili veía en los ojos de Manolo el mismo deseo que ella sentía. Aquel hombre despertaba en ella sentimientos que había olvidado, pasiones ocultas que llevaban mucho tiempo encerradas en lo más profundo de su ser. Vamos, que aquel tío la ponía a mil. Y en su forma de mirarla era evidente que él experimentaba lo mismo que ella.

Manolo inclinó la cabeza despacio, sus labios se acer-

87

caban a los de ella pero sin dejar de mirarla fijamente a los ojos. Lo iba a hacer, la iba a besar, otra vez. Sus bocas se unieron despacio en un principio, pero la delicadeza duró muy poco, porque al instante estaban comiéndose como si no lo hubieran hecho jamás, sin importarles quienes tenían al lado o quienes los miraban con los ojos abiertos de par en par y con una «O» en la boca.

Sus cuerpos, apretados uno contra otro, absorbían el calor que emanaba de ellos. Maripili sentía una mano en la cintura y la otra en la espalda, justo debajo del cuello. Las

notaba fuertes, pero también delicadas en el contacto con su fina piel. Era un hombre fuerte, pero sabía tocarla.

Ella, por su parte, tenía las manos apoyadas en el pecho de Manolo, recorriendo con los dedos cada curva de aquellos pectorales cincelados a golpe de trabajo, y sin poder retenerse, dejó que una de sus manos se deslizara hacia abajo, repasando el contorno de los abdominales y descendiendo por la tela que cubría la cadera y el muslo. Escondió su mano debajo de esta buscando aquello que con tanta ansia le ordenaba su cuerpo. No fue difícil encontrarlo porque hacía y a ratos que notaba algo duro que crecía y presionaba su vientre.

Cogió aquel regalo, los ojos se le abrieron como platos mientras los de Manolo se entrecerraban sin dejar de mirarla.

—Te gusta jugar, ¿eh? —le susurró Manolo al oído con voz suave.

—Me encanta jugar, ya deberías saberlo.

88

—Lo sé, pero ya no quieres jugar sola, ¿verdad?

—No, ahora pienso jugar con esto que tienes aquí abajo.

—No sé si es el momento y el lugar...

—Shhh. Tú calla... —Maripili se mordió el labio inferior mientras aceleraba el movimiento de la mano—. Nadie se va a enterar. Salvo tú, claro.

Manolo intentaba mantener el tipo como buenamente podía. Aquella mujer estaba jugando con una pieza muy delicada de su cuerpo y eso le gustaba, le gustaba mucho; pero lo que en realidad lo estaba desquiciando era la forma en la que aquella diosa lo miraba, la manera de mordisquear su propio labio primero, y después el cuello y el lóbulo de la oreja de Manolo.

Aquella mujer irradiaba deseo, pasión, lujuria; solo buscaba el placer de él. Y a Manolo le encantaba. Demasiado.

Fue como si lo conociera desde siempre, como si hubiera tocado aquel cuerpo toda la vida porque supo en cada momento lo que Manolo sentía y lo hizo disfrutar y sufrir a partes iguales, yendo más despacio unas veces, más rápido otras, y cuando intuyó que él no podía más, aceleró el ritmo hasta que sintió cómo le temblaban las piernas al *highlander* y se le entrecortaba la respiración. El guerrero mantuvo la compostura lo mejor que pudo, pero aquella batalla no logró pasar

inadvertida para las chicas, que miraban atónitas a Maripili.

Los ojos de Manolo no mentían, decían con exactitud lo que acababa de pasar, y lo que pasó fue que había disfrutado como hacía tiempo no ocurría. Miraba a Maripili dando a entender que tenía sed de venganza por aquello, y que se lo cobraría. Y ella se lo confirmó en el mismo instante que sacaba su mano de debajo del *kilt* de Manolo y llevaba a su boca los dedos para relamerlos muy despacio mientras Manolo la observaba callado.

—Algo me dice que esta vez te ha gustado más que juegue —le dijo Maripili al oído.

—Reconozco que ha sido mejor que mirar por la ventana, pero seguro que puede mejorarse.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Lo sabrás muy pronto, princesa.

—¡Ey! —gritó Esther—. ¡Iros a un hotel, pervertidos! O al menos a la casa de alguno, ¿no?

Maripili y Manolo giraron las cabezas hacia el grupo.

Todos los miraban y se estaban partiendo de risa a su costa.

—Lo que pasa es que sois unas envidiosas —contestó, sonriente, Maripili—. Que la madurita es la que ha pillado algo esta noche.

—Y algo bien grande, ¿eh? —Sofí reía mientras su jefa se ponía colorada como un tomate.

—No les hagas caso. —Manolo la cogió de la barbilla y le giró la cabeza hacia él—. Esto es algo entre tú y yo.

—¿Acabamos las copas y nos largamos? —preguntó

Maripili mientras recorría su cuello con uno de los dedos.

—Claro que sí, reina.

90

Capítulo 16

Maripili intentaba no parecer desesperada por terminar su copa y largarse de allí a cualquier lugar donde estar a solas y dar rienda suelta a su deseo. No se reconocía a sí misma aquella noche, no era la misma que semanas atrás.

Aquel hombre la llevaba de cabeza, como si viviera en una nube, y lo más preocupante de todo, solo pensaba en una cosa, y eso la tenía descontrolada.

La melodía de un móvil comenzó a sonar a un ritmo

estridente y pegadizo a la vez. Las chicas comenzaron a reír al escuchar la melodía; los chicos reconocieron de quién era el teléfono y Paco lo buscó en su chaqueta para dárselo a Manolo, que lo cogió con rapidez y se apartó del grupo hacia una zona un poco más tranquila.

—Malo, ¿verdad? —preguntó Luis.

—A la hora que es, imagino que sí. —Paco observaba cómo su amigo gesticulaba con las manos y no dejaba de mover la cabeza de un lado a otro.

—¿Ocurre algo, chicos? —preguntó Esther al ver el gesto de preocupación en ellos, y después a Maripili, po-

91

niéndose nerviosa.

—No lo sabemos aún, pero lo más seguro es que tenga que ver con su hija.

Maripili giró instintivamente la cabeza hacia Paco. Esther y Sofi abrieron los ojos de par en par dejando que la incredulidad apareciera en sus caras. Esther iba a comenzar con el interrogatorio cuando Manolo regresó hasta el grupo.

—Me vais a perdonar, pero tengo que irme —dijo con el rostro apesadumbrado mientras cogía la mano de Maripili y la miraba resignado.

—¿Otra vez Rocío? —le preguntó Paco—. ¿Hay que preocuparse?

—¿Tienes una hija? —Maripili lo miraba atónita.

—Lo de siempre, Paco, no os preocupéis. —Primero contestó a su amigo y luego se dirigió hacia Maripili—. Sí, tengo una hija de diecisiete años. Se llama Laura, y ya te contaré todo en otro momento, ahora tienes que disculparme, he de irme.

—Vale, no te preocupes —le dijo Maripili mientras él la soltaba y se alejaba hasta abandonar el local.

—No te lo esperabas, ¿eh? —dijo Luis—. Te noto sorprendida.

—La verdad es que sí, no lo habría imaginado nunca.

—Maripili hizo una seña al camarero para que le llenara la copa, ya no iba a ir a ninguna parte—. ¿Separado?, ¿padre soltero?, ¿viudo?

92

—Esta vez no has acertado —contestó Paco riendo—.

Es un joven divorciado.

—Oh. —El rostro de Maripili reflejaba algo de desconcierto.

—Tranquila, y a te contará su historia. —Paco puso su mano en el hombro de Maripili—. Algo me dice que habéis congeniado muy bien.

—Sí, es un hombre que se sale un poco de lo normal o al menos de lo normal que yo he conocido; por eso me extraña que una mujer no quiera estar con él.

—Eso mismo decimos nosotros. —Los tres levantaron sus copas para brindar por su amigo, a lo que las chicas se unieron también—. Solo una arpía sería tan tonta.

Poco a poco Maripili se fue haciendo a la idea de que otra noche más volvería a dormir sola, pero estaba contenta porque estaba pasando una gran noche con sus chicas, y, además, había conocido algo más de su albañil preferido.

No quiso preguntar nada más a los amigos de Manolo, prefería dejar que él le contara todo en persona.

* * *

Comenzaba a clarear el cielo en la ciudad. Maripili dejó a las chicas cada una en su casa y por fin estaba llegando a su edificio. Estaba muy cansada ya y solo pensaba en llegar a su dormitorio y tirarse en la cama. Su plan para el

93
sábado era pasarlo entre la cama y el sofá, nada más. O tal vez llamar a su albañil por si quería echar unas horas extras en el fin de semana.

Ese pensamiento le produjo un sentimiento de vergüenza al imaginarse pensando en aquello, pero, por otro lado, le produjo una sensación ardiente que la recorrió de arriba a abajo.

Todo se le pasó enseguida cuando al abrir la puerta del edificio se topó con Rosario. Maripili se vio sorprendida y sin saber qué decir, no esperaba encontrarse a nadie a esas horas de la mañana.

—Vaya, vaya... —Rosario no tardó tanto en decir algo—. Noche de fiesta, ¿eh?

—Algo así. Buenos días, Rosario, ¿a dónde vas tan temprano?

—De viaje, hija. Mi Pepe y yo nos vamos a pasar el día

con mi familia.

—Ay, pues eso está muy bien.

—Lo sé, pero mi Pepe lleva renegando desde ayer, y lo que él no sabe es que le queda suegra para rato. —Rosario soltó una risita cargada de ironía y se quedó mirando a Maripili—. Vas muy guapa, pareces una princesa, ¿de dónde vienes?

—De una fiesta de disfraces, Rosario, y me vas a perdonar, pero vengo muerta y solo pienso en tirarme en la cama y descansar. Ya me contarás lo del viaje mañana.

94

—Ay, pobrecita mi niña. —Rosario se puso la mano en el pecho como compadeciéndose de ella—. Me parece que no te van a dejar dormir mucho.

—¿Cómo? —Maripili preguntó extrañada—. ¿Por qué me dices eso?

—Porque hace un momento acabo de ver a uno de los albañiles entrar y subir al ascensor; para mí que van a bajar hoy también.

—¿Uno de los albañiles? ¿Quién de ellos, Rosario?

—Creo que el jefe.

95

Capítulo 17

Si Rosario le dijo algo más, Maripili ni lo escuchó, en su cabeza solo había un objetivo: llegar cuanto antes al ascensor y subir a su planta lo más rápido posible. El corazón le palpitaba acelerado y su mente se llenó de las imágenes que su cuerpo deseaba que ocurrieran.

El trayecto del ascensor le pareció eterno, pero al abrirse las puertas incluso dudó unos segundos de si salir o no, y casi volvieron a cerrarse cuando dio un paso adelante. Cuando salió al pasillo dirigió su mirada a la puerta del apartamento. Y allí estaba, un *highlander* con su espalda apoyada contra la puerta de su piso, mirándola con suma atención. Sin moverse lo más mínimo.

Maripili respiró un par de veces lo más profundo que pudo en un intento de ralentizar el ritmo de su pulso mientras caminaba a paso lento hasta llegar al lado de él.

—Creía que habías huido a Escocia... —Maripili in-

tentaba hablar con autoridad, quería mantener el control que su cuerpo se empeñaba en perder.

97

Manolo se irguió y se colocó frente a ella sin dejar de mirarla a los ojos. ¡Dios, aquel hombre levantaba pasiones en ella que ya creía ser cosa del pasado!

—Me ha dado tiempo a ir y volver —le contestó Manolo con un tono chulesco que la encendió aún más.

—Si has venido a darme explicaciones, que sepas que no las quiero, no me interesa saber nada más de ti. —Maripili se sentía poderosa, con ganas de llevar las riendas o al menos eso creyó.

—No, no he venido a eso.

Manolo la tomó por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo. Solo unas palabras ininteligibles lograron salir de la boca de Maripili porque una mano fuerte la cubrió para no dejarla hablar mientras con la otra giraba los cuerpos de ambos hasta tenerla de espalda a la puerta y atrapada por el cuerpo de él. Una descarga eléctrica recorrió la piel de Maripili, y movida por unos hilos invisibles, se abrazó al cuello de Manolo rodeándolo con sus brazos, a lo que él respondió liberando su boca de la mano para coger su cabeza por la nuca y besarla con tanta pasión que ni ella se esperaba. Aquel *highlander* estaba ávido de ella, de su cuerpo, de su ser y no sería ella la que lo juzgase por ello. Hacía demasiado que no se sentía deseada, mucho desde que un hombre ansiara hacerla suya de aquella manera.

Intentó volver a recuperar el control separando su boca de la de él, dejando el abrazo para interponer sus manos entre ella y aquellos pectorales tan bien formados, pero

de nada le sirvió. Tuvo que rendirse de nuevo cuando la mano de Manolo abandonó la cintura para levantar el vestido por un lado hasta dar con su ropa interior. Un gemido se le escapó y cerró los ojos en señal de rendición.

—Parece que me estabas esperando, ¿no? —Manolo sintió el calor del sexo de la mujer incluso por encima de la tela fina, y ratificó su victoria al notar que sus dedos se deslizaban con facilidad una vez apartado el tanga.

Maripili volvió a gemir. Esta vez abrió los ojos y puso en

él su mirada hambrienta primero, y su boca después, buscando un cruce de lenguas y labios que se exploraban con desesperación. Los dedos del albañil recorrían su excitado sexo, se perdían en su interior y volvían a salir una y otra vez.

—Me estás volviendo loca, escocés —murmuró, entre jadeos.

—No tanto como tú a mí. —Manolo dejó la nuca de Maripili y bajó la mano para terminar de subir el vestido de princesa y coger con decisión su culo—. Me encanta cada curva de tu cuerpo, mi reina.

Maripili era un torbellino desatado, lo necesitaba dentro, ansiaba ser tomada por aquel hombre que tan fieramente la deseaba. Deslizó la tela del *kilt* que se sostenía sobre el musculado hombro de Manolo y, ayudada por sus manos, hizo que cayera toda la falda de la cintura a los muslos, y de estos al suelo.

99

Un vago suspiro salió de la boca entreabierta de Manolo cuando sintió liberado su miembro, y un gemido le siguió al sentir las suaves manos de Maripili agarrándolo con fuerza, friccionándolo adelante y atrás, humedeciéndose con su propia excitación. Si ella lo deseaba, no era menos lo que él sentía. Sacó sus dedos de la cálida morada que Maripili le ofreció, y con sus dos manos rodeó las nalgas de aquella hermosa mujer y la levantó en peso para colocarla a horcajadas en su cintura. La reacción de ella fue instantánea y con sus piernas rodeó el culo prieto de su salvaje.

Maripili retiró sus manos consciente de que no necesitaba a nadie que lo guiara en su camino y se abrazó fuertemente a él. No fue lento, no fue suave, pero entró toda del tirón arrancando un tremendo gemido de placer desde lo más profundo de la mujer. Cada embestida de él la hacía sentir en su espalda cada dibujo tallado en la puerta. Manolo agarró con fuerza las nalgas de ella y a cada empuje el placer los inundaba.

No importaba si había algún vecino mirando por la mirilla o si se abrían las puertas del ascensor y aparecía la limpiadora. No importaba nada, solo sus dos cuerpos moviéndose al compás de cada envite del albañil, la respiración acelerada y entrecortada y los gemidos de placer que

por momentos iban subiendo de volumen.

Maripili no pudo más, se sintió embriagada de un placer que la hizo arquear la espalda y echar la cabeza hacia

100

atrás, momento que aprovechó Manolo para darle un mordisco apasionado que la llevó hasta el clímax en el mismo instante en que ella notó cómo su albañil daba las últimas estocadas, abandonándose al placer al mismo tiempo que la princesa. Maripili cerró sus ojos y sonrió. Hacía mucho tiempo que nadie la empotraba tan bien.

101

Capítulo 18

El final de un apasionado beso la devolvió a la realidad, a la entrada de su casa, al pasillo de la quinta planta.

Abrió los ojos y se quedó mirando a su albañil.

—¿Y esto a que ha venido? —preguntó Maripili entrecerrando los ojos mientras esperaba una respuesta.

—No podía evitarlo más, desde el primer día te deseo.

Perdona que haya sido tan impulsivo, siento no haber tomado precauciones.

—No te preocupes, yo sí las sigo tomando. —Maripili se separó de su amante y buscó las llaves—. Espero que quieras pasar.

—Claro que sí. Tenemos que hablar. —Se notaba algo de preocupación en el tono y rostro de Manolo.

—No me importa que tengas una hija, Manolo.

—No es solo eso, reina.

—Tampoco me importa que seas un joven divorciado.

—Maripili sonreía mientras sacaba una cajita de cápsulas—.

¿Te apetece un café?

—Mi vida es más complicada que todo eso, Maripili.

103

—Dejó escapar un suspiro—. Y sí, necesito un café: solo, bien cargado. No puedo quedarme mucho rato, he de volver a casa.

—Ni pienses que la mía es sencilla. Háblame de tu hija.

Me dijiste que se llama Laura, pero tus amigos preguntaron por una tal Rocío, ¿es tu exmujer?

—Sí, Rocío era mi mujer, y sí, todos los problemas que tengo, y que tiene mi hija, son por su culpa.

—Aquí tienes. —Maripili le tendió la taza de café—.

¿Quieres contármelo? Por si no lo sabías, aparte de tener la mejor tienda de zapatos de la ciudad, soy una licenciada en Psicología; una loquera en toda regla.

Manolo dejó escapar una risita mientras movía con la cucharilla el azúcar en el café, y miraba atento a la mujer que tenía enfrente.

—No, no lo sabía, y empiezo a ver que eres una caja de sorpresas. Tampoco me importa contarte mi vida, después de todo tampoco hay tanto que contar.

—¿Cuánto hace que te divorciaste? —Maripili iba directa al grano.

—Hace justamente diez años, eso es lo que celebrábamos en la fiesta, los chicos se empeñaron y no imaginas lo pesados que se ponen.

—¿Diez años? Ya es bastante tiempo, ¿no?

—Debería serlo, pero Rocío sigue buscándome, y en los últimos meses más aún. Sabe que Laura está a punto

104

de llegar a la mayoría de edad y entonces querrá irse de su lado y venir conmigo.

—Entiendo, tenía siete años cuando el divorcio, ¿no?

—Sí, y ya entonces quería venir conmigo, pero el juez le dio la custodia a su madre, y en todos estos años ha intentado de todo para ponerla en mi contra.

—Y no lo ha conseguido, ¿verdad?

—No, Laura es muy lista, y sabe lo mucho que la quiero. Pero su madre sigue contándole pestes de mí, aunque yo sé que ella no la cree.

—¿Por qué tuviste que irte anoche? ¿Por tu hija? —Maripili sentía curiosidad.

—Tuvieron una discusión fuerte y se marchó de casa.

—respondió con tristeza—. Me llamó para que fuera a recogerla y llevarla a mi casa.

—Entonces todo resuelto, ¿no?

—Ni mucho menos, no puedo llevarla a casa, la última vez que eso ocurrió Rocío llamó a la policía diciendo que había secuestrado a su hija.

—¡Será puta! —Maripili se llevó la mano a la boca—.

Uy, perdón, se me ha escapado.

—No te preocupes —sonrió Manolo—. Casi todo el mundo opina lo mismo.

—¿Y qué ha pasado entonces? ¿Dónde está Laura?

—En casa de su madre, he conseguido convencerla para que vuelva diciéndole que solo faltan unos meses y

105

podrá venirse a vivir conmigo.

—Pobrecilla... —Maripili empatizaba con Manolo—.

La próxima vez tráela aquí, a mí no me importa acogerla unas horas.

—No quiero meterte en nuestros líos, créeme, es mejor que mi ex no sepa nada de ti o te hará la vida imposible también.

—Ya soy mayorcita para temerle a ninguna arpía, ¿eh?

—De eso no me cabe la menor duda. —Manolo dejó su taza en la barra americana y se acercó a Maripili hasta cogerla por la cintura—. Tengo que volver a casa, necesito un poco de soledad, ¿lo entiendes?

—Preferiría que te quedaras aquí, pero lo comprendo.

—Maripili dejó también su taza y se abrazó a su escocés—.

Lo de esta noche ha sido genial, espero que no te olvides de mí.

—Ni lo sueñes. Si puedo, mañana o pasado te llamo para tomar algo, y de paso, si quieres, conoces a mi hija.

—Ya veremos. —Maripili se lanzó a besarlo apasionada.

Los dos se despidieron con un nuevo beso bajo el marco de la puerta y ella siguió con la mirada como aquel *highlander* desaparecía por el ascensor. Después cerró la puerta y se fue directa a la cama, había sido un día muy interesante.

106

Capítulo 19

Maripili abrió los ojos y la luz la cegó por unos instantes.

Alargó el brazo hasta la mesita hasta alcanzar su móvil. Eran ya casi las tres de la tarde y tenía un horrible dolor de cabeza.

Hacía mucho que no tenía una resaca como aquella, pero no podía quitarse la sonrisa de la boca al pensar en lo ocurrido unas horas antes. ¿Qué estaría haciendo su albañil?, pensó, y se levantó de la cama muy despacio para irse a la ducha.

Por su mente iban pasando los momentos vividos esa madrugada, no podía quitarse de la cabeza las manos de aquel hombre sobre su cuerpo, y se estaba excitando de tan solo imaginar lo que podría ser pasar una noche entera con él, sin prisas, sin nada más en qué pensar que no fuese su placer. Ya deseaba encontrarse de nuevo con Manolo. Entonces recordó que era sábado, y que aunque ella no iba a la tienda los sábados, sus chicas sí que tendrían que haber ido y se sintió mal por ello, y cogió el teléfono para llamar.

—¡Hola, jefa! —Esther cogió el móvil al segundo toque.

—Buenos días, Esther.

—¿Buenos días? Más bien dirás buenas tardes.

107

—Ay, eso, buenas tardes, al final me acosté algo más tarde y me he levantado con resaca.

—¿Algo más tarde? —Esther comenzó a sentir algo de curiosidad.

—Sí. Tuve una visita inesperada.

—¿Cómo? ¡Serás putón! No me digas que fue a tu casa.

—Si quieres no te lo digo, pero es lo que pasó. —Maripili estaba usando un tono alegre al hablar—. ¿Qué tal la mañana en la tienda?

—Bien, normalita, como siempre, y Sofí afónica perdida, también como siempre—contestó de carrerilla—. Pero tú cuenta, quiero saber qué pasó.

—No te pienso dar detalles, solo te diré que no me dejó ni entrar en el piso.

—¡Ohhh! Me encanta ese hombre. Es ideal para ti.

—Ya veremos, Esther, el tiempo dirá. Bueno, te dejo, que voy a ver si preparo algo para comer. Nos vemos el lunes, cariño. Un beso.

—Hasta el lunes, jefa, y pórtate bien.

Maripili abrió el frigorífico y echó un vistazo rápido en su interior. En realidad no le apetecía tomar nada, no tenía el estómago muy receptivo, así que optó por hacerse un zumo de naranja y coger un par de galletas y tirarse en el sofá. Estaba convencida de que se quedaría dormida, no había descansado lo suficiente. No hizo más que encender el televisor y darse cuenta de que no

108

se dormiría con tanta facilidad porque estaba empezando su película favorita, lo que hizo que una gran sonrisa apareciera en su rostro y se acordara de su mejor cliente, de su querida Remedios. ¿Qué sería de ella? ¿Seguiría desplumando a su marido? Bueno, era hora de ver *Pretty woman* otra vez más.

Estaba el *scargot* volando por los aires cuando el timbre de la puerta sonó de forma estridente. Maripili se sobresaltó en un primer momento, después pasó a tener un cierto mosqueo porque algún hijo de vecino no la dejaba ver en paz su peli favorita. Se levantó del sofá a regañadientes y fue hasta la puerta casi como los cangrejos para no perderse nada de las peripecias de Vivian.

Fue abrir la puerta y decir para sus adentros que acababa de joderse la peli, la tarde, el día y casi que la semana.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó de la forma más borde que le salió del alma.

—Hola, guapa. Solo quería verte y preguntarte si querías pasar la tarde del sábado conmigo, nada más. —Jorge estaba frente a ella con un magnífico ramo de rosas.

—No, no quiero. —Y cerró la puerta con rapidez, aunque no la suficiente, ya que a su exmarido le dio tiempo a interponer el pie entre el marco y la puerta.

—Pero bueno, ¿qué clase de recibimiento es este?

—Ni más ni menos el que te mereces. —Maripili volvió a abrir la puerta y miraba con los ojos llenos de rabia al

109
hombre que tenía en frente—. Creí que ya quedó claro que no quería saber nada de ti.

—Venga, Maripili, solo te estoy pidiendo que hablemos un rato, nada más. Una conversación normal entre dos personas adultas.

—¿Entonces esas flores no son para mí?

—Claro que son para ti, guapa.

—¿Ahora regalas flores a todas con las que hablas?

—Venga, cielo, no me lo pongas tan complicado, anda.

—¡Cielo, tu madre! o mejor esa lagarta con la que me la has estado pegando, ¿no? —Maripili volvió a intentar darle portazo, pero nuevamente el pie de Jorge se interpuso—.

En serio, quiero que te largues.

—¿Y si no quiero irme?

—Jorge, lárgate, no te lo pienso repetir.

—¿Qué? ¿Vas a llamar a tu nuevo novio? ¿Es eso lo que quieres decir?

—¿Cómo? —Maripili estaba algo desconcertada—.

¿De qué me estás hablando?

—No te hagas la tonta, lo sabes muy bien, no creas que soy tonto y que no me entero de las cosas. —Jorge tenía la mirada fija en ella—. ¿Acaso crees que no te vieron anoche?

—A ti no te importa lo que yo haga o deje de hacer.

Vete, por favor. —Intentó, en un inútil esfuerzo, cerrar de nuevo la puerta, pero por más que empujaba, él tenía más fuerza.

110

—¡No pienso irme! —El tono de Jorge era cada vez más alto y comenzaba a asustarla.

La puerta de los vecinos del fondo se abrió y se asomó su vecina, que se quedó mirando con los brazos en jarra y diciendo con la mirada que o se largaba o tomaría medidas.

Y surtió efecto; Jorge se apartó de la puerta, tiró con desprecio las rosas y se marchó escaleras abajo.

Maripili abrió y se asomó al pasillo.

—¿Estás bien, vecina? —le preguntó Pilar.

—Sí, vecina, muchas gracias por preocuparte.

—Hay que arreglar la puerta de abajo, no puede ser que entren bichos con tanta facilidad.

—Tienes mucha razón. —Maripili rio con la ocurrencia de su vecina—. Hasta luego, Pilar.

—Hasta luego, vecina. —Y cerraron las puertas a la misma vez.

Maripili se asomó a la ventana del salón y vio cómo Jorge subía en su coche y salía derrapando por la calle. Aquello comenzaba a ir a peor.

111

Capítulo 20

Apenas durmió un par horas, no tenía intención de llegar tarde a recoger a su hija, pensaba aprovechar al máximo aquel fin de semana para disfrutar de la compañía de Laura. La peor parte iba a ser el tener que lidiar con Rocío otra vez, pero merecía la pena.

Se levantó y se miró al espejo del armario. Una risa se le escapó al ver las pintas que aún llevaba. Al llegar a casa se había tirado en la cama tal y como llegó, «con faldas y a lo loco », pensó y comenzó a reír a carcajadas, y entonces recordó lo que pasó unas horas antes, su pensamiento se fue directamente a Maripili. Aquella mujer tenía algo que lo volvía loco, y no solo era ese cuerpo, que a sus ojos era perfecto, tenía algo más que no podía explicar.

Una ducha rápida, unos vaqueros, la primera camiseta que pilló, el calzado y se metió en el coche. No tardaría mucho en llegar a la casa de su exmujer, en poco menos de media hora podría abrazar a su hija.

Las dos estaban en el porche de la casa, aquella casa que con tanto esfuerzo y cariño fue construyendo él mismo

113
para su familia, y que ahora la disfrutaba en exclusiva su exmujer. Manolo entró con el coche en la parcela, frente al garaje, y bajó. Laura tenía una enorme maleta a su lado y sonreía de oreja a oreja. Por su parte, Rocío la miraba con rabia, primero a ella, después a Manolo.

—¿Estás lista, cariño? —preguntó Manolo mirando a su hija mientras llegaba al porche.

—Por supuesto que sí —gritó con alegría abrazando con fuerza a su padre.

—Pues vámonos, pequeña —Manolo asió la maleta con su hija aún aferrada a su cuello.

—Pasadlo bien —habló Rocío tratando hacer pasar por verdadera una sonrisa forzada—. Y a ver lo que hacéis.

—Haremos lo que nos dé la gana —le contestó Laura, desafiante.

—¡Laura! —Manolo la recriminó de forma inmediata—. Esa no es forma de hablarle a tu madre.

—¿Ves? —La expresión de su exmujer se tornó seria—. Eso es lo que estás consiguiendo, que mi propia hija me hable así.

—¡No le echas la culpa a papá! —Laura no parecía dispuesta a callarse.

—¡Se acabó! ¡Las dos! —Manolo soltó a su hija y se puso en medio de las dos con cara de autoritario—. No quiero oír una palabra más. Nos vamos. Hija, sube al coche,

yo llevo la maleta.

114

Laura obedeció a su padre y se fue directa al coche, sin mirar atrás, y se subió en el lado del copiloto dando un buen portazo. Manolo y Rocío se quedaron frente a frente en el porche, mirándose directamente a los ojos.

—¿Es esto lo que pretendes? —dijo Rocío, retadora—.

¿Poner a mi hija en mi contra?

—Sabes que jamás haría eso, eres su madre. —Manolo intentaba apaciguar su ánimo—. De eso te estás encargando tú solita.

—¿Yo? ¿No te das cuenta de que si he cambiado es porque ya no estás a mi lado?

—Lo nuestro se terminó hace muchos años, Rocío.

—Pero merezco una oportunidad. Merecemos otra oportunidad.

—¿Otra más? —Manolo sonreía, incrédulo, como tantas otras veces que hablaba con ella de ese tema—. Ya no hay más, lo intenté y no pudo ser, y ahora que lo he superado quiero volver a empezar, de cero.

—Hay otra, ¿verdad? —La mirada de Rocío desprendía fuego—. Te tiras a alguna zorra, ¿verdad?

—Eso no te interesa.

—¿No me interesa? ¿Cómo que no me interesa? ¡Sabes que aún te amo y puedo hacerte feliz! ¡No puedes sustituirme por una cualquiera! ¡No puedes!

—Adiós, Rocío. —Manolo se despidió, cogió la maleta y comenzó a bajar los peldaños del porche—. Mañana por

115

la noche traeré a Laura.

—¡No te mereces que te ame! —gritó Rocío—. ¡Nunca serás feliz sin mí!

—No puedo saber eso. —Abrió el maletero e introdujo la maleta mientras la miraba, quieta en el porche observándolo con odio—. Pero al menos lo intentaré. Adiós, Rocío. Manolo subió al coche, arrancó y echó marcha atrás para salir de la parcela. Laura miraba a su madre con una leve sonrisa que sabía a victoria, lo que hizo que esta se enfureciera aún más y comenzara a gritar algo que ya no podían entender al alejarse poco a poco de la casa. Cuando

perdió de vista a su madre, se giró hacia Manolo y le dedicó una gran sonrisa antes de agarrarse fuerte al brazo de su padre.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó Manolo.

—Ahora sí, papá.

116

Capítulo 21

Maripili se estaba quedando dormida en el sofá, en la tele no echaban nada de interés y comenzaba a dar cabezadas cuando sonó su móvil. En un principio pensó en lo peor, en su exmarido dando por saco otra vez, pero cuando miró la pantalla, su rostro cambió de repente. Aparecía el nombre del contacto: Albañil.

—Diga —contestó con voz suave, casi en un susurro.

—Buenas noches, guapa. —La voz de Manolo le parecía sexi hasta por teléfono—. ¿Cómo estás? ¿Qué tal has pasado el día?

—Bueno, podría haber sido mejor.

—¿Estás bien? Te noto un poco rara.

—Estoy bien. Aunque estaría mejor si estuvieras aquí conmigo, pero puedo soportarlo. —Oyó a Manolo reír tras la línea.

—De eso estoy seguro. Te llamo para ver si tienes planes para mañana, por si quieres almorzar con mi hija y conmigo.

—Ay, no sé, Manolo, ¿no es muy pronto para conocer a tu hija? —Se sentía un poco nerviosa al pensar en la situación.

117

—Solo es para comer. Una invitación para que almuerces con dos personas, nada más. —Su tono era apaciguador—. Di que sí, anda...

—Qué manipulador eres —dijo ella entre risas—. Venga, vale, acepto la invitación. Lugar y hora.

—Vente a las dos o así y nos echas una mano. El almuerzo consistirá en una magnífica barbacoa en el minúsculo patio que tiene mi dúplex. Te gustan las barbacoas, ¿verdad?

—Me gusta más lo que se cocina sobre ellas. —Se echó a reír con su propia ocurrencia.

—Vaya un chiste malo —le contestó Manolo mientras se echaba a reír también—. Te envío las coordenadas por el

móvil, ¿vale?

—Pero malo de verdad. Vale, nos vemos entonces

mañana.

—Hasta mañana, reina, y sueña conmigo esta noche

—le dijo con tono provocativo antes de colgar y dejarla con

los ojos abiertos como platos.

Se quedó mirando el móvil. Lo primero que pensó fue que debería cambiar el nombre de contacto, y a sabía cómo se llamaba su albañil, pero luego recapacitó y lo dejó tal cual, así podría evitarse preguntas incómodas en el futuro. Lo siguiente que vino a su mente fue el momento de abrazar a Manolo, de darle un buen beso, de notar sus manos sobre ella; y después pensó en su hija, y en la vergüenza que iba a

118
pasar cuando la conociera. No sabía qué le habría contado de ella su padre y comenzó a ponerse algo nerviosa.

Se levantó del sofá y fue hasta la cocina. Sabía que tenía una botella de vino guardada por algún sitio. Necesitaba un buen trago para poder dormir como una corderita, o de la emoción y los nervios no pegaría ni ojo. Y la encontró, estaba escondida detrás de todas las galletas dietéticas y ricas en fibra. Su vino preferido: un buen Yllera, se relamió y todo. Cogió una copa, abrió la botella y se fue de nuevo al sofá. Estaba comenzando el *Sálvame*, así que cogió rápido el mando y cambió de canal. Muchas veces había pensado en borrarlo de la lista, pero al final nunca lo hacía. Es más, casi siempre acababa viendo el programa aunque terminara sintiéndose avergonzada por ello. Es lo que tiene el cotilleo, a todo el mundo les gusta, y así podía tener tema de conversación para los momentos pasillo con Rosario.

* * *

Despertó a más de las cuatro de la madrugada, se había quedado dormida en el sofá con la copa de vino en la mano, y fue un milagro que no se le derramara encima.

Dejó la copa en la mesita auxiliar junto a la botella y se metió en la cama. Trató de volver al sueño en el que estaba, pero ya no se acordaba ni de qué iba, solo sabía que Manolo era el protagonista principal, que iba de *highlander*, y que

119
tenía que ser calentito porque estaba mojada por completo. «Dios, este hombre me puede», pensó.

No consiguió dormir bien, el despertador sonó a las diez de la mañana. Le costó conciliar el sueño, y seguro que fue porque se pasaron los efectos del vino. Se dio una ducha rápida y cogió lo primero que encontró en su armario, y casualmente fue un vestido precioso al estilo de los sesenta,

en negro y con pequeños lunares blancos, que le hacía un escote provocador y dejaba ver bien sus preciosas piernas. No sabía lo que pensaría Laura de su atuendo, pero seguro que a su padre le iba a encantar.

Cogió su bolso y salió del apartamento. Se sentía viva, como si fuera una chiquilla que iba a ver a su novio después de mucho tiempo. Aquel hombre le estaba devolviendo la ilusión por tener de nuevo una vida feliz, y deseaba con toda el alma que así fuera.

—Buenos días, Maripili. —Parecía que Rosario la estaba esperando en el *hall* nada más salir del ascensor—. ¿A dónde vas tan guapa?

—Hoy me han invitado a almorzar fuera, Rosario.

—¿Sí? Anda, anda, qué calladito te lo tenías.

—Solo es una comida, y no estaremos solos, así que no seas mal pensada. —Notaba la avidez por el cotilleo de su vecina—. Y por cierto, ¿qué tal vuestra comida de ayer?

—Por mi parte muy bien, por parte de mi Pepe, pues ya sabes, como si hubiera ido a comer al mismísimo infierno.

120

—¡Qué exagerada, por Dios! —Maripili no podía evitar reír con las cosas de Rosario y su Pepe.

—¡Ay! si tú supieras. Un día de estos vente y lo ves tú misma.

—Me lo pensaré, Rosario, me lo pensaré. Y te dejo, que llego tarde, ¿vale? A la vuelta te cuento.

—Por aquí te estaré esperando, guapa.

—Ya lo sé, créeme que lo sé —dijo con una sonrisa mientras me despedía con la mano al salir por la puerta.

121

Capítulo 22

Manolo se asomó a la puerta entreabierta de la habitación donde dormía su hija. Se quedó un momento mirándola dormir enterrada en sábanas y mantas. Le gustaba que estuviera allí, con él, después de todo era lo mejor que tenía en su vida. No sabía quién de los dos tenía más ganas de que cumpliera la mayoría de edad, si ella para librarse de su madre o él para disfrutar de la compañía y el cariño de su hija. Daba gracias a Dios porque Laura era una chica lista para no dejarse embaucar

por los engaños que su madre le había ido contando año tras año.

—Cariño —dijo, en voz baja, mientras abría la puerta del dormitorio por completo—. Vamos, hija, que son ya casi las doce.

Laura entreabrió uno de sus ojos y al ver a su padre apoyado en el marco de la puerta le dedicó primero una sonrisa, y después se echó la sábana por encima.

—Solo un poquito más, papá —susurró bajo las mantas—. Todavía falta para la comida.

123

—Lo sé, pero Maripili no es como las demás, ella siempre es puntual, y no querrás que te pille en la cama y sin arreglar, ¿no?

—O sea, que no es como mi madre, ¿verdad? —Asomó la cabeza por entre las sábanas con los ojos bien abiertos.

—¡No, por Dios! —se le escapó a Manolo—. Quiero decir que no se parecen en nada, al menos por el momento no.

—¿Sabes, papá? —Laura se incorporó y quedó sentada en la cama mirando a su padre con gesto curioso—. Eso le da un punto extra.

—¿Cómo que un punto extra? ¿Estás examinando a nuestra invitada?

—Tengo que hacerlo. Soy tu hija, ¿recuerdas? —A Laura le brillaban los ojos, lo que Manolo no podía averiguar era si eso ocurría porque acababa de levantarse o porque a él se le notaba que le gustaba aquella mujer.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Por ahora yo soy la mujer de tu vida, y no voy a ceder el puesto a la primera que pase, ¿no te parece?

—¿Quién ha hablado de ceder el puesto? Tú siempre vas a ser la mujer de mi vida, cariño.

—Ya me has entendido, papá.

—No, no te entendido nada, como casi siempre. —Soltó una carcajada.

—No me has dicho dónde conociste a... Maripili se llama, ¿verdad?

124

—Sí, Maripili. La conocía de vista en el trabajo donde estamos ahora, y nos presentaron en una fiesta. Nada más.

—¿Y en serio se llama Maripili? ¿No será María del

Pilar o Pilar o algo así? Pero ¿Maripili? No sé...

—Qué más te dará a ti, Rocío Laura. —Manolo miró a su hija intentando aguantarse la risa, sabía que no le gustaba nada que la llamasen por su nombre completo.

—No me llares así, ¿eh? Te lo pido por favor.

—¡Venga!, levanta de una vez y vístete. Yo voy fuera a preparar las cosas para la barbacoa.

—¿Todavía no has preparado nada? —Laura resopló hacia arriba moviendo su flequillo, era su forma de protestar—. Pero si seguro que llevas cuatro o cinco horas levantado, ¿qué has estado haciendo?

—Cosas de trabajo, hija. —Se dio la vuelta y echó a andar pasillo adelante—. Seguro que faltan algunas cosas, tendrás que acercarte a la tienda en un momento.

—¡Pero papá! ¿En serio? —Laura ya estaba a gritos—.

Esta te la devuelvo, ¡que lo sepas!

Manolo salió al patio por la puerta de la cocina. El patio no era muy grande, pero sí lo suficiente para que en su día construyera una práctica barbacoa de ladrillo y se hiciera, con maderas sobrantes de sus obras, una bonita mesa y unos bancos. No era gran cosa, no se parecía a la parcela de su antigua casa, pero con un poco de césped artificial y unas cuantas jardineras, aquello parecía un pequeño jardín de las delicias.

125

Quitó la lona que cubría la barbacoa y después todos los chismes que tenía dentro. La limpió un poco y preparó los troncos para encenderla en cuanto llegase su invitada.

Las pinzas y todos los utensilios estaban allí; no había desaparecido nada, todo un milagro. Cosa que solo podía significar que Paco hacía tiempo que no venía a pedirle nada.

Rio para dentro. Barbacoa lista y preparada.

Entró en la cocina y abrió el frigorífico para comprobar qué le faltaba. Las hamburguesas estaban, chorizos y panceta también, el lomo y un buen trozo de carrillada. Comida lista. Cerveza, refrescos y vino. Todo perfecto. Cerró la puerta y se encontró de bruces con su hija.

—¿Y bien?, ¿falta algo, papá? —preguntó con los brazos cruzados sobre su pecho y con una mirada de pocos amigos.

—Poquita cosa, la verdad, solo el pan, algo de salsa

barbacoa y pastillas para encender el fuego. Nada más.

—¿Y de verdad tengo que ir y o?

—Sí, y ¿sabes qué? Ya que el supermercado está cerca, puedes llevarte la moto.

—¿Qué? —La cara de su hija cambió de forma radical, ya no parecía enfadada, ahora estaba ansiosa por ir de compras—. ¿De veras puedo llevarme tu vespa?

—Siempre y cuando vayas con cuidado, claro.

—¡Prometido! ¡Seré la motera más cuidadosa del mundo mundial!

126

Manolo se echó a reír mientras Laura daba pequeños botes por toda la cocina. En ese momento el timbre de la entrada sonó. Ambos se pararon y se quedaron mirando. Laura frunció el ceño y arrugó los labios haciendo morritos. —Te noto nervioso, papá.

—¿Nervioso y o? —Manolo reaccionó y se dispuso a abrir la puerta—. No sé por qué dices eso, cariño.

—Ya.

127

Capítulo 23

Había salido de casa con mucho tiempo de anticipación, quizás demasiado cuando miró su reloj y se dio cuenta de que faltaban algo menos de tres horas para la hora del almuerzo. No llegaba a comprender la razón de estar tan nerviosa, después de todo ya habían echado un buen polvo. La causa de su nerviosismo tenía que deberse al hecho de conocer a la hija de Manolo.

Puso las coordenadas de la dirección en su móvil y el mapa se desplegó ante ella. Vivía en el otro extremo de la ciudad, pero en coche apenas eran unos veinte minutos de trayecto. Revisó el itinerario que le marcaba el GPS y se dio cuenta que pasaba prácticamente por la puerta del edificio donde vivía Esther, y decidió hacerle una visita aunque con ello lo más probable sería fastidiarle el sueño; habría salido de fiesta casi con total seguridad.

No tardó en llegar a casa de su amiga. Tocó el portero hasta en tres ocasiones sin recibir respuesta, y cuando se disponía a seguir su camino, una vocecita adormilada se

escuchó por el telefonillo.

129

—¿Sí?

—¡Buenos días, dormilona! —dijo Maripili con un poco de apuro al confirmar sus predicciones—. Soy Maripili, nena.

—¡Joder! ¿Me quedé dormida? Bajo en seguida, lo siento mucho, de verdad.

—Esther, que es domingo, tranquila...

—¡Dios, Maripili! No me des estos sustos, pensé que era lunes y llegaba tarde. Te abro. Sube.

Maripili tenía en aquel momento sentimientos encontrados, por un lado sentía haberla despertado, pero por otro le divertía la escena que acababa de suceder. Subió hasta la primera planta y antes de tocar el timbre Esther abrió la puerta, le dio dos besos y la invitó a seguirla hasta la cocina. Llevaba un camisón supercorto de tela fina que dejaba poco a la imaginación. Prestó atención a su amiga, y casi hubiera jurado que no llevaba absolutamente nada debajo. Es más, estaba claro que sujetador tampoco. Siempre quiso usar esos modelitos, pero nunca fue lo suficientemente atrevida, aunque quizás ya iba siendo hora.

—Voy a prepararme un café, ¿quieres? —le preguntó Esther cuando entraron a la pequeña cocina del apartamento.

—Vale, pero con leche y poco café, que si no luego voy atacada perdida.

—Si es domingo, ¿se puede saber a dónde vas a estas horas? —dijo Esther mientras preparaba la cafetera antes

130

de ponerla al fuego—. Si vienes para decirme que me subes el sueldo, podías haber esperado a mañana, ¿no?

—Qué más quisieras tú —contestó Maripili, entre risas, mientras observaba su pelo enmarañado, pero a pesar de todo «esta chica siempre está guapísima», pensó—. He quedado para comer y me pillabas de paso.

—Ay, pues gracias. ¿Dónde vas a comer? ¿Y con quién?

—Me ha invitado Manolo.

—¿Manolo? ¿El mismo Manolo que estoy pensando?

—Esther pareció despejarse por completo—. O sea, que lo del viernes por la noche no fue un simple escarceo, ¿no?

—No lo sé, Esther. El tiempo lo dirá.

—Chica, que parece que vas a un entierro, ¿a qué viene esa desidia? ¿No deberías estar contenta?

—Y lo estoy, pero es que no vamos a comer solos y eso es lo que me tiene un poco intranquila.

—¿Quién más va a comer? —Esther apartó la cafetera del fuego y sirvió dos tazas.

—Su hija. —Maripili buscaba con la mirada algún consejo de su amiga y empleada.

—No te preocupes, seguro que le gustas tanto como a su padre. —La sonrisa de Esther solía ser un bálsamo para ella.

—Eso espero, chica, eso espero. ¿Algún consejo?

—De camino compra una buena botella de vino, queda muy mal presentarse a una casa sin un obsequio.

131

—¿Y dónde compro en domingo una botella de vino?

—Un poco más abajo hay una vinoteca que abre todos los días.

—¡Qué haría yo sin ti! —Maripili se lanzó sobre Esther y se abrazó a ella con fuerza, y así se quedaron unos segundos hasta que escucharon una voz desde la entrada a la cocina y las dos giraron la cabeza.

—Vaya, vaya, ¿habéis empezado la fiesta sin mí? —La voz de aquel muchacho sonaba tan sensual.

Maripili se quedó mirando al joven escultural que tenían frente a ellas. Un morenazo de «*aquí te espero*», con el pelo muy corto y un cuerpazo de infarto, las miraba con una sonrisa picarona mientras permanecía apoyado en la puerta con solo un bóxer sobre su cuerpo. Fue entonces cuando lo reconoció. ¡No podía ser!

—Buenos días, Cristian —dijo Maripili con un tono algo burlón—. Cada vez te veo con menos ropa, ¿eh?

—Bue... buenos días. —El joven se dio cuenta de quién era en aquel momento y comenzó a ruborizarse.

Esther y Maripili se miraron fijamente. Los ojos de la joven estaban llenos de sorpresa y curiosidad, y justo cuando iba a preguntar, fue Maripili la que habló primero:

—Veo que no soy la única a la que le hacen obras y repasos un albañil...

—¿Cómo? —Esther no entendía nada—. ¿Ya os conocéis?

132

—Algo así. —Maripili miró a Cristian para que él hablara.

—Estamos reformando su edificio y su apartamento

—dijo el muchacho—. Me alegro de verte, Maripili. Mañana volvemos al tajo, ya pronto comenzamos la obra de tu apartamento.

—¡No me jodas! ¿Trabaja con Manolo? —Esther echó a reír a carcajadas—. No, si al final va a quedar todo en casa.

Cristian hizo una seña con su mano y desapareció de la cocina, dejando a las dos mujeres riendo sin parar. Poco después, se despidieron con la promesa de contarse los detalles al día siguiente en el trabajo. Maripili se detuvo en la vinoteca para comprar un buen vino. Iba con mucha antelación a la hora acordada, pero le daba igual, así podría pasar más tiempo con su albañil.

Aparcó muy cerca del dúplex que marcaba el GPS.

Cuando estuvo en la puerta, se arregló un poco el vestido y el pelo, respiró profundo varias veces y pulsó el timbre.

Maripili acababa de llegar.

133

Capítulo 24

Manolo abrió la puerta y se encontró con una bella mujer que se quedó mirándolo con sus grandes ojos mientras sostenía en una de sus manos una botella de vino. Le encantaba cómo lleva el pelo aquella mañana, y el vestido que lleva puesto le causó un hormigueo en el estómago. No pudo resistirse a recordar lo que pasó el viernes por la noche.

—Hola, reina —le dijo con cariño—. Pero qué guapa estás...

—Hola, escocés. —Le tendió la botella de vino—. Te traigo un regalito de agradecimiento.

—Ah, gracias. —Manolo se inclinó para darle un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios, y de paso, con tono picarón, le susurró—: No hacen falta agradecimientos, a mí también me gustó.

—¡Pero qué tonto! —Maripili iba a decir algo más, pero vio detrás de Manolo a una chica joven con el pelo corto y

aire desenfadado que los miraba con atención—. Hola.

Manolo se giró e indicó a su invitada que pasara, y una vez dentro hizo las presentaciones.

135

—Maripili, esta es mi preciosa hija, Laura —dijo primero—. Hija, esta mujer tan guapa es Maripili.

—Encantada de conocerte. Tu padre me ha hablado mucho de ti. —Maripili se lanzó de golpe a la conquista de aquella mujercita.

—Me alegro. También es un placer para mí. —Miró de reojo a su padre—. A mí no me había hablado mucho de ti.

—¡Laura! —dijo, en voz baja, Manolo.

Fue el momento más tenso de la historia en aquella casa. Manolo no sabía qué decir, solo miraba a su hija con ojos incrédulos, Laura mantenía la vista en Maripili esbozando una sonrisa y esta entrecerraba los ojos como si con ello fuera a hacerse invisible.

—¡Que es broma, chicos! —Laura se echó a reír mientras miraba a una y a otro—. Tendríais que ver la cara que habéis puesto. En serio, me alegro de conocerte.

—De esta te acuerdas —le dijo su padre una vez que estaba superando aquella situación.

—Muy bueno, Laura —añadió Maripili—. Por un momento no sabía dónde meterme.

—Bueno, pareja, os dejo un rato, sed buenos mientras voy a comprar, ¿eh? —Laura se despidió y salió desesperada en busca de la moto.

—Ten mucho cuidado, ¿vale? —le gritó Manolo antes de cerrar la puerta tras de sí.

136

—Se ve una buena chica —dijo Maripili, con una risita nerviosa.

—Lo es, ya lo verás.

Manolo dejó la botella en el mueble de la entrada y se acercó a ella. Le cogió el bolso y lo dejó al lado de la botella.

Maripili se quedó quieta, esperando que él diera el siguiente paso.

Manolo se acercó a ella, le sonrió y la besó. Un beso de esos que son largos y muy profundos; se saborearon, se

sintieron libres. El más mínimo roce de sus cuerpos despertó una gran cantidad de sensaciones y cuando se separaron estaban jadeantes, y en sus rostros solo se advertía el deseo, las ganas de tocarse, de tenerse. Manolo volvió a besarla. En esta ocasión más despacio, posando una de sus manos en el cuello de Maripili, recorriéndole la nuca y la espalda, y haciendo que un escalofrío invadiera todo su cuerpo. La cogió de la mano y tiró de ella para que lo siguiera hasta el salón. Se detuvieron en mitad de la estancia y ambos miraron en dirección al sofá. Se echaron a reír, como si hubieran pensado lo mismo a la vez. Se besaron despacio. Maripili le acariciaba la nuca mientras Manolo descendía las manos por su espalda hasta llegar a las nalgas. Las masajeó por encima de la tela, recorrió sus curvas hasta que decidió no entretenerse más y subir el vestido, poco a poco, hasta sacarlo por su cabeza. Comenzó a acariciar sus pechos por encima del sujetador mientras la miraba con lascivia. Ella

137

desabrochó la prenda para que sus caricias fueran directamente sobre la piel. Maripili se arqueó al sentir la boca de su amante en sus pechos, se deleitó al notar cómo le besaba los pezones, los acariciaba, los lamía, los pellizcaba con tanta delicadeza que los excitó al máximo. Deseaba que no se detuviera, pero esta vez quería ser ella la que llevara la batuta, la que le proporcionase el mayor placer de su vida. Y lo apartó con suavidad.

—Ahora déjame a mí —le susurró Maripili.

Él se incorporó y la besó con pasión.

Maripili lo empujó hasta el sillón mientras le quitaba el polo y hacía que se sentara. Se arrodilló y se situó entre sus piernas. Desabrochó la hebilla del cinturón primero, y después la cremallera. El sonido que hacía al abrirse lentamente la excitaba. Le quitó los pantalones y los slips y dejó que él la besara y le tocara los pechos, pero solo un instante. De un empujón volvió a pegar su espalda al respaldo y comenzó a besarle los pectorales, a descender por cada uno de sus abdominales, a rodear su ombligo con el calor de su respiración, pero sin llegar a tocarle, y, desde ahí, bajó hacia sus fuertes muslos, acariciando con la lengua su parte interior, casi rozando sus testículos.

Maripili lo miró, permanecía con los ojos cerrados, disfrutando de todo lo que le estaba dando, cuando sin pensarlo dos veces y con gran rapidez, se metió el pene en su boca. Llevaba erecto desde el primer beso, ella lo había notado y

138

ya no podía resistirse más a hacerlo. Un gemido se escapó de su albañil; ahora estaba a su merced y lo pensaba aprovechar al máximo. Comenzó a moverlo dentro de su boca, muy lento, dejándolo escapar, dándole pequeños besos en la punta, y volviendo a capturarlo cuando no lo esperaba, metiéndoselo de golpe otra vez. Esos cambios de ritmo lo estaban volviendo loco de placer. Le encantaba saborearle, ver cómo intentaba cogerla de la cabeza buscando el ritmo que necesitaba, pero no pensaba permitirselo; ella era la que mandaba, y solo cuando Manolo suplicara que por favor le hiciera acabar, solo entonces, pararía. Se quedó mirándolo. En sus ojos notaba que la cosa no va a quedar ahí. —Ahora el malo seré yo, reina —le susurró al oído.

Manolo la cogió en peso, como si fuera una pluma, y la sentó en el sofá. Maripili lo contempló: le encantaban esos hombros musculados, aquellos brazos fuertes que hacían con su cuerpo lo que querían. Ahora era él quien se acomodó entre las piernas de ella. Le quitó el tanga sin miramientos, la besó en la boca, recorrió su cuello con los labios, descendió con la lengua por sus pechos, mordió sus pezones arrancando gemidos de pura excitación. Maripili pensó que iba a llegar al orgasmo solo con sus caricias.

Bajó por su abdomen, jugó con su ombligo haciéndole cosquillas, y cuando Maripili creía que iba a seguir sus pasos e irse hacia sus piernas, se metió de lleno a saborear su sexo, tan mojado ya que su lengua se deslizaba con faci-

139

lidad, y sintió cada caricia como si fueran descargas de placer.

Manolo separó sus labios con los dedos y atrapó el clítoris con los suyos, los succionó con suavidad llevándola al borde del orgasmo, que culminó cuando le introdujo un par de dedos demoledores, que le arrancaron un océano de sensaciones y provocaron que se retorciera en el sofá y sus gemidos fueran cada vez más altos.

Cuando Maripili abrió los ojos de su ensoñamiento, Manolo estaba sentado junto a ella en el sofá, sonriéndole con perversión, se besaron, se acariciaron y notó que estaba terriblemente empalmado. Sin dudarlo, se sentó sobre él y se introdujo el pene hasta el fondo, moviéndose cada vez más rápido. Él cogió sus pechos, los masajeó y besó mientras ella controlaba el ritmo, pero no pudo aguantar mucho más; entre jadeos le gritó que no podía más, él respondió que tampoco y dejó sus pechos para agarrarla por las caderas y guiarla en el vaivén. Maripili volvió a tener un orgasmo cuando notó que él también se estaba corriendo, llenándola por completo. Cayeron rendidos en el sofá, abrazados y besándose con ternura.

140

Capítulo 25

—Me encantaría quedarme así toda la vida —susurró Maripili al oído de Manolo—. Pero no quisiera que tu hija nos pillara desnudos en el sofá.

—Te voy a dar la razón. —Manolo se levantó y le ofreció su brazo para ayudarla a incorporarse.

Los dos se vistieron entre besos, risas y caricias. La tienda no estaba lejos, fue un riesgo hacerlo en ese momento, pero Manolo sabía que su hija se tomaría todo el tiempo del mundo para volver, que con total seguridad aprovecharía para darse una vuelta por todo el barrio. Estaba deseando coger su moto.

—¿Me ayudas a preparar la carne? —le preguntó mientras la acompañaba hasta la cocina—. Así, cuando venga Laura lo tenemos todo preparado.

—Umm... si sabías que todavía iba a tardar, podíamos haber echado otro asalto, ¿no? —Maripili seguía juguetona.

—No tentemos a la suerte que no sé cuándo volverá, la verdad. —Manolo sonrió mientras le acariciaba la mejilla—. Tenía muchas ganas de moto, pero no creo que tarde mucho ya.

141

—¿Le dejas una moto sin tener los dieciocho? —le preguntó algo extrañada, no le hacía un padre irresponsable.

—Es de poca cilindrada, se puede llevar con una simple licencia, y ya la tiene desde los catorce —le guiñó un ojo a la vez que sacaba un par de copas y acercaba la botella de

vino que ella había traído—. ¿Te parece que lo probemos?

—Faltaría más, caballero.

Al segundo sorbo escucharon la moto llegar a la entrada. Laura entró en casa y en la cocina encontró a la parejita sentada uno en frente del otro con sus copas en la mano.

—He vuelto —dijo, dejando la bolsa con la compra en la encimera—. ¿Cuándo me vas a regalar esa moto, papá?

—¿Qué? ¿Mi moto? —Manolo la mira con los ojos entrecerrados—. Yo diría que nunca.

—Gracias, papá. Yo también te quiero.

Maripili comenzó a reír, se daba cuenta de lo mucho que se querían y de lo bien que se llevaban. Ella siempre quiso tener hijos, pero al final se le había pasado el arroz o estaba a punto de hacerlo. El trabajo ocupó casi toda su vida, y después de casarse, resultó que a Jorge jamás se le había pasado por la cabeza lo de ser padre, y así se quedó ella: compuesta y sin hijos.

Manolo decidió dejarlas solas hablando en la cocina.

Sabía que se caerían bien porque las dos eran grandes mujeres. Cogió las pastillas de encendido, la comida y salió al patio. A los pocos minutos la barbacoa está encendida,

142

la parrilla lista y la carne preparada. Se sentó en el banco con su copa de vino y se quedó mirando a las chicas por la puerta. No escuchaba nada de la conversación, pero las veía reír e interesadas en lo que la otra decía. Le gustaba esa escena, le recordaba a los primeros años de casado, cuando Rocío era una chica normal y su pequeña apenas tenía cuatro años. Añoraba aquellos momentos familiares.

Las chicas se levantaron y salieron al patio para sentarse junto a él.

—Bueno, ¿comemos o no? —preguntó Laura, intentando parecer indignada.

—En cuanto las señoritas quieran, me pongo de cocinero.

—Las señoritas están hambrientas ya. —El tono con el que lo dijo Maripili sonó, más que de indignado, de deseo, y Manolo la obsequió con un beso por el aire.

El cocinero preparó la parrilla con un buen surtido de carnes y la puso al fuego. Entró a la cocina y sacó un par de

cervezas y un refresco. Lo cierto era que él también tenía hambre, y no solo de comida.

—Bueno, chicos, una pregunta. —soltó Laura sin previo aviso, dejando a Maripili con la cerveza en los labios y haciendo que su padre se girase para mirarla—. ¿Estáis juntos? ¿Vais en serio?

—¡Laura! Esas preguntas indiscretas no se hacen —la reprendió Manolo.

143

—¿Y por qué no? —le contestó con una sonrisa desafiante—. Yo creo que hacéis muy buena pareja.

Maripili se sonrojó y terminó de darle un buen trago a su lata de cerveza; como al llegar, no sabía dónde meterse. No era nada malo, la verdad, y ella lo sabía. En realidad hasta ella misma estaba convencida de que hacían buena pareja. Miró a Manolo y se echó a reír. Estaba colorado como un tomate y no sabía si era por la vergüenza o por estar tan cerca de la barbacoa.

—Yo no digo nada —le contestó a Laura mirándola fijamente—. Que te lo diga tu padre.

Ahora era Manolo el que no sabía cómo desaparecer, las dos mujeres lo miraban con atención esperando que saliera de él alguna respuesta. Sin saberlo, había caído en una emboscada de la que iba a ser complicado escapar. Soltó un gran suspiro, sacó las primeras hamburguesas de la parrilla y se sentó a la mesa con ellas.

—Yo espero que así sea, la verdad —dejó caer con toda la naturalidad que pudo aparentar.

Las chicas se miraron un momento, sonrieron y chocaron las palmas de sus manos en el aire. Manolo las miraba algo desconcertado, y entonces comprendió que durante la charla de la cocina, él había sido el tema de debate. La tarde transcurrió amena, entre risas y anécdotas, y al caer la noche todos se conocían un poco más. Maripili estaba tan a gusto que no quería irse de allí, pero llegó a su fin, las caras

144

de pena volvieron en cuanto se acercó la hora en que Manolo tenía que llevar a Laura con su madre.

—Ha sido un placer conocerte, Laura. —Maripili abrazó a la muchacha, que le devolvió el abrazo aún más fuerte

si cabía.

—Y a mí conocerte a ti. Espero que nos veamos pronto y más veces. Eres una tía genial. —Aquellas palabras casi sacan unas lagrimillas de Maripili.

Recogieron todo, se despidieron y subieron a sus coches para marcharse cada uno por su lado. Maripili arrancó, y entonces vio que Manolo bajaba del coche y se acercaba al suyo poniéndose en cuclillas al lado de su ventanilla. Ella la bajó y lo miró como si preguntara con los ojos qué era lo que quería.

—Te quiero a ti, lo sabes —le dijo él como si leyera su pensamiento.

—Te invito a cenar a mi casa —le contestó casi por impulso—. Y si quieres, te llevas la ropa del trabajo y así estás allí mañana a primera hora. ¿Qué te parece?

—Que acepto. —Y le plantó un buen beso en los labios antes de volver a su coche y desaparecer un par de calles más adelante. Era hora de volver a casa.

145

Capítulo 26

—¿Y bien? —Manolo se dirigió a su hija sin quitar la vista de la carretera—. ¿Qué te ha parecido?

—Bien... Ya sabes que soy más de comida vegetariana, pero las *burguer* estaban ricas —le respondió Laura en plan guasa.

—Ja, ja. —Manolo la miró de reojo.

—Que no te preocupes, que me ha caído genial, se nota que es una buena tía. —Esta vez se puso seria para hablar—. Además, es a ti a quién debe de gustar.

—Sabes que tu opinión es importante para mí, cariño.

Me alegro que te guste, es una mujer extraordinaria.

Su hija sonrió, aunque era una sonrisa un tanto apagada.

Casi todo el trayecto lo hicieron en silencio. Manolo percibió que cuanto más cerca estaban de la casa, más se apagaba el rostro de su hija. No sabía qué decir, no encontraba ninguna palabra que fuera capaz de darle ánimo a su niña.

—No quiero volver, papá.

—Ya lo sé, cariño, pero piensa que en dos semanas volveremos a vernos, y en siete meses tendrás que aguantarme

147

todos los días, hasta que te echas un novio, al que por su-

puesto odiaré, y después querrás levantar el vuelo. —Manolo intentaba quitarle hierro al asunto con un poco de humor. —Muy gracioso, papá. —A pesar de no querer, una risa se escapó de sus labios—. Lo mismo él se viene a vivir con nosotros.

Manolo la miró con expresión de «eso no te lo crees ni tú» y rieron a carcajadas hasta casi el final de trayecto. Rocío estaba esperando en el porche. Si no fuera porque sería muy de psiquiátrico, se diría que no se había movido de ahí desde que se marcharon el día anterior. Manolo hubiera jurado que hasta estaba en la misma postura y con la misma ropa. En ocasiones, le causaba cierto pánico. Detuvo el coche frente al garaje y salió para sacar la maleta del maletero. Laura se quedó unos instantes más en el interior.

—No son horas de llegar, es tarde. —Fue lo primero que salió de las cuerdas vocales de su exmujer.

—Buenas noches, Rocío —comenzó por decir Manolo—. No creo que tengas otros planes, ¿o sí?

—Eso a ti no te importa —le respondió con enfado—.

Hola, hija mía. ¿Te lo has pasado bien?

—Muy bien, mamá.

—Me alegro de que al menos haga algo bien, por lo menos sí sabe cuidar de su hija.

—¡Ya vale, mamá! —Laura comenzaba a enfadarse de nuevo.

148

—No te preocupes, cariño, ya sabes que tu madre siempre habla así, no sabe hacerlo de otra manera. —Manolo trató de suavizar las circunstancias.

—Vamos dentro, hija. Invitaría a tu padre a pasar, pero seguro que dirá que tiene cosas más importantes que hacer que estar con su familia.

—¿Sabes? Lo cierto es que siempre pongo esa excusa, pero mira tú por donde, hoy va a ser verdad. —Miró a su hija y esta le devolvió una sonrisa cómplice que terminó de encender a Rocío.

—Pues que sepas que me da igual. Vete con tu zorrita, es lo único en lo que piensas.

—Hasta pronto, cariño. —Manolo dio un abrazo y dos besos a su hija, se giró y se fue hacia el coche levantando la

mano como despedida para su mujer.

Salió de allí con algo de pena, no le gustaba tener que dejar a su niña en un lugar donde no quería estar, pero solo era cuestión de tiempo, y el miércoles pasaría a verla después del trabajo. Como cada vez que dejaba a su hija, un sentimiento de soledad le invadía, pero pronto recordó que había quedado con Maripili para cenar. Cada día que pasaba necesitaba más y más a aquella mujer, pero le asustaba un poco el que tal vez estuvieran yendo demasiado rápido. No estaba seguro de que fuera una buena idea que se quedara a dormir en casa de ella, aunque por otro lado, lo estaba deseando.

149

Entró en casa y fue directo hasta el dormitorio. Rebuscó en el armario hasta dar con su vieja bolsa de deporte, la de sus tiempos de gimnasio. Luego buscó su ropa de trabajo, las botas y el neceser con las cuatro cosas básicas. Rememoró su época de adolescente, cuando se quedaba a dormir en casa de Paco y soñaban con grandes noches de ligoteo donde se iban a comer el mundo y a toda moza que se les pusiera por delante. Qué tiempos tan maravillosos aquellos....

En apenas media hora cogió las cosas, subió al coche, paró en la gasolinera, compró una pequeña caja de bombones, la escondió en su bolsa y se encontró frente a la puerta del edificio donde vivía Maripili. Sabía que el portón no cerraba, pero decidió tocar primero por si algún vecino lo veía entrar y le decía algo. Un pensamiento rondaba su cabeza: iba a ser una gran noche, estaba seguro de ello.

150

Capítulo 27

El telefonillo sonó. Maripili supo enseguida que se trataba de Manolo. Solo él tocaría abajo sabiendo que la cerradura de la entrada estaba estropeada y que aún no la habían reparado. El resto de mortales habría pasado sin más y subido a su destino, como hacía siempre su exmarido. Descolgó y dijo un escueto «sube».

Abrió la puerta y esperó asomada al pasillo. Vio encenderse los botones del ascensor, en pocos segundos su albañil estaba arriba. Salió del ascensor y la miró con una

sonrisa que la derritió por completo. Ese hombre se había convertido en su debilidad, cada vez que lo veía una extraña felicidad la invadía. Venía vestido tal y como lo dejó hacía un par de horas, con esos vaqueros desgastados y su camiseta lo suficientemente ajustada como para dejar intuir su cuerpazo, pero sin que pareciera un chulo de playa. En la mano traía una pequeña bolsa de deporte, lo que confirmó a Maripili que aquella noche sería solo para ella. Toda la noche.

Cuando llegó a donde estaba, dejó caer la bolsa al suelo

lo y la agarró por la cintura, sin decir nada la besó como si hiciera años que no la veía.

—Estás preciosa.

Todo lo que su albañil le decía le parecía lo más maravilloso del mundo, y eso que ella sí se había cambiado nada más llegar, había cambiado el vestido por unos leggings de color blanco y un top ajustado de color celeste y sin sujetador, que marcaban su figura con todo detalle.

Entraron en casa. Maripili le invitó a sentarse en el sofá, sirvió un poco de vino y se sentó junto él, de lado para poder mirarlo sin tener que girar la cabeza.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó.

—Bien, supongo. Lo siento más por Laura, estaba triste cuando la he dejado allí.

—Es una gran chica.

—Sí que lo es. —Manolo asintió mientras miraba sus grandes y bonitos ojos que contrastaban con el rubor de sus mejillas.

—Cuando tengas hambre, me lo dices, ¿vale?

—Un poco más tarde.

—¿Sabes qué podíamos hacer mientras? —Su voz sonaba a deseo puro, ella misma se daba cuenta que cada vez que le hablaba daba a entender exactamente lo que estaba pensando.

—No, no lo sé.

—Pues podríamos ducharnos y así nos quitamos el olor a humo y barbacoa, ¿qué me dices?

152

—Es tu casa, aquí se hace lo que tú digas, reina.

Maripili se levantó y le ofreció la mano con toda ga-

lantería. Manolo sonrió. Se levantó y se la cogió haciendo una reverencia. La siguió, guiado por su mano, observando atento cómo movía las caderas a cada paso, cómo contoneaba su perfecto culo, hasta llegar al baño. Sin soltarse, ella abrió el agua de la ducha y reguló la temperatura. Después se giró y se quedó frente a él, mirándolo con deseo, acercando su cuerpo al suyo hasta que se rozaron. Fue entonces cuando Manolo la besó. Su boca buscó con avidez los carnosos labios de la mujer que apretaba su cuerpo contra el suyo. Sus lenguas, destrozadas por el deseo, se entrelazaron. Maripili le quitó la camiseta, estaba deseosa de ver su cuerpo, de sentir cada pliegue de su musculatura, de tocar sus fuertes hombros y de recorrer con su boca cada uno de sus pectorales, cada uno de sus abdominales. Por su parte, él no parecía querer estarse quieto; metió sus manos por debajo del top ansioso de hallar sus pechos. Al encontrarlos le pellizcó los pezones, sus manos volvían loca a Maripili.

El deseo aumentaba en sus miradas, no querían perder más tiempo y comenzaron a quitarse la ropa ellos mismos, como en un juego en el que gana el que antes quede completamente desnudo, como si esa victoria diese ventaja en todo lo que vendría después, en todo lo que daría de sí la noche. Entre risas, se dieron cuenta de que habían quedado en empate. Maripili tiró de él hasta entrar los dos en la du-

153

cha. No faltaron besos, no escatimaron en caricias mientras se enjabonaban el uno al otro, muy despacio, sin dejar un centímetro de piel que no sintiera un roce. Y poco a poco se calentaron mucho más. Ella notó cómo la erección de su albañil estaba en su punto álgido. En sus ojos vio lo mucho que deseaba poseerla.

Manolo la cogió por la cintura y la giró contra la pared. Maripili sintió el agua caliente caer sobre su espalda y resbalar hacia su culo, le gustaba el hormigueo que sentía con ello, pero le gustó aún más cuando sintió que él la penetra sin avisar. Olvidó la delicadeza al embestirla, lo que provocó que ella dejara escapar un gemido de sorpresa, algo que hizo que ambos se excitaran todavía más. El agua caía sobre ellos que disfrutaban con cada movimiento de sus cuerpos.

Manolo le acarició un pecho con una mano y con la otra la agarró de la cadera; la guiaba en el ritmo que ambos están buscando. Maripili no aguantó mucho más, comenzó a correrse entre jadeos, las piernas le temblaban y un calor indescriptible empezó a recorrerle todo el cuerpo, y entre sus propios espasmos que le producía el orgasmo más demolidor, sintió cómo él la pegaba contra la pared, cómo la empujaba con fuerza y la llenaba por dentro con su placer. Maripili notó cómo las fuerzas le abandonaban poco a poco, y disfrutó con los pequeños besos que él le daba por la espalda, por el hombro, por la nuca.

154

—Eres lo mejor de mi vida, nunca creí encontrar a alguien como tú —le susurró Manolo al oído mientras ella se gira y la abraza con fuerza.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó curiosa—. No entiendo qué ves en mí.

—No pidas explicaciones de lo que no se puede explicar —contestó besándola con pasión.

Nada más salir de la ducha se vistieron. Él solo con sus bóxer y una camiseta, pero ella sí que buscó su pijama. Sabía que no era la prenda más sexi del mundo, pero comenzó a dudarlo por la forma en que Manolo la observaba. Era como si quisiera comérsela con pijama y todo. Esa ocurrencia la hizo sonreír.

—Bueno, ¿cenamos o qué? —le dijo picarona—. Yo te invité a cenar, no a... ya sabes.

—Cenemos entonces. —Manolo le contestó entre risas, se le notaba en la cara que estaba feliz—. Pero el postre lo tomaremos en la cama....

155

Capítulo 28

Manolo se levantó sin hacer ruido para no despertar a Maripili. Estaba oscuro todavía, y faltaban unos minutos para que sonase el despertador de su móvil. Tenía que levantarse una hora antes porque tenía que ir a buscar a sus chicos, siempre venían juntos y se le había pasado avisarles.

Se vistió con cuidado de no hacer ruido y se quedó unos minutos observando cómo dormía la mujer más hermosa que había visto en mucho tiempo. Cogió una nota en

blanco de la puerta de la nevera, escribió algo y la dejó en la mesita, justo debajo del móvil de su reina. Cerró la puerta despacio para no despertarla.

Paró primero en casa de Gabriel que, como siempre, ya estaba esperando en la puerta del edificio. Manolo no recordaba un día en que se le hubiera hecho tarde, y jamás faltó a su trabajo. Era un gran muchacho para su edad y le tenía un gran aprecio. No todos los chavales de diecinueve años eran así de maduros. Lo único que echaba en falta en él era que fuera algo más hablador; o le arrancabas las palabras o era capaz de hacer todo el trayecto sin decir ni pío.

157

La cosa cambiaba en la siguiente parada. Gabri y Cristian eran como el sol y la luna. Si uno estaba esperando en la puerta, al otro había que esperarlo un día sí y otro también, siempre aparecía corriendo a toda prisa por el portal y quejándose de sus catorce alarmas del móvil, que al parecer fallaban todas, todos los días. Y después... que no se callaba ni bajo agua, era lo mejor para espabilarse por las mañanas. Pero, curiosamente, ese día, un lunes encima, estaba esperando en la acera, apoyado en una de las farolas. —¡Hombre! Parece que hoy ha funcionado, al menos, una de las catorce alarmas, ¿eh? —le dijo Manolo con ironía—. Buenos días, Cristian.

—Buenos días, jefe. Buenos días, Gabri —contestó nada más subir al coche y cerrar su puerta—. Gracioso en modo *on*, ¿no?

—Es que es muy raro que no tengamos que esperarte, entiéndelo —Manolo sonreía y miraba a Cristian por el retrovisor—. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente —dijo en tono chulesco mientras estiraba los hombros y alzaba vanidoso la cabeza—. No es por presumir, pero el sábado me ligué a una pava que está muy, muy rica.

—¡Hombre! Te felicito. —Manolo comenzó a reír, le encantaba aquella chulería y prepotencia de la que presumía a todas horas, pero él sabía que luego se rajaba a las primeras de cambio—. Pues a ver cuándo la presentas...

158

—Pues mira, un pajarito me ha dicho que ya la conoces.

—¿Cómo? —Manolo giró un instante la cabeza para mirarlo a los ojos, unos ojos que denotaban que Cristian sabía algo que Manolo desconocía, y eso despertaba en él una gran curiosidad.

—Sí, pues eso, que ya la conoces, y por ella me he enterado que este fin de semana no he sido el único en pillar cacho.

—Yo ni he salido, así que ni me miréis. —Saltó el calladito lanzando una mirada interrogadora a Manolo—.

¿Algo que contar, jefe?

—A ver, habla. —Manolo estaba impacientándose. No podía imaginar a quién había conocido que supiera lo de Maripili.

—Me lie con una chica que se llama Esther, que trabaja en una tienda de zapatos y cuya jefa se llama Maripili, y a la cual le vamos a reformar el piso.

—¿En serio? —volvió a hablar Gabri.

«Vaya con el niño, no habla nunca, pero cuando se trata de cotilleo, no se calla, oye», pensó Manolo.

—Vale, sí, es cierto. —Manolo optó por reconocerlo a la primera y zanjar el asunto allí mismo.

—Vaya, vaya. —Cristian sonreía mientras daba unas palmaditas en el hombro a su jefe—. Y parecía que ya no estaba en el mercado.

Comenzaba a verse con claridad. Los tres ya estaban listos y subidos sobre el andamio. La consigna del jefe esta-

159
ba clara; había que terminar de pintar la fachada del edificio para el miércoles y empezar el jueves con la reforma del piso de Maripili. Manolo estaba un poco apesadumbrado porque iban ya por la tercera planta y así no podría ver a su reina a menos que forzase un encuentro casual en el pasillo o en la entrada. Estaban en plena faena cuando uno de los chicos vio salir a Maripili por la puerta del edificio.

—Pssss ¡Eh! ¡Jefe! —gritó Cristian a Manolo—. Que tu novia se va y yo juraría que ha mirado para arriba. Esa te está buscando.

—Calla y a pintar —le contestó Manolo mirando de reojo hacia abajo y viendo cómo su chica cruzaba la calle.

—¡Vamos, colega! —Volvió a repetir Cristian—. Baja a desayunar con ella, prometemos no decirle nada al jefe

Manolo lo miró con una gran sonrisa, puso el deslizador en la cuerda que bajaba hasta el suelo y descendió como si fuera un experto en rappel. Los jóvenes peones lo vieron cruzar la calle a toda prisa hasta que desapareció al girar la esquina. A pesar de ir al trote, no llegó a alcanzarla, pero sí vio que se metía en un pequeño Café que hacía esquina. Ralentizó el paso y poco a poco fue recuperando el aliento hasta llegar a la entrada del local. Sacó un pañuelo y se lo pasó por la cara y los brazos para quitar las gotas de pintura que pudiese antes de entrar. Ya que estaba allí, le diría de desayunar juntos.

En el local no había un alfiler, y le costó distinguir a Maripili entre tanta gente. Estaba en la otra punta del es-

tablecimiento, escabulléndose entre la clientela para poder alcanzar la barra. Antes de conseguirlo ya estaba levantando los brazos para llamar la atención del camarero. Manolo avanzó tan lento como pudo, hasta colocarse justo detrás de ella. El olor a perfume le hizo cerrar los ojos y dejarse embriagar por su aroma.

161

Capítulo 29

Escuchó sonar el despertador, pero no abrió los ojos, prefería esperar a que su acompañante lo apagara, cosa que no sucedió. Prestó algo más de atención, aquel sonido le resultaba familiar, y entonces sí abrió despacio los ojos y miró hacia la mesita. Su teléfono estaba iluminado, era su alarma la que estaba sonando.

Se giró rápido y se encontró que el otro lado de la cama estaba vacío, que ya no estaba su albañil. Por un momento dudó si lo de la noche anterior había sido un sueño, pero no, aquella sesión de sexo no pudo soñarla. Lo que no entendía era por qué se había marchado sin decirle nada. Se quedó mirando el techo. Alargó el brazo para desconectar la alarma, y se dio cuenta de que había un pequeño papel debajo de su móvil. Después de acabar con el sonido repetitivo que sonaba, leyó la nota. Escueta pero clara:

«No me acordé que tenía que recoger a los chicos esta mañana y no he querido despertarte, pero que sepas que el beso de buenos días te lo he dado aunque estuvieras dormida.

Tu escocés».

Hasta ella misma se dio cuenta de la cara tan bobalicona que acababa de poner en ese mismo momento. Se levantó y se acercó a la ventana del salón. Llevaban ya un rato trabajando, pero como iban dos plantas por abajo solo podía verlos desde arriba, subidos en el andamio. Era una lástima, no podría saludar a su albañil hasta la hora del almuerzo. Se dio una buena ducha, y además se permitió el lujo de recuperar una costumbre que había olvidado: cantar mientras se duchaba, y ni corta ni perezosa entonó *la donna e mobile*, que hubiera dado envidia al mismísimo Verdi.

Aquella mañana se sentía estupenda, hacía mucho tiempo que no pasaba una noche semejante; estaba risueña, contenta, no parecía ni lunes. Y había que celebrarlo como Dios manda, y qué mejor forma de hacerlo que parando en la cafetería de la esquina y llevando un buen desayuno para sus chicas. Salió por la puerta del edificio casi veinte minutos antes de lo habitual, lo cual pensaba aprovechar para lidiar con la ingente cantidad de personas que, como siempre, había en el Café. Miró hacia arriba, al andamio que colgaba a la altura de la tercera planta, pero apenas pudo distinguir las tres figuras que había sobre él, aunque sabía que una de ellas era su Manolo. Cruzó la calle y giró la esquina en dirección a la cafetería.

Tal como esperaba, en el local no había ni un alma más.

El bullicio era ensordecedor y pensó que tal vez no había sido tan buena idea lo de irse antes. Se fue abriendo paso como pudo hasta la zona de la barra en la que se encontraba

164

Enrique. Cuando vio que estaba cerca de alcanzar la barra comenzó a gritar y a hacerle señas a su camarero preferido, pero con tanto jaleo ni se enteró. Al fin encontró un pequeño espacio donde ponerse.

—¡Hola, guapo! —gritó como si fuera una posesa, pero al parecer funcionó, porque Enrique la miró sorprendido.

Él y el resto de camareros que había cerca.

—¿Lo de siempre, Maripili? —gritó el camarero—. ¿Y a su acompañante?

Esa pregunta la cogió desprevenida, y entonces percibió que había alguien detrás de ella, demasiado cerca como para ser algo casual. Sintió algo de preocupación, pero se le

pasó enseguida cuando oyó su voz.

—¡Un solo doble, por favor!

Maripili se giró y se quedó frente a Manolo, mirándolo sonriente y esperando una explicación de por qué se fue sin despedirse por la mañana. Tenía algunas motitas de pintura por la cara, lo que le daba cierto aspecto de niño malo que a ella le gustó.

—Buenos días, dormilona —dijo en voz baja y la besó en los labios con ternura—. No he querido despertarte esta mañana, parecías un ángel dormido.

—Buenos días. Por esta vez te lo voy a perdonar.

Enrique les silbó para indicarles que su desayuno estaba listo. Manolo sacó su cartera para pagar y cogieron los tres capuchinos, el café y salieron del local.

165

—¿Te has escaqueado del trabajo? —preguntó intrigada.

—Es una de las ventajas de ser el jefe, ¿no te parece?

—Yo soy jefa y nunca llego tarde ni me voy antes.

—Tú eres especial.

—Especial ¿por qué?

—Ya te dije que no preguntes cosas que no tienen respuesta. —Sonrió al recordar la última vez que contestó eso mismo.

Estuvieron hablando casi un cuarto de hora, apoyados en el lateral de un coche que había estacionado frente a la cafetería. Se sentían muy bien el uno al lado del otro, y parecían complementarse en su forma de ser. Fue divertido cuando se contaron las escenitas con Esther y Cristian.

Aquella relación comenzaba a tener muy buena pinta.

—Tengo que irme ya, no quiero llegar tarde —dijo Maripili dando un beso a Manolo.

—Y yo volver para desayunar con los chicos.

—¿Almorzarás con ellos o conmigo?

—Contigo

—¿También te quedarás a dormir?

—No lo sé, esta semana es complicada porque Gabriel no tiene coche y el de Cristian está en el taller, pero ya nos arreglaremos, no te preocupes.

—Vale, y tened cuidado.

Capítulo 30

Los días fueron transcurriendo, y a su pesar, entre unas cosas y otras no conseguían pasar juntos todo lo que querían. El jueves comenzaron las obras en casa de Maripili y fue la excusa perfecta para poder verse a cada momento, aunque fuese solo para unos besos furtivos escondidos tras una pared. Se sentían como adolescentes que tenían que ir ocultando su amor. No fueron pocas las bromas que día tras día tuvo que soportar Manolo por parte de sus jóvenes peones, de los dos, incluso del calladito, que pareció desatársele la lengua con aquello de la relación de su jefe. A Cristian pudo contenerlo algo más porque podía devolvérsela con lo de Esther.

Le ofreció a Maripili que se fuese a su casa mientras duraban las obras, pero ella le dijo cariñosamente que le parecía muy pronto y que se las arreglaría para convivir con los materiales en medio, el polvo por todos lados, pero en su piso. Sabía que extrañaría su cama si se iba a otra parte. Sí accedió a pasar la noche del viernes con él, pero solo porque ese día pensaban reformar todo el baño y dejarlo listo para cuando

167

acabase la jornada. La pega: que no podría usarlo esa noche, así que no tuvo más remedio que aceptar pasar la noche en casa de su albañil. Por su mirada, Manolo adivinó que tampoco era una idea que le desagradara demasiado.

* * *

—Había pensado salir esta noche un rato, ¿qué os parece, chicas? —preguntó Maripili a sus chicas después del desayuno.

—Por mí, vale. Tengo ganas de menear el cuerpo. —Esther le guiñó un ojo.

—Por mí, también —se sumó Sofí—. ¿Al D'Angelo?

—Pues ahí mismo —afirmó Maripili—. Díselo a Cristian, que seguro que Sofí quiere conocerlo ya.

—¿Irá Manolo también? —Esther miró a su jefa con atención.

—Se lo preguntaré, pero no creo que me diga que no.

Las chicas se echaron a reír a carcajadas justo cuando una futura clienta entró en la tienda. Detuvieron sus risas

de golpe, aunque a duras penas lo consiguieron. La mañana transcurrió entre bromas y chistes, y les resultó muy amena a las tres.

* * *

168

La noche deparó, con creces, las mejores expectativas que tenían. Las tres chicas con sus tres parejas. El novio de Sofi les pareció algo soso, a veces lo miraban como si no pegaran nada el uno con el otro. Bailaron hasta agotarse, sobre todo ellas, que se dejaban el alma cada vez que salían a la pista. Cada baile era más sensual que el anterior para que sus hombres no les quitaran el ojo de encima mientras ellos intentaban discutir sobre el mundial de motociclismo o los partidos de fútbol que se avecinaban en el fin de semana.

Un par de canciones animaron a Manolo y a Cristian a saltar a la pista y bailar muy pegados con sus chicas, aunque el baile no duraba mucho porque ellas sabían exactamente cómo moverse para ponerlos a mil por hora y los pobres tenían que refugiarse de nuevo en la barra, junto al novio de Sofi que, tímido, se reía de las escenas. Las copas de Puerto de Indias y los mojitos de después, fueron haciendo mella en todos y a altas horas de la madrugada decidieron rendirse y separarse por aquella noche. Se despidieron en la calle y cada pareja tomó su rumbo.

El taxi dejó a Manolo y Maripili en casa de este. Una risa escandalosa iba anunciando su llegada, quizás habían bebido demasiado, sobre todo ella, que casi no podía sostenerse en pie. Él abrió la puerta. Antes de entrar la tomó en brazos como si fueran unos recién casados, y la llevó hasta la cama.

—¡Hazme tuya! —le gritó casi balbuceando.

169

—Cariño, creo que no estás en condiciones —rio Manolo de verla moverse casi por impulsos—. Mejor descansa y mañana ya veremos lo que te hago, reina.

Manolo la desnudó despacio, después se quitó él la ropa, encendió la radio y se fue a la cama. La pareja se metió bajo las sábanas acompañados de una música suave que los envolvió como si estuvieran en el paraíso. Maripili cerró los ojos y se relajó. Se sentía tan cansada y a la vez tan segu-

ra que se durmió entre los brazos de Manolo.

Se despertó con los besos y caricias que su acompañante le estaba dando. No sabía el tiempo que había dormido, pero le daba igual. Volvía a tener a su albañil junto a ella, acariciando cada uno de los rincones de su cuerpo, excitándola otra vez como solo él sabía conseguir. Al devolverle las caricias comprobó que él también estaba a mil. Maripili no lo dudó ni un instante, entre beso y beso le propuso que se lo hiciera por detrás; le encantaba esa postura, le volvía loca que la embistieran profundo y con fuerza.

No esperó a que su amante le contestara, se puso a cuatro patas en mitad de la cama, mirando con lujuria a Manolo. Él la miró con los ojos inyectados de deseo, se levantó y se puso de pie junto al borde de la cama. La acercó a él cogiéndola de las caderas y tirando hacia su cuerpo. Se colocó a la entrada, pero no la penetró. Quería, primero, jugar un poco con la desesperación de su chica. Recorrió su sexo con el miembro, acarició su clítoris con él hasta que

170
ella le imploró que no la hiciera sufrir más, pero parecía no querer escuchar sus súplicas, él siguió torturándola de placer.

Cuando más distraída estaba con las caricias, la penetró muy suave, haciendo que su espalda se arqueara al compás de un gemido sordo, y comenzó a mover su miembro lentamente, lo introdujo hasta el fondo haciendo que los gemidos se convirtieran en jadeos y acariciarle los pechos al ritmo que marcaba el vaivén de sus embestidas la excitaba todavía más. Un buen rato así y Maripili sintió que no podía más, que lo quería todo de él, y entonces se sorprendió a sí misma diciéndole a su albañil que fuera duro con ella, que la follara sin parar, pero él no respondió; sus jadeos hablaron por él. Cambió a un ritmo endemoniado que la destrozaba, lo que hizo que se corrieran los dos juntos entre auténticos gritos de placer. Manolo se desplomó sobre ella en la cama. Exhaustos, tumbados y abrazados comentaron lo mucho que habían disfrutado, y diciéndose con los ojos que aún quedaban muchas fantasías que disfrutar juntos.

171

—Y dime, reina, ¿qué planes tienes para hoy?

—Pues primero, que me invites a desayunar, después que me lleves a casa para cambiarme y coger algunas cosas, y después, pasar el fin de semana contigo —le respondió con la cabeza apoyada en su pecho—. ¿Y los tuyos?

—¿Los míos? Se parecen bastante, la verdad, salvo por alguna cosita.

—¿Alguna cosita? —se incorporó y lo miró curiosa.

—Mis planes son invitarte a desayunar, llevarte a casa para que te cambies y cojas algunas cosas, aprovechar esa hora o dos horas para ir a ver a mi hija, recogerte de nuevo y pasar el fin de semana contigo.

—¡Pero qué tonto eres...! —Maripili sonrió—. Yo no tardo tanto en arreglarme, listillo.

Desayunaron en el bar que había cerca de la casa de Manolo. Un lugar donde servían los mejores cruasanes que Maripili jamás había probado. Eran casi las once de la mañana, no tenían excesiva prisa y decidieron dar un paseo por el parque que bordeaba el río. A ella le encantaba escuchar las muchas

anécdotas que él tenía de tantos años de trabajo. Le había pasado de todo; había conocido a todo tipo de personajes en su vida. Lo miraba y veía a un hombre sensible, bueno, al que le gustaban las cosas sencillas, y encima era un demonio en la cama. Aquel era su hombre, cada vez lo tenía más y más claro.

Ella por su parte, no tenía tantas cosas que contar como él, pero también había vivido algunas experiencias dignas de recordar. Primero, en su etapa de psicóloga, y después, en la tienda, como la escena de película que vivieron con la señora Remedios. A esas alturas del paseo, sin que ninguno se hubiera dado ni cuenta, ya iban cogidos de la mano. Aquello parecía un sueño del que no querían despertar.

Llegaron al edificio de Maripili un poco pasadas las doce del mediodía, entraron en el *hal* riendo y gastándose bromas.

Allí estaba Rosario, mirando los panfletos de las ofertas de los supermercados, y cuando los vio se fue directa hacia ellos.

—Ay, Dios mío —dijo en voz baja, casi en un susurro—.

Tenéis que irros, Maripili, y corriendo.

—Pero ¿qué te pasa, Rosario? —Maripili permanecía con la alegría en el rostro y miraba a su vecina sin entender nada.

—Tu exmarido lleva horas esperando frente a tu piso,
y de vez en cuando aporrea la puerta —le dijo con una voz
cargada de preocupación—. Es mejor que os vayáis y que
no os vea.
—Un poco tarde para eso, ¿no te parece, vecina? —se es-
cuchó al fondo, antes de que Jorge apareciera por las escaleras.

174

Maripili y Rosario se quedaron petrificadas al verlo
bajar el último tramo de escaleras. Manolo lo miraba con
ojos entrecerrados y sin saber muy bien de qué iba la pe-
lícula.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Maripili con autori-
dad—. Te he dicho mil veces que no quiero verte por aquí.

—Ni por aquí ni por ningún lado, querrás decir, ¿no?

—Se acercó a ellos hablando con tono de chulo que comen-
zó a asustar a Maripili.

—¡Lárgate de aquí ahora mismo! —gritó Maripili aún
con más fuerza.

—¡Me iré cuando me dé la gana! —contestó Jorge gri-
tando y golpeando el mármol de la pared.

—¡Eh! —Manolo no pudo contenerse más y habló—. Te
ha pedido que te vayas, y es lo que deberías estar haciendo.

—Vaya, vaya... —Jorge se detuvo a unos metros de
ellos—. ¿Así que este es el gilipollas que te follas?

—Vete, Jorge, no quiero más jaleos. —Maripili casi im-
ploraba y a por que veía que la cosa se estaba complicando.

—Pensaba que después de estar conmigo, tendrías
mejor gusto, pero veo que te has convertido en una maldita
zorra de mierda.

Todo ocurrió en un segundo. Manolo dio dos grandes
zancadas hacia Jorge y le propinó un puñetazo en la man-
díbula que no vio llegar y lo tiró de espaldas en el suelo.

Cuando intentó levantarse para responder al ataque de Ma-

175

nolo, le cayeron otros dos golpes que lo dejaron sangrando
y tirado de nuevo.

Ya no hizo por levantarse de nuevo, tan solo miraba
a su agresor, en la forma en la que lo estaba observando,
con sus puños cerrados por la rabia, y comprendió que era
mejor largarse de allí; no era una batalla que pudiera ganar.

—¡Largo de aquí! —gritó Manolo con los dientes apretados y apartándose para dejarle paso hasta la salida.

Maripili no decía nada, estaba perpleja viendo la escena. No aprobaba la violencia, pero parecía que en aquel momento era la única forma de mantener a raya a su exmarido, y por qué negarlo, le subió la adrenalina cuando vio a un hombre bueno y sensible como Manolo sacar su lado más salvaje para defenderla.

Jorge se levantó a duras penas y salió del edificio casi arrastrando los pies. Manolo se giró entonces hacia Maripili y abrió los brazos para que ella se acercara a recibir su abrazo. Ella no lo dudó y se agarró a él con fuerza, ahora se sentía más segura. Rosario los miraba con una sonrisa de satisfacción en su boca.

—Ya era hora de que alguien le diera su merecido a ese cabrón —se le escapó a la vecina—. Uy, perdón, estaba pensando en voz alta.

Maripili la miró y no pudo evitar sonreír. Sabía que no estaba bien, que no era lo correcto, pero lo cierto era que ella pensaba igual.

176

—¿Estás bien, reina? —Manolo la cogió por las mejillas y la miró a los ojos—. Me quedaré contigo hasta que recojas tus cosas.

—Estoy bien, Manolo, de verdad, no te preocupes —asintió ella—. Vete a ver a Laura, anda, no creo que después de esto vuelva a aparecer por aquí, y además tengo a superrosario conmigo.

—De acuerdo, pero volveré lo antes posible. —Manolo sonrió cuando miró la pose de brazos cruzados y tipa dura que estaba poniendo Rosario—. Sube a casa y espérame, ¿vale?

—Vale.

Rosario acompañó a una todavía temblorosa Maripili hasta su piso. Manolo abandonó el edificio, se subió en su coche y partió a casa de su exmujer y su hija. No se percató de que alguien lo observaba ni que lo siguió en otro coche.

177

Capítulo 32

La rabia que sentía se le fue pasando a medida que se

acercaba a casa, bueno, a casa de su exmujer. Ver a Laura, pasar un par de horas con su hija era lo que necesitaba en ese momento. Le daba vueltas a lo que había ocurrido, y hasta a él mismo le costaba creerlo, no sabía de dónde había sacado aquella furia. No se peleaba con nadie desde que era un niño, y por aquellos entonces siempre era el que salía perdiendo. Dejó el coche frente al garaje. Miró hacia el porche y vio a su hija sentada en los escalones, mirándolo con una gran sonrisa, esperándolo con gesto impaciente. En cuanto se bajó del coche, Laura corrió hacia él, se agarró con fuerza a su cuello y rodeó su cintura con sus piernas.

—Hola, cariño. —Manolo la abrazó y le acarició el pelo—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien, solo te echaba de menos.

—¿Y tu madre? —preguntó, extrañado, al no verla en el porche, atenta a todo, como siempre.

—Está en la cocina, creo, ha dicho que hoy prepararía un asado, tu comida favorita.

179

—Entiendo. —Manolo suspiró—. Y seguro que quiere que me quede a comer, ¿verdad?

—Yo diría que sí. ¿Te quedarás?

—No puedo, cariño, ya he quedado para almorzar —le dijo mirándola a los ojos—. Y además, sabes que no sería una buena idea.

—Tienes razón, papá.

—¿Y a ti que te ha pasado en la mano? —Oyeron una voz fuerte que venía de la entrada de la casa.

Laura se descolgó de Manolo y miró sus manos. En la mano derecha llevaba rastros de sangre que parecía salirle de los nudillos. Cogió su mano para verla mejor.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó con cara de preocupación su hija—. ¿Te duele?

—No es nada, cariño, me lo hice antes de venir, moviendo unos puntales en casa. —Manolo sonreía a su hija intentando que se creyera la historia.

—No va a cambiar nunca —habló Rocío con su tono condescendiente de siempre—. Hasta en el fin de semana tiene que estar pendiente del trabajo.

—Que no ha sido nada, no os preocupéis, de verdad.

—Entra en casa, voy a buscar algo para curarte esa mano, anda. —Rocío entró y se fue para el baño a buscar algo. Por un momento pareció una persona amable.

—Está un poco rara tu madre, ¿no? —Manolo miró a su hija con cara de incredulidad.

180

—Tiene días así, es por donde le da —le contestó enco-
giéndose de hombros—. Y a mí no me engañas, esto es de un puñetazo. ¿Te has peleado, papá?

—No ha sido una pelea, solo que he tenido que darle unos cuantos a un capullo.

—¿En serio? —Laura miraba a su padre con perplejidad. No lo imaginaba sacudiendo a nadie—. Pues tiene que haber sido algo gordo para que tú le atices...

—Ya te lo contaré en otro momento, vamos dentro antes de que tu madre se ponga a dar gritos, es mejor tenerla tranquilita.

Los dos entraron en la casa y se sentaron en el sofá.

Laura comenzó a contarle sus peripecias en el instituto. Manolo escuchaba con atención las historias sobre el profesor tan raro que tenían en clase de física, y siempre que ella le hablaba sobre él, se imaginaba a cualquiera de los personajes de la serie que veían juntos cuando le tocaba el fin de semana: *the big bang theory*.

Rocío apareció por el pasillo y se sentó justo en medio de los dos. Dejó un pequeño botiquín en la mesa y los miró.

—¿De qué habláis? —preguntó.

—De mi profe de física —contestó Laura.

—A mí sigue pareciéndome un tío muy raro —añadió Manolo.

—Me recuerda a Sheldon, la verdad. —Rocío abrió el

181

botiquín y sacó unas gasas y agua oxigenada—. Trae esa mano, anda.

Manolo la miraba algo extrañado, casi no la reconocía, y eso le preocupaba, le asustaba que estuviera tramando algo de nuevo. La conocía bien, y estaba casi seguro que quería algo cuando se ponía en plan amable. Terminó de limpiar la herida y le puso Betadine o algo parecido, des-

pués guardó todo, se levantó y lo llevó al baño. Laura y su padre seguían con atención los movimientos de Rocío.

No volvió a hacer aparición en un buen rato, se metió en la cocina y los dejó hablar con total tranquilidad. Laura siguió con sus cosas del *insti*, y Manolo le habló del edificio que acababan de terminar y de que ahora habían comenzado con la reforma de un piso; y evitó en todo momento hablar de Maripili, imaginaba que aunque su exmujer estuviera en otra habitación, tenía el oído puesto en todo lo que hablaban.

Se acercaba la hora de irse, y en cuanto se lo refirió a su hija, al momento apareció Rocío.

—¿Te quedarás a comer, no? —preguntó mirándolo—.

Estoy preparando asado, supongo que todavía te gustan los asados, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —contestó sonriendo y dejándose atrapar por el aroma que provenía de la cocina—. Pero no puedo quedarme, ya he quedado para comer. Te lo agradezco de verdad.

182

—¿Tú? ¿Has quedado? ¿Con quién?, si puede saberse.

—Una negativa por parte de Manolo y ya volvía a ser la misma de siempre.

—Con un cliente, hay que modificar un presupuesto que le di —reaccionó rápido y contestó al instante y con seguridad, no quería darle pie a que comenzara otra discusión.

—¿Y no tienes más días que un sábado? —le dijo—.

Hoy, que podías aprovechar para pasar más tiempo con Laura...

—Lo sé, y me jode mucho, pero se ha empeñado en que tenía que ser hoy.

—No importa, papá, el trabajo es el trabajo —dijo

Laura haciéndole un guiño de complicidad—. Y además, mamá, recuerda que yo he quedado con mis amigas para tomar café, y en cuanto coma me largo.

—Vale, como queráis, yo no os voy a decir lo que tenéis que hacer o lo que no —contestó Rocío antes de darse media vuelta y volver a la cocina.

Manolo se despidió de ellas en el porche. Un abrazo a su pequeña y un par de besos a su exmujer, por lo bien que

se había portado ese día. Subió a su coche y se marchó de allí en dirección a casa de Maripili. Aquel rato con su hija le había hecho olvidar el incidente de la mañana. Al salir se fijó en un coche que no había visto nunca por el barrio, un Audi de color negro que estaba estacionado al otro lado de la calle.

183

Capítulo 33

Salió casi trastabillándose con sus propios pies, cubriéndose la boca y la nariz con la mano. Sentía cómo fluía la sangre y se colaba entre sus dedos. Tenía toda la cara dolorida, pero no parecía que tuviera la nariz rota. No se esperaba la reacción tan brutal de aquel tipo, no tuvo tiempo de hacer nada salvo salir de allí cuanto antes. La ira lo consumía por dentro, lo único que repetía su cerebro una y otra vez era que aquello no quedaría así.

Llegó hasta su Audi y se subió. Abrió la guantera en busca de algún paquete de pañuelos para cortar la hemorragia. Se miró al espejo, tenía enrojecidas la barbilla y la mandíbula, y le dolía bastante por debajo del ojo. En un rato tendría toda la zona amoratada. Por un instante pensó en llamar a la policía y ponerle una denuncia, pero seguro que su exmujer diría que la estaba acosando y que por eso el otro reaccionó así. No, tendría que pensar en otra forma de vengarse.

Miró al frente, a la intersección de la calle, y lo vio cruzar, vio como Manolo se subía en su coche y se ponía el cinturón. Iba a alguna parte, y él no pensaba quedarse quieto.

Arrancó su Audi y se preparó para ponerse en marcha en cuanto su agresor lo hiciera.

Lo siguió a una distancia prudencial, no quería que lo descubriese. Cruzaron casi toda la ciudad, hasta llegar a un bonito residencial a las afueras. El coche de Manolo entró en la parcela de una casa y estacionó frente al garaje de la casa. Él aparcó su coche justo en frente, al otro lado de la calle, desde un lugar donde podía ver toda la fachada de la casa. Se alegró de llevar los cristales tintados. Observó cómo una chica joven estaba sentada en los escalones del porche, y que cuando Manolo bajó de su coche se lanzó

corriendo a abrazarle. No entendía lo que pasaba. «¿Está casado? Esa chica debe ser su hija», dedujo en un momento. «¡Es un puto cabrón infiel!», rio para adentro. Se quedó mirando en silencio, prestando atención a cada uno de los movimientos que hacían. Al poco vio asomar a una mujer, pero no los vio darse ni un solo beso, dijo algo y entró de nuevo. La chica y su padre la siguieron unos minutos después.

Esperó más de una hora dentro del coche a que algo, fuera de lo normal, ocurriera. Se hizo a la idea de que tendría que esperar mucho más, casi con seguridad se quedaría a comer allí. Necesitaba averiguar algo más sobre aquel hombre, tenía que buscar algo donde poder hacerle daño de verdad, que lamentara haberle hecho eso.

186

Se había equivocado, pensó cuando los vio salir de la casa y despedirse en el porche. Algo notó en la despedida hacia la mujer, no era una forma usual de despedirse de una esposa. Comenzó a cavilar que tal vez no estaban casados o eran una pareja separada. Sea cual fuera la razón, necesitaba conocerla. Manolo se marchó en su coche, pero él prefirió quedarse allí y averiguar algo más de aquella mujer y su hija. Miró al final de la calle y vio un restaurante de comida rápida. Era la hora de almorzar y ya tenía hambre. Se arregló un poco, se limpió la cara como pudo y salió del coche en dirección al local. A los quince minutos estaba de vuelta en su Audi, comiéndose una hamburguesa y bebiendo un refresco. De repente se sintió como uno de los actores de una de esas pelis americanas que hacen guardia en sus coches mientras comen comida basura. No tenía claro qué podía conseguir quedándose allí, pero no pensaba moverse.

Un rato después algo comenzó a moverse en el ambiente. Vio salir a la chica, despedirse de su madre cuando ya había bajado los escalones, y tirar en dirección opuesta mientras llevaba el móvil en la mano y tecleaba algo en él. «Es increíble que los jóvenes puedan andar y escribir mensajes a la vez», pensó.

Era su momento. Salió del coche y se dirigió a la entrada de la casa. En el buzón solo aparecían los nombres de dos mujeres. Dedujo rápidamente cómo se llamaba cada

una de ellas. Sonrió y tocó al timbre.

187

—Buenas tardes, señorita Rocío —dijo en un tono muy cortés cuando la mujer abrió la puerta.

—Eh... Buenas tardes, ¿le conozco? —preguntó Rocío observando al hombre elegante, pero con la cara hecha un mapa, que tenía en su porche.

—Aún no, pero eso tiene arreglo —contestó con su sonrisa Profident—. Me llamo Jorge.

—¿Y por qué sabes mi nombre, Jorge?

—Lo pone en el buzón —hablaba con una seguridad pasmosa.

—¿Y por qué no puedo ser Laura?

—Por los apellidos, está claro.

—Vale, ¿y qué quiere de mí?

—Bien, iré al grano —se puso serio y continuó hablando—: El hombre que se ha ido hace un rato, sea su marido, novio, lo que sea, se está tirando a mi exmujer.

—¿Cómo dice? —Rocío abrió los ojos como platos—.

¿Está hablando de mi Manolo?

—Ah, Manolo se llama... Bien, pues lo que has oído, y como comprenderás, así es imposible que la recupere, y por lo que deduzco, a ti te pasa algo parecido, ¿no es cierto?

—Será mejor que pases, Jorge. —Rocío le invitó a entrar a la casa y después cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué le ha pasado en la cara? —preguntó Rocío mientras lo invitaba a sentarse en el sofá—. ¿Le apetece un café?

188

—No me hable de usted, y a somos amigos con intereses comunes, ¿no? Y sí, me tomaré un café, con leche, y lo de la cara ha sido su querido Manolo.

—Manolo no es violento, algo has tenido que decirle o hacerle.

—Ir a por mi mujer, nada más.

Al poco, Rocío salió con dos tazas de café y se sentó al lado de Jorge. Lo miró con atención, trataba de averiguar qué diablos hacía allí, y después comenzó a pensar en qué forma podría aprovechar aquel encuentro.

—¿Y qué esperas que yo haga, Jorge? —le preguntó

directa antes de dar un sorbo a su café.

—No quisiera entrometerme, pero no estáis juntos,

¿verdad?

—No. Divorciados. Desde hace diez años.

—Pero quieres recuperarlo, ¿no?

—Puede. —Rocío prestaba total atención a las palabras de aquel hombre—. Y tú puedes hacer que eso pase, ¿no?

—Tengo un plan. Y si todo sale como debe, tú recuperarás a tu Manolo y yo a mi mujer.

—Soy toda oídos.

189

Capítulo 34

Manolo llegó al edificio de Maripili y esta vez subió sin tocar al portero automático, necesitaba verla cuanto antes.

Tocó al timbre y esperó. Notó cómo ella se acercaba cautelosa a la puerta y miraba por la mirilla. Él le sonrió sin más y la puerta se abrió encontrándose en frente a aquella bella mujer. Sin decirse nada, se abrazaron y se besaron con ganas.

—¿Cómo estás, reina? —le preguntó Manolo con gesto algo preocupado.

—Estoy bien, ¿y tú? —contestó ella mirando las heridas de su mano.

—No es nada, no te preocupes. No esperaba conocer así a tu ex, la verdad.

—Lo siento mucho, yo tampoco esperaba que esto pasara. Últimamente está demasiado pesado, pero en el fondo no es mala persona.

—Que sea como quiera, pero que se ande con cuidado, hay cosas que no me gustan nada.

—Ya me he dado cuenta, ya. —Maripili se abrazó a él con fuerza.

191

Maripili había preparado unos solomillos al Pedro

Ximénez que hicieron que Manolo se chupara los dedos.

Aquella mujer era perfecta, incluso cocinaba de escándalo. El almuerzo los relajó a los dos, olvidaron lo ocurrido y pasaron la tarde acurrucados en el sofá, viendo la película favorita de ella. No era el estilo de Manolo, pero no protestó, la vio con su chica entre los brazos.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó al terminar, mi-

rándolo con atención para ver su gesto al contestar.

—Muy bonita, lo reconozco, aunque yo soy más de las películas de acción.

—Oye, ¿quieres que vayamos al cine? Seguro que hay alguna de esas que te gustan a ti.

—¿Y la verías por mí?

—Ey, pues claro, que a mí también me gustan los tiros.

Pero elijo yo.

—Trato hecho.

* * *

Estacionaron el coche en el parking del centro comercial y subieron hasta el pasillo que conducía a los cines.

Iban paseando con tranquilidad, Manolo colocó la mano en la cintura de ella, y Maripili le correspondió metiendo la suya en el bolsillo de atrás del pantalón. Le encantaba tocar

su culo, duro como una piedra, y, de vez en cuando, no se

192

contentaba con tocar, tenía que apretar sus nalgas también.

La volvía loca.

—¡Invito yo! —dijo Maripili. Se soltó de él y se adelantó hasta la ventanilla para sacar las entradas.

Manolo tenía la vista fija en ella. Estaba muy provocadora esa noche. Aquella falda corta de color blanco le hacía un trasero espectacular, el tanga ayudaba a ello también, y la blusa fina que escogió dejaba transparentar el sujetador negro que mostraba un escotazo de infarto.

—Hay poquita gente en la sala, y ¿sabes? He escogido las butacas de la última fila —le dijo Maripili cuando llegó hasta donde él estaba.

—¿Y eso? —preguntó aún imaginándose la respuesta.

—Por recordar tiempos de juventud, supongo. Y por que hay más espacio entre filas...

Se sentaron en sus butacas y se cogieron de las manos. Cruzaron sus labios nada más se apagaron las luces. Al principio se contuvieron, los besos no pasaban de un mero contacto, pero poco a poco sus labios se fueron abriendo más y más, dejando paso a unas lenguas que se buscaron deseosas.

Sus manos comenzaron a ser juguetonas, la excitación de ambos iba en aumento, aquel beso parecía no querer lle-

gar a su fin. Maripili sintió cómo una de las manos de Manolo buscaba sus pechos por debajo de la blusa, mientras la otra se posaba en su muslo, sobre la minifalda, y ella no
193

puso impedimento a los movimientos de las manos de Manolo.

Maripili se aventuró a sentir de nuevo en su mano la dureza del trasero de su albañil, y con la otra quiso sentir otra dureza diferente, aquella que ella misma estaba provocando y que sentía cómo crecía bajo sus caricias. Aquello la excitó, ver el efecto que provocaba con sus manos mientras que Manolo alcanzaba uno de sus pezones y lo pellizcaba, la estaba poniendo muy caliente. La otra mano de Manolo ya se estaba ocupando de la cara interna de los muslos de Maripili, pero no se detuvo ahí, siguió subiendo, ella le dio el permiso necesario abriendo ligeramente las piernas, a la vez que de su boca escapaban suspiros capaces de excitar a cualquiera.

Por su parte, ella había desabrochado el pantalón y bajado la cremallera, metiendo su mano en el interior y tocando directamente el tesoro que estaba buscando. La mano de él continuaba avanzando en busca del suyo, y al fin llegó al fino triangulito de tela que hacía de única protección de su intimidad.

Maripili comenzó el vaivén con su mano, y Manolo lo agradeció apartando la tela y masajeando la parte más sensible de ella, formando pequeños círculos que trazaban el límite del placer de la mujer, hasta que uno de sus dedos se coló dentro con facilidad. Miraba a las filas de delante, por si alguien giraba la cabeza o los escuchaba, pero el resto
194

de espectadores estaban atentos a la gran pantalla, aunque a ella le interesaba más su propia película.

Sin pensarlo dos veces, se arrodilló entre los asientos.

Lo miraba con deseo, no sabía qué le estaba pasando, nadie la tocaba en su entrepierna, pero aun así, la sentía arder.

Un cosquilleo recorría sus muslos a la vez que comenzaba a lamer con suavidad el pene de Manolo, lo recorría de arriba abajo a la vez que sus manos subían y bajaban por el duro y erecto miembro. Estaba tan caliente que no necesitaba que

nadie la tocara, era como si a cada lamida sintiera ella misma el placer que le estaba dando a su albañil. Observaba los efectos que su trabajo provocaba en el rostro de Manolo, dejó sus manos quietas, y cuando él la miró, ella abrió la boca y se la introdujo entera.

Ahora el trabajo de las manos lo hacía con la boca. Sus labios se curvaban hacia dentro cada vez que se introducía el miembro entero, hasta que sentía cómo tocaba su garganta, y paraba. Comenzó el movimiento inverso, y sus labios se curvaron hacia fuera hasta que sentía la punta cerca de sus dientes, dejando que lo rozasen, para acabar el movimiento en una especie de beso. Para Maripili era como cuando una niña se saca un caramelo de la boca. Manolo se estaba volviendo loco, faltó muy poco para que no aguantase, y si lo logró fue porque la agarró del pelo para detener la tortura tan placentera a la que lo estaba sometiendo, haciéndole saber que no quería acabar tan pronto. Maripili se

195

puso en cuclillas, se dio cuenta de que estaba muy mojada, que quería más, necesitaba más. Manolo se acercó a ella y le susurró al oído que quería hacerlo allí mismo, en aquella misma butaca, quería sentir el calor de su interior en aquel mismo momento.

La respuesta de ella fue incorporarse y comenzar a bajar el tanga, hasta que cayó al suelo. Manolo la cogió de los muslos y le hizo darse la vuelta, quedando de pie mirando la pantalla y él sentado en la butaca. Comenzó a levantar lentamente la falda de Maripili hasta dejar libre su precioso culo. Ella no esperó más, y despacio se fue sentando sobre las piernas de él, separando las suyas todo cuanto podía. Manolo tocaba la entrada de su sexo con una mano mientras que con la otra fue guiando su miembro para que, al sentarse Maripili, se lo fuera clavando muy despacio, hasta que lo tuvo todo dentro y sintió los muslos de él en sus glúteos.

Un gemido se escapó de su boca cuando la agarró de las caderas y comenzó a moverla en movimientos sinuosos que ella continuó, apoyando las manos en el reposabrazos, subiéndolo y bajándolo su cuerpo, envolviéndolo y apretándolo con su sexo el miembro de Manolo. Se esforzaba de vez en

cuando en mirar por si alguien los veía, pero a esas alturas ya no le importaba, esa tensión de ser pillados, ese nerviosismo, no era más que algo más de morbo que hacía que se humedeciera más.

196

Estaban llegando al clímax, Manolo le susurraba que no aguantaba más, sus manos recorrían los pechos de Maripili, su cintura, su cuello; sus dedos se introducían en su boca, recorrían su rostro, mientras ambos se esforzaban en ahogar sus gemidos para no ser descubiertos.

Los últimos envites fueron los mejores, sus movimientos eran ya tan salvajes que acabaron teniendo el orgasmo los dos a la vez. Maripili se dejó caer hacia atrás, recostada sobre Manolo, jadeante y exhausta como su amante; no pudieron asegurarlo, pero les pareció que el resto de espectadores se percataron de lo que hacían.

Un rato después ella se levantó y fue Manolo el que le puso el tanga antes de que se sentara de nuevo en su butaca y acabaran de ver la película entre miradas en la penumbra de la sala y alguna que otra risa cómplice.

Al terminar la proyección y salir de la sala, una amable azafata estaba haciendo una encuesta sobre qué les había parecido la película. Ellos se miraron a los ojos, dejaron escapar una sonrisa y contestaron a la vez:

—¡Inolvidable!

197

Capítulo 35

Manolo llevaba un rato despierto, observando como dormía Maripili. Siempre estaba hermosa, daba igual que estuviese dormida, despierta o recién levantada, ella siempre estaba preciosa. El móvil lo sobresaltó, y su melodía también despertó a la bella durmiente de su letargo. Se giró para quitarle el sonido y mirar quién era el gracioso que llamaba un domingo a las diez de la mañana. Su cara se tornó en preocupación cuando vio que era de su exmujer, y respondió la llamada.

—¿Qué pasa, Rocio? —No dejó tiempo a que dijera nada—. ¿Dónde está Laura?

—...

—¡No te muevas de ahí, voy corriendo! —Volvió a decir al escuchar cómo su exmujer lloraba de angustia. Colgó

y se levantó como accionado por un resorte.

—¿Qué pasa, Manolo? —le preguntó Maripili, preocupada.

—Es Laura. Su madre dice que no ha vuelto a casa desde ayer por la tarde —le contestó vistiéndose a toda prisa y marcando a la vez el número de su hija.

199

—¡Dios! ¿Se ha escapado? —Maripili trataba de asimilar lo que pasaba.

—No lo sé. Ayer la vi muy bien, la verdad es que las dos estaban muy bien —le dijo poniéndose los zapatos—.

¡Maldita sea! Sale apagado o fuera de cobertura —maldijo después de intentar llamar a su hija al móvil—. Me voy, reina, después te llamo, ¿vale?

—Claro, cariño, y no te preocupes, seguro que no es nada. —Maripili lo acompañó hasta la puerta y le dio un beso muy tierno en los labios—. Aquí me tienes.

Manolo cruzó la ciudad como alma que lleva el diablo hasta casa de su exmujer. Al llegar con el coche la vio sentada en los escalones del porche, como solía hacer Laura, con las manos cubriendo su rostro y mirando hacia el suelo. Manolo bajó y se acercó a ella a toda prisa. Se sentó a su lado y la abrazó.

—¿Qué ha pasado, Rocío? —le preguntó en voz baja, tratando de mantener la serenidad.

—Salió después de comer, se fue a tomar café con sus amigas —le contó entre sollozos—. Y todavía no ha vuelto.

—¿La llamaste?

—Sí, pero el teléfono siempre salía apagado o fuera de cobertura.

—¡Sus amigas! ¿Has llamado a sus amigas?

—También, y dicen que a las ocho y algo se despidieron y Laura se venía para casa. —La angustia se reflejaba

200

en su voz—. ¿Y si le ha pasado algo, Manolo? ¿Y si le han hecho algo?

—Tranquila, Rocío, de verdad. —Manolo intentaba darle consuelo mientras ella se abrazaba con fuerza a él—.

Seguro que está bien. ¿Has llamado a la policía?

—Sí, pero me dicen que no han transcurrido las sufi-

cientes horas como para darla por desaparecida. —Rocío lo miraba con los ojos bañados en lágrimas.

—Todo va ir bien. La encontraremos, ya lo verás. —Manolo le limpiaba las lágrimas de las mejillas con sus manos.

—Si le pasa algo a mi niña no sé qué haré.

—No le pasará nada. Te lo prometo.

—Vale, te creo. —Rocío se inclinó hacia él y le besó en la boca. Al principio notó cómo Manolo se echaba hacia atrás un poco, pero después o no supo o no quiso separarse de sus labios hasta pasados unos segundos.

—Esto no está bien, Rocío —le dijo apartándose un poco de ella—. Yo no puedo darte lo que buscas.

—Pero te necesito a mi lado siempre, Manolo.

—No es posible. —Manolo se levantó un poco confuso con todo lo que estaba ocurriendo—. Voy a buscarla, miraré en mi casa por si estuviera allí. Tú quédate aquí por si aparece o llama, ¿vale?

—Vale.

En su casa no encontró a Laura. Miró en la parte de atrás, en el lugar donde, debajo de una piedra, escondía

201

una llave de la casa por si su hija la necesitaba o a él se le olvidaba alguna vez, pero la llave seguía allí. Su hija no había pasado por ahí. Cada vez estaba más preocupado, no era normal que se escapase sin decir nada, que se fuese sin hablar con él, y menos aun cuando no había discutido con su madre. En la entrada a casa dejó una nota por si aparecía. Después se fue a la cafetería donde estuvo con las amigas. Preguntó al dueño, a las camareras, por si alguien la vio hablar con algún extraño, por si vieron algo raro, pero la respuesta de todos fue la misma, que pasaron la tarde todas juntas riendo y divirtiéndose hasta que se marcharon cada una a su casa.

Recorrió todo el trayecto desde la cafetería hasta la casa de su mujer. Tenía la esperanza de encontrar algo, lo que fuese, una pista que le pudiera llevar a dar con ella.

Pero no encontró nada, era como si su hija hubiera desaparecido por arte de magia. Sus peores temores comenzaron a apoderarse de su mente y de su corazón. Rezaba para que no le hubieran hecho daño a su hija. Continuó dando vuel-

tas por casi toda la ciudad hasta que se hicieron las tantas de la madrugada y decidió volver a casa de su exmujer, tal vez ella sabía algo más, pero antes llamó a Maripili.

—Hola, reina. —Su voz denotaba cansancio y tristeza a raudales.

—Hola, cariño. —La voz de Maripili sonaba muy pre-ocupada—. ¿Ha aparecido?

202

—Aún no. Aún no.

—¿Se sabe algo de lo que pudo pasarle?

—Nada de nada, llevo toda la tarde y la noche dando vueltas, preguntando por ahí, y nadie sabe ni ha visto nada.

—El desánimo comenzaba a ganarle la batalla—. Me estoy temiendo lo peor.

—No digas eso, ya verás cómo luego queda todo en un susto. —No sabía cómo darle ánimo, pero al menos quería intentarlo—. ¿Lo habéis denunciado?

—Hasta que no pasen cuarenta y ocho horas no se le puede dar por desaparecida.

—Oh. ¿Necesitas algo? ¿Puedo hacer algo? ¿Quieres que me vaya a tu casa?

—No hace falta, me iré a casa de mi exmujer por si aparece o tenemos alguna noticia. No te preocupes, de verdad, tú descansa, que mañana tienes que trabajar.

—Pero...

—De verdad, reina, tranquila. Mañana hablamos.

203

Capítulo 36

Maripili pasó muy mala noche, apenas consiguió dormir unas horas, siempre pendiente de si sonaba su teléfono, de tener noticias de Manolo o de su hija. Estaba preocupada, pero no quería estar a cada momento enviando mensajes o llamándolo; prefería esperar a tener noticias.

Estaba despierta cuando escuchó llegar a los chicos. Se levantó, se puso la bata y salió a saludarles y a preguntar si sabían algo de su jefe.

—Hemos hablado esta mañana con él, iba a ponerse de nuevo a buscar a su hija —le dijo Cristian—. Tenía cara de no haber descansado nada, y aun así, quería venir para

echar una mano, pero le hemos dicho que ni se le ocurra, que vamos a terminar el baño y nos largamos para buscarla también.

—Sois muy buenos, chicos, ojalá pudiera hacer yo algo.

—Puedes. Gabri va a sacar carteles para empapelar la ciudad, si quieres, luego puede pasar por tu tienda y dejarte unos cuantos por si no te importa salir y pegar algunos.

205

—Claro que sí, chicos, allí estaré. Que se quede Esther o Sofí en la tienda y nos vamos a poner carteles. Es una buena idea.

Maripili se fue como todas las mañanas a su tienda, después de llevarse el desayuno de Enrique, como siempre, y esperó a que le llevaran los carteles. Habían acordado que Sofí se quedaría al cargo de la tienda mientras Esther y ella pondrían carteles con la foto de Laura por todos los rincones. Lo que llegó primero fue un mensajero con un sobre para la jefa. Maripili lo cogió y lo miró con atención. No esperaba ningún envío y aquel sobre no llevaba remitente. Lo abrió y sacó lo que llevaba en su interior. Sus ojos no daban crédito a lo que veían. Eran fotos, fotos de Manolo besándose con Rocío, tocándole el pelo, acariciando su mejilla.

Miró con atención las fotos, les dio la vuelta y comprobó que había una fecha marcada; dos días antes, el sábado, el mismo día que se fue por la mañana a ver a su hija. La rabia se apoderó de ella. No era capaz de pensar en otra cosa que el engaño de Manolo. Era como todos los demás, un cabronazo más que no dudó en ir a tirarse a su ex por la mañana y después ir al cine y pasar la noche con ella. Se sentía usada, engañada, y si no fuese por lo de su hija, ya habría ido a buscarle para pedirle explicaciones.

Cambiaron los planes, fue ella quien se quedó en la tienda cuando Gabri trajo los carteles. No quiso darles explicaciones a las chicas, simplemente les dijo que fueran a

206

pegarlos, que ella se quedaría allí. Aunque se dio cuenta de que notaron algo raro en ella, no quiso decir nada.

A cada minuto que pasaba, más vueltas le daba a todo.

¿Cómo pudo hacerle eso? ¿Por qué le mintió? Su cabreo iba en aumento, y todo parecía ir a peor cuando vio que en

frente de la tienda aparcaba un Audi de color negro que reconoció enseguida. Su exmarido venía para terminar de joder la mañana. No lo dudó ni un momento, salió corriendo a echar el cierre, justo cuando Jorge se ponía al otro lado de la puerta de cristal.

—No seas tonta, abre, solo quiero que hablemos. —Su exmarido la miraba desde el otro lado con la cara amoratada y algo hinchada todavía.

—No tenemos nada de qué hablar, quiero que te largues.

—O ¿qué? ¿Llamarás a ese novio tuyo para que me dé otra paliza?

—¡No es mi novio! —gritó furiosa—. ¡No quiero veros a ninguno de los dos jamás!

—Vaya, vaya... —Parecía extrañado—. ¿Qué pasa? ¿El príncipe azul ya no es lo que parecía?

—A ti no te importa. —Todo aquello comenzaba a resultarle sospechoso.

—Mira, tengo que hacer unas cosas, y luego voy a ir a por unos pasteles a la confitería de más abajo, ¿quieres que te traiga algo?

207

—¡Quiero que te largues!

—Vale, tú te lo pierdes. —Se giró, pulsó el mando del coche hasta que los intermitentes parpadearon y desapareció calle abajo en dirección a la confitería.

Maripili volvió detrás del mostrador y volvió a mirar las fotos. Parecía claro que su albañil llevaba dos obras a la vez, y estaba casi segura que aquellas fotos las había tomado Jorge. Tanta casualidad resultaba muy extraña. Tocaron al cristal varias veces. Levantó la vista y lo vio. Allí estaba Manolo, mirándola con la cara desgajada y señalándole que abriera la puerta.

—¡Vete! No quiero verte jamás —le gritó desde el mostrador—. Deseo de corazón que Laura esté bien y que la encontréis pronto, pero no quiero volver a saber de ti.

—Pero ¿qué dices? —Manolo la miraba con cara de sorpresa—. ¿Qué te pasa, reina?

—¡Y no me llames reina! —Maripili cogió la foto en la que salía besándose con Rocío, se acercó a la puerta y la

pegó en el cristal justo frente a la cara de Manolo—. ¡Vete de aquí, por favor!

—¿Qué? Pero ¿qué es eso? —No era capaz de comprender qué significaba aquella foto, ni lo que estaba pasando.

—Yo creo que está bien clarito, así que vete con tu mujer —le dijo bajando la persiana de la puerta y regresando al mostrador hecha un mar de lágrimas.

208

—¡Maripili! No lo entiendes, ¡no creas nada de lo que ves! —Manolo trataba de entender quién quería joderle—.

¡No te dejes engañar, por favor!

Por más que gritó y golpeó la puerta no obtuvo ninguna respuesta y acabó dándose por vencido, sería mejor que retomase la búsqueda de su hija. Retrocedió hacia atrás dando pasos cortos mientras miraba la puerta con la esperanza de que se abriera, hasta que se topó con un coche. Lo miró atentamente, le resultaba familiar. Un flash recorrió su cerebro en el momento en que recordó dónde lo había visto. Sí, era el mismo que estaba frente a la casa de su exmujer el sábado. Anotó el número de matrícula y se marchó.

209

Capítulo 37

No supo nada de Maripili en el resto del día ni tan siquiera cogió el teléfono las veces que intentó llamarla. Alguien le estaba tendiendo una trampa y todas sus sospechas recaían en su exmujer. En cuanto regresara a casa de buscar a su hija hablaría muy seriamente con ella. Dejó varios mensajes a Maripili que no obtuvieron respuesta. Quería ir corriendo a su piso para explicarle que él no tenía nada que ver con aquellas fotos, que tan solo eran una trampa para que su relación no siguiese, pero su principal preocupación en aquel momento era encontrar a su hija.

Llegó tarde a casa de su exmujer, después de otro día sin encontrar a su hija ni tener ninguna pista. A primera hora de la mañana iría a comisaría para denunciar la desaparición de su pequeña. Cuando entró, Rocío estaba hablando por teléfono, pero en cuanto lo vio entrar, se despidió de inmediato y colgó. Por la razón que fuese, la notó

más tranquila que el día anterior, como menos preocupada,
y eso le indignó bastante.

211

—¿Quién era? —le preguntó—. ¿Alguna noticia de
Laura?

—Nadie, solo llamaban para preguntar —le contestó
un poco nerviosa—. ¿Nada nuevo?

—Ya no sé dónde buscar. No sé qué hacer. —Manolo
comenzaba a estar desesperado, se sentó en el sofá con los
codos apoyados en sus rodillas y las manos en la cabeza.

—Me tienes aquí contigo. —Rocío se acercó a él y lo
rodeó con sus brazos, apoyando la cabeza en su hombro—.

Siempre me tienes contigo, no lo olvides.

Manolo no prestaba atención, estaba como ausente, no
era capaz de reaccionar, ni tan siquiera para decirle cuatro
cosas a su exmujer. Estaba muy cansado, casi no le queda-
ban fuerzas. Rocío tiró de él para que se levantara y lo guio
hasta la habitación. Lo obligó a echarse en la cama dicién-
dole que necesitaba descansar, y se abrazó a él. Se quedó
dormido.

* * *

Se despertó con dolor de cabeza y con Rocío a su lado.

No terminaba de fiarse de ella, algo en su interior le decía
que tramaba algo. Se levantó de la cama con cuidado para no
despertarla, se aseó un poco y se fue directo hacia la policía.

Casi dos horas estuvo en comisaría, dando todo tipo
de detalles sobre su hija, fotos, ropa que llevaba, los con-

212

tactos de los amigos y todo lo que se le ocurrió que pudiera
serles útil. En el último momento recordó lo del coche ne-
gro que vio aparcado frente a la casa y les dio el número de
matrícula. El agente le dijo que comenzarían por esa pista,
que no se preocuparan que harían todo lo posible por en-
contrar a su hija.

Pensó que lo mejor era irse a su casa y esperar allí algu-
na noticia. Intentó hablar de nuevo con Maripili, pero ahora
el móvil no lo tenía ni encendido. Todo estaba saliendo mal,
no podía creer la facilidad con la que se podían torcer las
cosas.

* * *

Maripili estaba con las chicas en la tienda. No tuvo más remedio que contarles lo de las fotos ante la insistencia de ellas, y entre todas se encargaron de poner verde al pobre Manolo. Y lo hubieran destripado si no fuese por lo de su hija, pero Esther tenía claro que cuando la chiquilla apareciera, ella misma tendría una conversación muy seria con aquel albañil.

—No te preocupes, jefa —le dijo Sofi—. Si cuanto más buenos parecen, peor son después.

—No, si vas a tener razón... —Maripili suspiraba mirando al techo—. Parecía el hombre perfecto para mí, pero parece que mi maldición es no encontrar a quien me quiera.

213

—No digas tonterías, anda, ya verás cómo al final asoma por la puerta tu príncipe azul.

Fue terminar de pronunciar aquellas palabras y abrirse la puerta de la tienda. Un par de agentes uniformados entraron hasta donde se encontraban las tres.

—Buenos días, señoras —dijo uno de los policías.

—Buenos días —contestó Maripili.

—Buscamos a la señora María del Pilar Suárez Suárez.

—Sí, soy yo —Maripili estaba confusa—. ¿Ocurre algo?

—Nos consta que usted es la propietaria de un Audi color negro con matrícula 1109 MYL, ¿cierto?

—Bueno, está a mi nombre todavía, pero solo lo usa mi exmarido.

—¿Y dónde podemos encontrarle? —preguntó el agente—. Y si es tan amable, nos gustaría que nos facilitase toda la información que pudiese.

—Claro, pero díganme qué ha pasado al menos.

—No podemos decirle mucho. —El otro policía tomó la palabra—. Estamos investigando un caso de desaparición y este coche fue visto por la zona.

—¿Desaparición? —Maripili hizo un gesto de preocupación; no podía ser lo que estaba imaginando en aquel instante.

—Así es. —El policía señaló a uno de los carteles que ellas mismas habían colgado por la tienda—. De esa chica, para ser exactos.

214

Capítulo 38

Maripili llamó a su exmarido nada más irse la policía.

Parecía que estaba esperando aquella llamada porque al segundo tono descolgó el teléfono.

—Buenas tardes, mi amor —contestó con voz chulesca—. Te lo has pensado mejor, ¿eh? Si en el fondo sabes que me quieres, y que solo yo sé darte lo que necesitas.

—No te lo crees ni tú —le contestó Maripili con voz cortante—. Solo te llamo para decirte que la policía va para allá.

—¿La policía? —La voz le cambió de repente, ahora parecía preocupado—. ¿Por qué viene la policía? ¿Me has denunciado, zorra?

—Eso es lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo —hablaba con una seguridad impropia de ella—.

Creo que te van a preguntar por la desaparición de una chica, tú no sabrás nada, ¿verdad?

—¿Yo? —Pareció enmudecer por unos segundos—.

Yo no sé nada de ninguna chica.

—Y tampoco sabes nada de unas fotos que me han enviado, ¿no?

215

—No sé de qué me hablas. —Lo conocía muy bien para saber que estaba mintiendo.

—¿Sabes qué? —dijo en tono irónico—. Te doy las gracias.

—¿Qué? Pero ¿qué coño estás diciendo?

—Que gracias por quitarte tú solito de mi vida. —Se echó a reír mientras escuchaba a su exmarido soltar toda clase de insultos—. Solo espero que la chica esté bien.

Y entonces le colgó. Se quedó unos minutos con el móvil en la mano, esperando a que volviese a llamar, pero eso no sucedió, y fue suficiente para que Maripili confirmara lo que sospechaba.

—¿Qué ha pasado, jefa? —Sofí miraba con atención como Maripili tenía una leve sonrisa.

—Que he sido una idiota. —Dejó escapar un suspiro de resignación—. Me he equivocado con Manolo, toda la culpa la ha tenido mi ex.

—¿Y ahora qué?—preguntó Esther.

—No lo sé.

* * *

—Vuelve a casa, Manolo —le susurró Rocío mientras estaban sentados en los taburetes de la cocina.

—¿Qué? —contestó Manolo como si no hubiera escuchado lo que su exmujer acababa de decir.

216

—Que yo te quiero, y lo sabes, y te prometo que puedo ser la mejor esposa del mundo, pero vuelve, yo sé que aún me quieres.

—No, ya no te quiero, Rocío. —Manolo decidió no callar más—. Estoy enamorado de otra mujer.

—Entonces, ¿es cierto? ¿Tienes a otra mujer? —Sus palabras sonaban a pura malicia—. ¿Y qué tal os va?

—Pues ahora mismo no muy bien. —La miró fijamente a los ojos—. Y apostaría lo que fuera a que tienes algo que ver.

—¿Cómo? —Su cara de sorpresa y no conseguía engañar a Manolo, la conocía lo suficiente como para saber cuándo hacía teatro—. ¿Por qué me dices eso? Haz con tu vida lo que quieras.

—Claro, como si...

El timbre dejó inconclusa la frase.

Manolo corrió hasta la puerta y la abrió sin mirar siquiera de quién se trataba. Una enorme alegría inundó su rostro al ver a su hija acompañada de un agente que sonreía al saber del deber cumplido. Laura sonrió y se abalanzó sobre su padre, abrazándolo fuertemente y echándose a llorar.

Manolo la cubrió de besos mientras la balanceaba en el aire.

La miró primero a los ojos, después por todo, comprobó que estaba bien, solo parecía muy cansada.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó dándole otro abrazo.

—Estoy bien, papá, de verdad. No me ha hecho nada.

—¡Hija mía! —Tardó un poco en reaccionar, pero Rocío

217

al fin corrió al encuentro de padre e hija y los abrazó.

Después de un par de minutos se separaron y Manolo tendió la mano al policía que le había devuelto a su hija, y este se la estrechó lleno de orgullo.

—Gracias, gracias, gracias —dijo Manolo con los ojos ya cristalinos por la alegría—. ¿Dónde la han encontrado?

—Estaba secuestrada —le contestó el agente, haciendo que Manolo se pusiera serio y mirase a su hija, que ahora se

abrazaba a su madre—. La pista que nos dio sobre el coche

nos llevó directamente hasta el secuestrador.

—¿El coche? —Se alegró de haberlo recordado en

aquel momento—. Pero, ¿por qué a mi hija?

—Por venganza, señor—aseveró el policía mientras entraba en la casa y se dirigía a Rocío—. Rocío Soler, queda detenida por complicidad en secuestro.

Manolo y Laura miraban perplejos a Rocío mientras el agente le leía sus derechos y la esposaba antes de sacarla afuera. No fueron capaces de articular palabra. La llevaron con la cabeza mirando al suelo, fue en silencio hasta el coche patrullero. Manolo abrazó a su hija mientras abrían la puerta trasera del coche para introducirla dentro, y entonces le vio, allí estaba aquel hombre que había golpeado unos días atrás, el exmarido de Maripili. Las piezas se ajustaron en su cabeza, y comprendió todo lo que había pasado. Sintió mucha rabia por un instante, pero el abrazo de su hija lo devolvió a la sensatez, solo importaba Laura en aquellos momentos.

218

Capítulo 39

Habían pasado tres días desde lo ocurrido. Para Manolo todo parecía volver a la normalidad o en su mayor parte. Fue como regresar en el tiempo antes de conocer a Maripili, salvo por una gran diferencia: su exmujer ya no estaba y su hija estaba al fin con él. Su vida había cambiado a mejor, pero le faltaba algo para que fuera perfecta.

Ya fuera por el azar o porque de forma inconsciente se evitaban, pero en tres días no se cruzaron ni una sola vez. Era como si sus horarios fuesen por caminos diferentes, y eso que Manolo estaba trabajando en casa de Maripili. En más de una ocasión tuvo el móvil para llamarla, pero no fue capaz, sentía que ella se había cansado de él, como si solo hubiese sido una aventura, como si aquellas malditas fotos hubieran sido la excusa perfecta para acabar con todo lo que comenzaban a forjar juntos. En el fondo sabía que se estaba comportando como un cobarde, que lo que tendría que hacer era buscarla, decirle cuatro cosas y besarla sin dejarla siquiera responder. Eso debería hacer, sin embargo, solo era capaz de permanecer callado.

219

Aquella tarde Manolo y Gabri estaban en la cocina del apartamento de Maripili con todo preparado para poner los azulejos nuevos. Llevaban un buen rato sin pegar palo al agua, y Manolo ya comenzaba a impacientarse.

—Pero ¿por qué tarda tanto? —preguntó al aire—. Tan solo tiene que llegar al almacén de materiales, cargar la furgoneta con las cajas de azulejos y volver.

—Se habrá entretenido con cualquier cosa —contestó Gabri como si la pregunta hubiera sido para él—. O el tráfico.

Manolo lo miró con cara de pocos amigos, en los últimos días no tenía el humor para muchas bromas, y casi todo le caía mal. No le gustaba estar sin hacer nada, y su enfado con Cristian aumentaba proporcionalmente a los minutos de retraso.

—¡Por dios! —gritó entre bufidos—. Pero si es llegar, cargar y volver. Media hora como mucho.

Sacó su teléfono con intención de llamarlo, pero un silbido de Gabri le dio a entender que acaba de verlo desde la ventana. Hizo una seña a su peón y los dos salieron del apartamento en dirección al ascensor. Cuando llegaron abajo Cristian estaba con la puerta trasera de la furgoneta abierta, esperando a que ellos bajasen.

—¿Se puede saber por qué has tardado tanto? —le preguntó Manolo nada más verse.

—Me entretuvieron, jefe —le contestó con cierta sorna.

220

—¿Que te entretuvieron? —volvió a preguntar abriendo los brazos en señal de que no alcanzaba a comprenderlo—. Venga, subamos esto rápido y no perdamos más tiempo. ¿Cuántas cajas vienen?

—Veinticinco.

—Pues ale, vamos. —Arengó a sus trabajadores, cogió las dos primeras cajas de azulejos y se dirigió al ascensor para meterlas dentro.

Le siguieron Gabri y Cristian con otras dos cajas cada uno. Repitieron la operación cuatro veces más mientras se fue llenando el ascensor.

—¿Queda alguna? —preguntó Manolo desde el ascensor mientras los chicos traían las cajas.

—Una queda —contestó Cristian—. La del jefe.

—Y encima gracioso. —Dejó a los dos a las puertas del ascensor y se acercó a la furgoneta a por la última caja.

La última caja no era como las otras, aquella caja no era de azulejos, era una caja de zapatos. Se estiró para cogerla y la abrió. No entendía a qué venía aquello. En su interior había un bonito zapato de cristal y, junto a él, un papel doblado. Desplegó el papelito y leyó, con sorpresa, lo que tenía escrito:

«Quisiera ser algún día tu reina, pero ahora déjame ser tu princesa».

221

—No pienso decir nada más. —Escuchó tras él una voz que conocía a la perfección—. No esperes que me disculpe ni nada parecido, solo dime si me dejarás serlo o no. Manolo se giró despacio y la miró. Allí estaba la mujer con la que soñaba todas las noches y la que ocupaba su mente todos los días. De pie, mirándolo a los ojos, diciendo con la mirada todo lo que sus labios parecían resistirse a decir. Pensó decirle tantas cosas, de su mente salía «un perdóname a mí», un «te amo», un «te quiero», un «te deseo», pero todos morían antes de llegar a ser pronunciados por sus labios. Fue su alma quien le empujó hacia ella, quien le guió para cogerla de la cintura, quien tiró de su cuerpo para pegarlo al suyo y quien ordenó que la besara como nadie la había besado en toda su vida.

Si aquello no era amor, es que el amor no existe.

222

Epílogo

Dos años, tres meses, y quince días después.

Aquel beso marcó el punto de partida para que Maripili y Manolo fueran todo lo que siempre quisieron ser. Rocío y Jorge seguían entre rejas y lo estarían por mucho tiempo. No fue difícil demostrar el plan que urdieron. El destino hizo que aquel día se reunieran todos en el local donde todo comenzó. Ya no iban disfrazados y toda su vida había cambiado. Celebraban su segundo año de casados con las personas que apreciaban. Paco, Juanjo, Luis, Esther, Sofí, Cristian, Gabri y Laura acompañaban con sus

copas en alto a Maripili y a Manolo. El primer brindis iba por ellos, y el segundo por el pequeño Izan, que cumplía entre sonrisas su primer año de vida.

Se puede creer o no en los cuentos de hadas, de princesas y caballeros andantes. Se puede creer o no en el amor para toda la vida, en los finales de «*y fueron felices y comieron perdices*». Puedes elegir o no, eso depende de ti. A fin de cuentas todo en esta vida se resume en creer o

223

no creer. Tú eliges a qué grupo perteneces.

Y aquí concluye la aventura de dos personas destinadas a amarse, dos personas como tú y como yo. Es hora de bajar el telón de esta historia, la de Maripili y Manolo...

AGRADECIMIENTOS

La gran “culpable” de que este libro haya acabado en tus manos ha sido Minny. Ella es la que capítulo a capítulo me insistía en continuar esa historia que surgió en el Jar 2015 y que comenzó a publicarse en el blog El rincón de Minny. Varios meses después se concluyó.

También he de agradecerle que me pusiera en contacto con Lorena Sampedro, mi editora, y con ese gran equipo que conforma junto a Nuria y a Belén entre otros. El resultado: una magnífica edición.

Gracias igualmente a Carolina Ortigosa por hacer un prólogo tan hermoso para esta historia. Sé que hoy en día el tiempo es un bien muy valioso, y que dedicara una buena parte de él a leer y prologar mi libro, hace de ella una persona admirable.

Y por último, mencionar a esas lectoras como Carmen Soler, que fueron leyendo cada semana las vivencias de

Maripili y de Manolo. Al fin y al cabo, vosotras, lectoras, siempre fuisteis y siempre seréis, la parte más importante de un libro.

Un abrazo.

228